

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**LA GRAN MÍSTICA GALLEGA
MADRE MARÍA ANTONIA DE JESÚS**

S. MILLÁN – 2022

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: SU VIDA

Primeros años.
En casa del Abad.
Tentaciones contra la pureza.
Huida a Santiago de Compostela,
Matrimonio.
Su esposo va a Cádiz.
Enferma en casa de sus suegros.
Iluminación interior.
Regreso del esposo.
De nuevo sola con dos niños.
Voto de castidad condicional.
Hambre insaciable.
Sus discípulos.
Con hábito carmelita.
Preparada para el viaje.
Viaje a Sevilla.
Ayuda divina.
Providencia de Dios.
Pidiendo limosna
En casa del gobernador.
Problemas en el río.
Caída en un despeñadero.
Pasando Sierra Morena.
En Sevilla.

Consentimiento del esposo.

SEGUNDA PARTE: ALGUNOS CARISMAS

Éxtasis, levitación y visiones.
Profecías.
Cambio de corazones.
Viviendo la Pasión.
Corona de espinas.
Poder contra el demonio.
Conversión de pecadores.
Bilocaciones.
Agilidad.
Don de milagros.
Aprende a leer y escribir.
Inedia.

Almas del purgatorio.
Conocimiento sobrenatural.
Desposorio y matrimonio espiritual.
TERCERA PARTE: LA FUNDACIÓN
Al Soto de Roma.
Hacia Madrid.
A Santiago de Compostela.
El arzobispo.
De nuevo a Madrid.
El convento de la Baronesa.
Entrada al convento del Corpus.
El noviciado.
La profesión.
Sus hijos dominicos.
Priora del convento.
Problemas para la fundación.
Licencia para la fundación.
Viaje a Santiago.
En Santiago.
Lugar para la construcción.
Primera piedra.
El traslado.
Su muerte.
Milagros.
Exhumaciones.

CONCLUSIÓN
BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de la Madre María Antonia de Jesús, carmelita descalza, es una vida luminosa. En su Autobiografía nos va describiendo muchas experiencias con Dios que nos manifiestan su grado de santidad y de entrega a la voluntad de Dios. Se casó a los 16 años y tuvo dos hijos, pero Dios le iba descubriendo que su verdadera vocación era ser religiosa y consiguió que su esposo le diera permiso para que, después de dejar en buenas manos a sus dos hijos, pudiera vivir en castidad perpetua. Él mismo entró a la Orden de carmelitas descalzos y con el tiempo sus dos hijos entraron a formar parte de la Orden dominicana.

Fue una familia entera consagrada a Dios. Una de las cosas que Dios le manifestó desde que ya era casada, era que sería la fundadora de un convento de carmelitas descalzas en Santiago de Compostela. Su trayectoria hasta llegar a esa realidad fue un camino muy difícil y sufrido, ya que mucha gente eclesiástica, incluyendo al mismo arzobispo de Santiago, se opuso a esta empresa. Pero Dios estaba con ella y, después de entrar en la Orden en un convento de Alcalá de Henares (Madrid), pudo hacer realidad su deseo y ahí están todavía las carmelitas descalzas de Santiago desde el siglo XVIII, irradiando amor y caridad a su alrededor.

La M. María Antonia tuvo muchos carísimas del Señor. Éxtasis sin cuento, incluyendo levitaciones, bilocaciones, conocimiento sobrenatural, don de sanación y hasta vivir la Pasión con la corona de espinas. Dios hizo milagros maravillosos por su intercesión y hablaba con ella con toda sencillez por medio de locuciones interiores, incluidas apariciones y visiones. De ella podríamos decir lo que se dice en Éxodo 33,11: *Dios hablaba con Moisés como un hombre habla con su amigo.*

Así sucedía con ella, a pesar de ser una mujer enfermiza, pobre, casada e ignorante, hasta no saber ni leer ni escribir durante los primeros 27 años de su vida, hasta que aprendió milagrosamente. La Virgen María como madre se le aparecía con frecuencia y lo mismo Jesús.

Nota.- A significa *Autobiografía* y va seguida del capítulo correspondiente en números romanos.

Penedo hace referencia a los dos volúmenes del padre Evaristo de la Virgen del Carmen, titulados *La monjita del Penedo*. Y *Mística* nos lleva al libro de *Una mística gallega*, escrito por una carmelita descalza de Santiago, La Coruña, 1991.

Anotamos que en algunas frases de la *Autobiografía* hemos cambiado algunas palabras para hacer más inteligible el texto.

PRIMERA PARTE SU VIDA

PRIMEROS AÑOS

La Madre María Antonia nació en Cuntis (Pontevedra) el 6 de octubre de 1700. Le pusieron por nombre Flavia Antonia Pereira y Andrade. Nombre que en la confirmación cambió por el de María Antonia. Fue bautizada el mismo día de su nacimiento.

Nos dice: Eran mis padres, hijos de cristianos viejos, no les ha dado Dios muchas conveniencias (riquezas) temporales, aunque venían por la misericordia de Dios de gente bien nacida. Decía mi madre que solo siete meses me trajo en sus entrañas. No salí muy fuerte de fuerzas y era muy menuda de huesos. Me crió mi madre a sus pechos con mucho cuidado, que era su merced muy amante de sus hijos.

Refiere que un día recién nacida estaba envuelta en pañales y me puso en brazos de mi padre que estaba calentándose en la chimenea, donde había una gran hoguera de lumbre. Como mi padre se quedó dormido conmigo en los brazos y como yo debía pesar poco, no le estorbaba el sueño. Y así come estaba, con las espaldas a la lumbre, me dejó caer de plano sobre dicha hoguera donde me sacó toda abrasada que, según dice mi madre, fue milagro de Dios no haberme muerto y que saliese viva de entre las llamas. Mucho tuvieron mis padres que gastar en mi cura ¹.

En otra ocasión caí entre unas tablas que estaban amontonadas unas con otras. Se me rompió una pierna. De esto bien me acuerdo, que padecí tan grandes dolores que no había consuelo para mí. Costó mucho el curarme y pasé mucho tiempo sin sanar, pero quiso nuestro Señor que me curaron de suerte que quedó la pierna como antes. Otra vez mi padre, sin voluntad de hacerme mal no se qué hierro en la mano y por arrojarlo fuera, acertó a caer en mi cabeza. Con el golpe que me dio, empezó a correr mucha sangre de la herida que me hizo y no sé cuántos puntos me dio el cirujano que me la curó ².

Ella era la mayor, con dos hermanos, Lucas y Mateo, que hacían travesuras, estropeando los frutales de la finca paterna y se disculpaban, echando la culpa a Antonia. Su padre era muy recto de condición y de genio y la trataba con severidad hasta azotarla. Ante la presencia de su padre temblaba. Recibió de él lecciones de catecismo y lo aprendió pronto por ser de feliz memoria. Su

¹ A 1, 11.

² A 1, 13.

madre le enseñó a hilar y hacer encajes. A sus cinco años sus deditos eran ágiles sobre la almohadilla. Un día se detuvo en la calle con otras niñas y su padre la azotó severamente. Viendo su madre el rigor de su padre, dispuso llevarla a casa de una tía suya, María Pereira, hermana de su padre, que vivía en Caldas de Reyes, distante una legua del Penedo.

Como su tía era muy religiosa, la niña la imitaba en su oración y la acompañaba todos los días a misa. Un día conversaba con unas niñas y cada una mostraba sus alhajas. Una mostró un crucifijo de metal: María Antonia se lo cambió gozosa por una alhaja de más valor. Ella nunca quería desprenderse ni cambiar su crucifijo por nada del mundo y lo traía en su pecho. La tía recibía en su casa a unas niñas y les hacía rezar el rosario y otras devociones; además de enseñarles trabajos de manos.

Un día, pasando por una calle, había un tumulto de gente que se estaban peleando y a ella le cayó un golpe tan fuerte que le descoyuntó un brazo. Llamaron al cirujano y no la pudo curar y estaba ya parálitica. No podía ni comer ni vestirse. Tuvo ese problema más de año y medio. Cuando ya estuvo buena del brazo, quiso irse a la casa de su madre y se escapó de la casa de su tía.

Ambas casas distaban una legua. Normalmente el camino se hacía por la orilla del río, cuando este era visible, pero fue al atardecer y se internó por el monte. Una mujer se le acercó y le preguntó, si tenía padre Ella sin saber lo que respondía dijo que no (aunque todavía vivía). Y pensando en qué sería de ella sin su padre, se puso a llorar como si fuera un presentimiento de que pronto se iba a quedar realmente sin padre. A medida que iba andando por aquellos lugares solitarios se decía: *¡Qué bella cosa sería si me dejaran vivir sola en la soledad de este monte! ¿Para qué quiero yo ir a casa de mis padres, si todos se han de acabar y no ha de quedar nadie en este mundo?* Y siguió llorando y no pudo pasar adelante. La noche le cogió fuera de casa y, poco antes de hacerse de noche, sintió pasar por encima de su cabera un pájaro que le dijo: *Flavia, ¿dónde vas? Que te pierdes.* Después se tranquilizó y no tuvo miedo y se quedó dormida hasta la mañana, en que se vio sorprendida al hallarse rodeada de unas ovejitas que estaban echadas alrededor de ella sin que hubiese por allí alrededor pastor ni pastora que las guardase. Después de gozar un rato de este apacible y tierno espectáculo, se fue a su casa.

Al llegar encontró a su madre y hermanos. Su padre se había marchado al cercano, austero y famoso convento de franciscanos de Herbón ³. Y se fue al convento a buscarlo.

³ Penedo, vol1, pp. 27-28.

Su padre bajó a la portería. Ella dice: *Luego que lo vi, le besé la mano. Lo miré a la cara y, como lo vi un poco triste y de muy mal color, le pregunté qué tenía. Y me dijo con mucho amor, cual nunca había experimentado hasta entonces: Hija mía, el Señor de los cielos sea vuestro Padre y os ampare como a huérfanos que quedáis.* No me dijo otra cosa que me acuerde. Se despidió de mí, echándome su bendición. No lo he visto más y en siete días de enfermedad de dolor de costado, le sacó el Señor de esta vida ⁴. Ella tenía 9 años.

Después de su muerte, murió un hermano suyo, el menor de todos, de solo tres años y quedó su madre viuda con tres hijos, ellas y sus dos hermanos.

Siguió en casa de su madre algunos meses hasta que su tía la volvió a pedir con intención de tenerla siempre. Fue sin ganas, porque algunas muchachas de la tía tenían tratos y modales poco convenientes, que impresionaban la candidez e inocencia de Antonia, que tenía ya 10 años.

Nos dice que al morir su padre: *No había quien cuidase de la hacienda que teníamos, que, aunque su merced por sí mismo no la cultivaba, tenía el cuidado de que redituase lo que daba de sí para mantener su casa.* Después de su muerte todo eran trampas los que la tenían con mi pobre madre.

EN CASA DEL ABAD

El abad de la colegiata de Bayona don Fernando de Heras y Miera, movido a compasión de la difícil situación de su familia, tomó a la madre como ama de llaves, de modo que su mamá con los dos hijos se trasladó a Bayona al nuevo trabajo. A María Antonia el abad le preguntó qué sabía hacer con sus ya 14 años y le respondió que encajes para albas de iglesia y también hilar. El abad le encargó a Antonia hacer encajes para las albas que necesitaba y determinó que los hermanos estudiaran.

Antonia dice: *De mí nadie se acordó de enviarme a leer. Yo por la cortedad o porque no alcanzaba si me estaría bien, no lo supliqué a nadie y así me crié tan remota y ajena de espirituales, consejos y doctrina que me quedé hecha un zoquete ⁵.*

Cerca de la casa había un convento de religiosos franciscanos y otro de monjas dominicas calzadas. Al convento de religiosos iba mi madre todos los

⁴ A 1, 3.

⁵ A V, 3.

días a oír misa y yo iba en su compañía ⁶. Estuve cinco años en compañía de mi madre esta primera vez. Me ejercitaba en hacer encajes para las albas del abad, sin tener más comercio (comunicación) con criaturas que con mi almohadilla y con la gente de casa, que no era mucha; digo criados del señor abad.

A esta casa del abad todos los pobres que había en el lugar venían a pedir limosna a la puerta. Como yo era desde niña inclinada a los pobres, hallé ocasión donde satisfacer mi deseo, que era de darles mucha limosna y el abad, como era tan caritativo, me había dado licencia para que diese a los pobres lo que quisiera con orden de mi madre... Ellos hallaban tan buena acogida en mí que todos los días venían y me llamaban para que los socorriera. No sabía qué hacerme para darles limosna, les daba cuanto tenía a mi disposición, hasta la ropa que traía puesta se la daba para que vistieran su desnudez. Y mi madre me solía reñir ⁷.

Estando en Bayona en casa del abad me entró un grande opilación (impedimento), que me molestaba hasta ponerme incapaz de poder hacer nada ni valerme para cosa. El médico dijo que eran en vano todas las medicinas, si no mudaba de tierra o me sacaran a divertir a otra parte de mejores aires, que fueran más convenientes para mi salud. El señor abad con el deseo de mi salud, ordenó ponerme en compañía de una señora muy conocida de casa que vivía en la ciudad de Tuy, a tres leguas de distancia, para que me alegrase y saliese a pasear con ella ⁸.

TENTACIONES CONTRA LA PUREZA

Llegué a casa de esa señora y ella me mostraba mucho amor. Me rogó que le hiciera unos encajes para un peinador de un caballero que era muy de su casa, pariente suyo y quería regalarle. Convine en hacer dichos encajes... Un día le dio gana al caballero para quien eran los encajes que yo hacía, de verlos. Y en retorno de gracias, porque eran muy buenos y de su gusto, me dijo no sé qué palabras que me disonaron bastante. Yo le respondí ásperamente. Como me vio enfadada, no pasó adelante con aquella conversación que parecía del diablo... Buscando otra ocasión a espaldas de la señora, tuvo atrevimiento de hablarme claro en lo que pretendía. Pero no lo dejó Dios de su mano para que hiciese acción ninguna descompuesta que en este caso hubiera yo levantado el grito.

⁶ A V, 4.

⁷ A V, 9.

⁸ A VI, 1,

Como viese yo al enemigo descubierto, cobré fuerzas para dejar aquella casa para no perecer en ella. En una noche que fueron los músicos de la iglesia catedral a tocar algunos instrumentos para divertir a una señora principal que había venido de Santiago, esta noche tuvieron grande fiesta y sarao. Salieron a bailar algunos caballeros y entre ellos salió el que me perseguía. Y me hizo cortesía para que saliese a danzar con él. Yo, como estaba tan enfodada de los lances pasados, me resistí. El ciego caballero, viéndose desairado, levantó la mano de rabia y me dio una bofetada tan grande que me aturdió el sentido. Esta acción la hizo a la vista de todos los caballeros y señoras que estaban presentes y de su mujer, que era casado. A él no me acuerdo que le hablase más ⁹.

Por ese tiempo un sujeto que fue en compañía de aquella señora forastera me dio a entender si quería yo tomar estado de matrimonio con él. Ni una palabra disonante me dijo, sino con mucha cristiandad y modestia. Yo, como estaba determinada a buscar modo de salir de aquella casa, le di a entender que sí tomaría estado con él, porque era el tal sujeto tan recatado, aunque mozo en sus modos y palabras que a mí me daba devoción ¹⁰.

Este joven, que había venido acompañando a la señora de Santiago de Compostela, le sugería de irse con él en compañía de la señora y casarse después. Ella no se animó y todo quedó en nada.

HUÍDA A SANTIAGO DE COMPOSTELA

Ella se escapó de la casa sin provisiones para el camino y a pie. Tan enferma que no podía casi dar un paso. Iba a Santiago preguntando y, si anohecía, iba a pedir posada a las casas de los labradores, gente sencilla y sin malicia. Llegó a la villa de Redondela y vio que se quemaban algunas casas y los vecinos habían escapado, porque los ingleses habían entrado en el lugar. No vio en el lugar gente ni tampoco ingleses. Nos dice: *Me asusté mucho en ver que no sabía por dónde había de salir para proseguir mi camino. Casi me desmayé al ver aquellos navíos con banderas encarnadas que estaban representando guerra. No me atrevía a pasar adelante ni volver atrás, porque pensaba que, si no era pasando por la villa, no habría otro camino para ir adelante. Estando así turbada, se apareció un buen hombre cristiano y me dijo que me apartara de allí que me fuese por otro camino que él me enseñó. Y salí de la villa sin peligro de verme en manos de los ingleses ¹¹.*

⁹ A VI, 2-3.

¹⁰ A VII, 1.

¹¹ A VII, 2-3.

En el camino encontró una mujer que se dirigía a Santiago en compañía de un muchacho y que huía de los ingleses. Y relata: Como vi que tenía compañía para pasar adelante, le dije que podíamos ir juntas. Ella vino en ello... Sentimos venir unos caballeros. Iba anocheciendo. Yo, dándome prisa para llegar a algún lugar. Los caballeros nos dieron vista, se pararon y nos saludaron los dos y se paró uno de ellos con falsa caridad y empezó a decirme que me tenía lástima de verme caminar a pie... Sin más me asió de un brazo y me puso encima de su caballo, que llevaba lleno de armas. Me vi en grande aprieto, porque me llevaba atada y presa con los correones del caballo sin darme facultad para poder saltar a tierra y escaparme de sus manos. Y la otra compañera no podía andar al paso del caballo. Conocí su depravada intención y le dije para engañarle: “Caballero, si me hace la caridad de llevarme en este caballo, no me maltrate con estas ataduras”. A esto me dijo que había de ser su esposa y que no me había de soltar hasta llegar a su casa... Me parece que nunca llamé a Dios con más eficacia y de lo íntimo de mi alma le pedí que me socorriera en tan apretado lance de perderme... Volvíle a rogar con mucha cortesía que me desatara, que le daba palabra de no echarme a tierra hasta que él quisiese.

Confiado en lo que le dije, me dijo que me pusiera como yo gustase. Al punto apareció un viejo junto a nosotros y me dijo: “No tema a ese caballero”. Yo así que vi a aquel buen viejo, salté del caballo en tierra y me fui a valer de su amparo. Él me dijo: “Véngase conmigo”. No sé si me fui a pie o me llevaron por el aire; ni sé si había mucha o poca distancia desde donde apareció el viejo hasta el lugar donde me llevó. Así que entramos en el lugar, me dejó y no le he visto más ni sé qué camino tomó... No hice reflexión si aquel viejo podría ser mi amantísimo padre san José, de quien era yo muy devota y le rezaba todos los días. Después de no haberle visto ir por parte ninguna, creo que no fue hombre de esta vida el que me libró de la muerte del cuerpo y de la del alma en tan desastrado peligro¹².

En este tiempo supo mi tía que yo estaba en Santiago y, como deseaba verme, envió por mí y me fui con mucho gusto otra vez en su compañía... Mi tía lloraba de gozo de que había aparecido. Pocos días le duró el consuelo de tenerme en su compañía, porque luego envió mi madre por mí para tenerme consigo. Yo luego lo puse en ejecución y llegué a casa del señor abad, volviendo al mismo modo de vivir que tenía la primera vez¹³.

¹² A VII, 4-6.

¹³ A VIII, 1.

MATRIMONIO

Antonia empezó a reflexionar si para evitar tantos peligros sería bueno escoger el estado de matrimonio. Y afirma: *En este tiempo sucedió que un sujeto le pidió a mi madre para casarse conmigo, el cual era de bastantes conveniencias y de buena sangre. Este me quería sin dote, porque tenía él bastante medios para mantenerme con la decencia que mi madre deseaba. Yo, como no era inclinada a tener bienes temporales, deseaba que fuese pobre y, cuando mi madre me propuso esta boda, le dije: “Madre mía, yo no dejo de tener alguna inclinación al estado, pero ese sujeto no me gusta ni tengo inclinación de casarme con él”*¹⁴.

Su madre despidió a ese sujeto y salieron otros con la misma pretensión. Y entre estos habló a su madre el padre de Juan Antonio Valverde, de familia cristiana y honrada, aunque no era rico. Ella se encomendó a san José para pedirle luz si le convenía aquel pretendiente. Y se halló con buenos deseos de casarse con él, pero con la condición de que la boda debía ser el día de San José. Todo se arregló y se casó con él el día de San José. Tenía ella 22 años y vivieron en Bayona. Pero Juan Antonio era un poco codicioso y, como no tenían buena situación económica, pensaba mucho en cómo mejorarla para bien de su nueva familia. A los diez meses de casada, nació el primer hijo Sebastián Antonio: Y Juan Antonio seguía pensando en cómo mejorar su situación económica. Lo bueno es que era un hombre sin vicios. Era muy devoto de la Virgen del Carmen y tenía su santo escapulario. Ayunaba todos los viernes y sábados en honor de la Virgen y también era caritativo con los pobres. Si alguno venía cuando estaba comiendo, dejaba al punto la comida y hacía que se la llevaran al pobre que estaba a la puerta. No era jugador, ni paseante, ni salía de su casa a deshora.

SU ESPOSO VA A CÁDIZ

Ella dice: *Como me pidió licencia para irse y yo le deseaba dar gusto y veía que, si no salía, había de vivir con la zozobra de que no le daba yo libertad para ganar su vida, después de algunos reparos le di licencia con la condición de que no se había de detener mucho tiempo fuera de su casa. Yo quedé enferma y criando al chico que, al tiempo que su padre se fue, tendría diez u once meses poco más o menos. Y quedé en la casa donde vivíamos con solo una criada*¹⁵. Él

¹⁴ A IX, 2.

¹⁵ A XIII, 1.

se fue por mar a Cádiz, donde tenía un hermano de la Orden de predicadores. Mucho tiempo estuvo en la celda de su hermano y trabajó en lo que pudo para ahorrar algún dinero antes de regresar. Desde allí le envió una porción de aceite en un barco que le cogieron los moros con toda la gente que venía en él. Los cautivos fueron rescatados con otros muchos por los padres de la Redención y llegaron a Madrid ¹⁶. Por su parte ella, al quedarse sola, sintió de nuevo los peligros de su soledad.

Anota: Empezó el demonio a valerse de la ocasión. Una persona que tenía hecho voto de castidad con título de ser muy conocido y amigo (de mi esposo), pues antes de irse se solían visitar los dos, después quiso continuar en hacerme algunas visitas. Yo, como no tenía mi marido en casa, no gustaba de que entrase hombre alguno en ella, fuese de la clase que quisiese. Este sujeto que digo no sé por qué descuido de la criada, que no había cerrado bien la puerta de la calle, estando yo cenando, me hallo con el tal sujeto en casa. Yo que lo vi, le pregunté: “¿Qué era lo que venía a buscar aquella hora?”. Él con mucha cortesía me respondió que no venía más que a visitarme y ver si se me ofrecía alguna cosa en la ausencia de su amigo. Yo le dije que no se hacían las visitas de aquella manera sin llamar a la puerta que yo no recibía visitas de noche y así que se fuese con Dios que mejor le agradecería el que se estuviese en su casa ¹⁷. Y después que pasaron uros días, estando yo cerrada en mi casa, sentí que hacían algún sonido a la puerta como que llamaban y esto también fue de noche. Yo por entonces no hice mucho aprecio, pero prosiguiendo el enemigo con sus instancias en que yo me informase de quién llamaba a la puerta, decíame la criada que miraría por la ventana. Yo le dije que lo dejase, que acaso sería algún enredador que pasaba por la calle para meternos miedo... Tenía yo en mi cuarto un crucifijo de mediana estatura y estándole mirando con mis temores y dudas de si podría resistir al enemigo o si por mi flaqueza me dejaría vencer de sus asechanzas me pareció que me habló su divina Majestad desde la cruz estas palabras: “Apártate de la ocasión en que me puedes ofender y sígueme” ¹⁸.

Total que ella determinó irse a vivir con sus suegros, a pesar de que el suegro estaba dudando si ella le había engañado a su hijo con otro hombre. Y dice: *Ellos, hechos cargo de mi soledad, me dijeron que fuese muy enhorabuena a vivir con ellos. Y luego al punto lo puse por obra. Y para ir más desembarazada, despedí a mi criada, se deshizo mi casa y me fui con mi hijo sola para la compañía de mis suegros ¹⁹.*

¹⁶ Penedo, vol1, pp. 303-304.

¹⁷ A XIII, 3.

¹⁸ A XIII, 3-6.

¹⁹ A XV, 3.

ENFERMA EN CASA DE SUS SUEGROS

A su suegro le dio una enfermedad y ella lo atendió como pudo, pero ella también estaba enferma. El médico dispuso que le hicieran hasta seis sangrías. Las sangrías la pusieron peor de lo que estaba. Además aplicó medicinas contrarias a sus males y hasta le envió unas bebidas de Portugal, que tenían la virtud según decían de hacerme arrojar por la boca todo cuanto humor malo podía molestar. Las tomó unos cuantos días y no le hicieron ningún efecto positivo. El caso es que el boticario, que hizo la medicina por encargo del médico, se equivocó y, en vez de darle el unguento añejo, le dio lo que acaba de hacer, que era para matar a un caballo, cuanto más a una persona delicada.

Ella anota: Todo el cuerpo se desustanció. Por la boca parecía un caño de fuente noche y día, sin cesar el humor de salir hasta echar la sangre líquida, que ya no había otra sustancia mala ni buena que salir de mi miserable cuerpo. El médico consultó a todos los de aquel lugar y algunos de Portugal y todos vinieron a decir que sin remedio me moría. Todos los que me conocían lloraban por mí. El pueblo se había levantado contra el médico y el pobre se asustó tanto que tenía el color como un difunto de ver que no podía dar remedio a mi vida.

Noche y día estaba sin cesar haciéndome remedios contrarios al veneno que me había dado. Toda la sala estaba llena de medicinas y nada bastaba de todo lo que yo tenía de dinero, aunque no era mucho. Mi madre gastó lo que no es creíble conmigo en esta enfermedad... Y el médico acudió a Dios. Envío al convento que hay allí de dominicas que con toda eficacia pidieran a su divina Majestad por su enferma, que, si me moría, él quedaba perdido. Llévome el médico a mi cuarto un cuadro del señor Santo Domingo que le habían dado las religiosas y él parecía muy devoto del santo y se ponía de rodillas delante del santo y allí empleaba mucho tiempo, pidiéndole mi salud.

Llegó el día del señor san Juan Bautista y a las nueve de la mañana me entró un síncope tan grande que me aceleraba por instantes la vida. Fueron corriendo por su divina Majestad y la santa unción juntamente. La lengua toda se me había salido fuera de la boca y tan hinchada que para poder tomar respiración me ponían una cañita muy delgada entre los dientes de arriba y la lengua para que no me ahogara de la abundancia de humor que salía. Me dieron a su divina Majestad a pedacillos. Yo no podía hacer movimiento con la lengua para pasar al Señor sacramentado y lo tuve mucho tiempo en la boca... Después de dos horas me volvieron las agonías de la muerte. Ni vivía ni acababa de

morir. Veinticuatro horas estuve agonizando desde que me entró el síncope. Después cesó el síncope y me hallé algo mejor. Al tercer día me volvió a repetir con mucha más fuerza que el primero. Me puse hecha un cadáver, todos mis miembros helados, los alientos o espíritus vitales me faltaban, no tenía pulsos ni más señas de que estaba el alma en el cuerpo que un poquito de respiración. Y Dios, contra toda esperanza humana, me mantuvo la vida. Este segundo síncope me duró 24 horas. Sin acabar de expirar, interiormente en mi corazón, pedí a Dios que acabara de llevarme si era su santísima voluntad, que ya no había fuerzas en lo natural para más padecer y, si me convenía la vida para mayor servicio suyo, me diera su aliento.

De repente, haciendo esta súplica, me hallé libre de las agonías que padecía y se fue recobrando mi cuerpo, que estaba helado por el mes de junio. Toda la ropa de la cama estaba mojada con el sudor frío del síncope. Su divina Majestad y por milagro suyo, que no pudo ser otra cosa, me reparó, se suspendió la corriente del humor que salía por la boca. En más de dos meses no me acuerdo si dormí una noche. Cuantos me veían, se ponían a llorar de lástima. No tenía ni media libra de carne sobre mis huesos y lo peor no era la figura exterior, sino lo que yo sentí por espacio de tres años ²⁰.

A partir de esa enfermedad ella quedó con una gran ansiedad de estar a solas con Dios. Se iba al huerto de la casa, llevando labor de manos para disimular y allí se encerraba con llave, sola, ya que su hijo le tenía su madre durante el día y se lo llevaba por la noche. Ella no deseaba tener oración de alta contemplación, porque no sabía lo que era, solo tenía un gran deseo de amar a Dios y le decía: “Señor yo muero por tu amor”. Y para que Dios le diera su amor, sentía un gran deseo de padecer por él. Y le decía también: “Dame, Señor a conocer tu amor para que te pueda amar como mi alma desea”.

He aquí alguna de las coplas que compuso al marcharse su marido de casa:

*Hasta ahora dueño mío,
otro me tuvo ocupada,
ahora serás tú solo
el esposo de mi alma,
Bienvenido seáis, Señor.
Oh, premio de mi deseo.
Con la fe, Señor, os veo
y abrazo con el amor.
Seáis Señor, bienvenido,
dadme Señor mil abrazos,*

²⁰ A XVI-XVII.

*que estando con tales brazos,
no tendré de Vos olvido.*

*No pienses subir al cielo
sin pasar por fuego y agua,
que es mucho más imposible
que querer volar sin alas.*

ILUMINACIÓN INTERIOR

Una noche, sin poder decir al Señor más de que me diera su amor, me pareció que de repente se llenó mi alma de una luz sobrenatural. Me pareció que mi entendimiento fue ilustrado en los misterios de nuestra santa fe, especialmente en el de la Encarnación del Hijo del Eterno Padre y el de nuestra Redención... De esa nueva luz quedó mi alma mucho más enamorada de su divino Amante por conocer en esta ocasión más profundamente la bondad de aquel Señor. Me quedó un conocimiento claro de mis pecados, pero al mismo tiempo una grande confianza en la divina misericordia, que me había de perdonar ²¹.

En este tiempo me pareció que por espacio de 15 días veía a nuestro Señor Jesucristo a mi lado derecho, aunque no me acuerdo en qué figura. Pero bien tengo en la memoria que veía al Hijo del Eterno Padre y, por esta vista, estaba yo como suspensa y absorta sin poder atender a otra cosa ²².

Durante el tiempo que estuve sin la compañía de mi marido me dio el Señor grandes deseos de guardar pureza de alma y cuerpo, si en mi mano estuviera, y un deseo grande de ponerme un hábito y no andar vestida de seglar, pero como miraba que esto no lo podía hacer sin licencia del marido, no me determiné por entonces a pretenderlo ²³.

REGRESO DEL ESPOSO

Ocho días antes de que regresara mi esposo, entré en la casa adonde me mudé. Como estaba sola, llevé a mi suegra para que me acompañara y una criada... Cuando él llegó, yo tenía 26 años y él se espantó de verme, que no me

²¹ A XXIII, 2-4.

²² A XXIV, 1.

²³ AXVIII

conocía de la suerte que estaba, ya que parecía un palo seco. En cuanto a salud corporal, solo tenía cuanto me pudiera mantener sin hacer cama. Lo poco que me meneaba era con grandísimo trabajo del natural. A esto se juntó el embarazo de una niña, que padecí lo que no es creíble... sin milagro del Señor no hubiera podido nacer. Estaba sin fuerzas, como si estuviera difunta. Mi marido y todos los parientes estaban tan apesadumbrados que les parecía me moría y la chica sin salir a la luz. Trajeron muchas reliquias del señor santo Domingo, y las monjas, como supieron el aprieto en que me hallaba, todas las de la comunidad cantaron la letanía a nuestra Señora y empeñaron a santo Domingo con sus oraciones. Me enviaron un breviario del santo y me parece una cocrea que me ciñeron. Y así, desmayada como estaba, nació la niña buena en 1727. Yo estuve muy a los últimos en este lance ²⁴.

DE NUEVO SOLA CON DOS NIÑOS

Como la vio tan mal, su esposo no quería que muriera y no quería tener intimidad. Le pidió permiso para ausentarse de nuevo y él se fue a Sevilla a los dos meses de nacer la niña. Anota Antonia: *Yo me quedé con mis niños por criar y enferma. A veces me solía desmayar con la criatura al pecho hasta que mi madre me quitó la niña, que le di leche muy poco tiempo ni tampoco la tomó de otra, porque su abuela, como la quería tanto, la fue manteniendo con chocolate y otros alimentos delicados. Esto era en su casa, que no estaba mi madre conmigo y solo se llevaba su merced a los niños para darles de comer, que fuera de estas horas siempre yo los tenía en mi casa. El chico tenía cuatro años y medio de edad, cuando se fue esta última vez su padre y lo puse a la escuela para que le enseñaran a leer. Él se aplicó tanto que hacía ventajas a todos sus compañeros ²⁵.*

Un día, pidiendo al Señor que le diera lugar para poder meditar en su Pasión le pareció que del mismo sagrario salía la persona de Jesús en carne viva, enseñándole solo el brazo derecho, el rostro y todo el pecho. Traía la mano derecha en su costado, indicando el corazón y le dijo: “Hija, aquí está lo que buscas” ²⁶.

Pasaba lo mas de la noche en oración, pero al enemigo debía de pesarle el verme tan permanente en este ejercicio que me dio un sueño tan grande que no me podía valer y debía contentarme con oraciones jaculatorias y pasar con rezar mis devociones y el rosario a mi madre Santísima. Con la pesadumbre tan

²⁴ A XXIX.

²⁵ A XXIX 2-3 y XXX 1-3.

²⁶ A XXXI, 1.

grande que padecía del sueño, luego que rezaba mis devociones vocales por la noche, me iba a recoger, a dormir. Y a este tiempo que me recogía oía una voz interior que me decía: “Ponte en oración”. Tanta fue mi resistencia que no hacía caso de lo que oía, no sé cuántas noches ²⁷.

Un día que estaba deseosa de encontrar quién fuese mi maestro espiritual, se me ofreció ir a la iglesia de San Francisco y, como yo era muy devota del santo, y discurrí que podía tomar a san Francisco por mi maestro. Y yendo con este pensamiento de tomar al santo por mi director, me hablaron en lo interior de mi alma con palabras formales según lo que he entendido: “No te canses que yo seré tu maestro” ²⁸.

Un día en que estaba confundida y no sabía si el recogimiento que tenía era de Dios o del diablo, sensiblemente oyó: *No dudes, que ando sobre ti como la paloma sobre su nido.*

Su madre creyó que estaba hechizada y dijo que se dejara exorcizar y llamó a un religioso franciscano que era su confesor. El religioso estuvo toda la tarde dando voces con sus exorcismos y vino otros días y no pasó nada. Ella estaba de rodillas y, al tiempo de las oraciones, estaba tan quieta y sosegada como siempre. Con esto el buen religioso y su madre se desengañaron de que sus males fueran realizados por el demonio.

VOTO DE CASTIDAD CONDICIONAL

Otro día, dice, me hallé con tal ánimo que hice voto de castidad condicional, que yo por mi parte, aunque el hermano (su esposo) viniese de afuera, no había de quebrantar mi voto, si no es que fuera obligada de él por el derecho que le tocaba (del matrimonio). Lo hizo el día de la Asunción (15 de agosto de 1728) sin pedir consejo a nadie. Y este voto siempre lo renovaba cada día en cuanto estuviese de su parte para mantenerse con pureza en todo, pero especialmente en materia de castidad. Un día estuvo presente en la ceremonia de entrada de una joven en un monasterio de dominicas. Ella estaba con pena de no poder verse en aquel estado de consagrada y oyó estas palabras de Jesús: “Más luce una azucena entre espinas que entre las mismas azucenas” ²⁹.

Su confesor le ordenó que asistiera a misa solo media hora y se retirase a cuidar su casa y sus hijos. Que no debía levantarse de la cama, durmiendo hasta

²⁷ A XXXII, 1-2.

²⁸ A XXXIII, 1.

²⁹ A XXXIX, 3.

las cinco de la mañana y que solo media hora de oración había de tener. Que lo demás del tiempo debía gastar en cuidar su casa y hacer su labor, es decir, hilar o hacer otra cosa semejante y que se hiciese fuerza para comer buenamente lo que pudiese... *Un día me parecía que tenía mucho sueño y temía no despertar a las cinco para tener mi media hora de oración y me encomendé a mi santísima Madre y al ángel de mi guarda para que me despertasen a la hora que me había dicho el confesor. Y al punto que daban las cinco me parecía que me llamaban. En una ocasión se me apareció la Reina de los ángeles. Esto fue antes de despertar: traía a su santísimo Hijo en el brazo izquierdo, arrimado a su Corazón, y me dijo: “Despierta María, que es hora”* ³⁰.

*Otro día Jesús me dijo: “Hija, ten un poco de libertad, cuando estás en mi presencia, quiero que me digas palabras de amor, de esposa”. Era como si él tuviera necesidad de mis palabras de amor y empecé a soltar la rienda de mis afectos para con su divina Majestad. No me dejaba su divina Majestad de favorecerme unas veces por sí mismo con hablas y este recogimiento que he dicho que sin ver nada, veía mucho. Algunas veces, como todos mis pensamientos a mi entender eran de Dios, le solía ver en forma de un Niño muy hermoso, pero esto era de paso, que en un instante se desaparecen estas visiones*³¹.

HAMBRE INSACIABLE

De pronto un día se le presentó un hambre insaciable que con nada se satisfacía. Su madre estaba asombrada de verla comer tanto y sin saciarse. El médico se declaró impotente, no solo para curar sino para diagnosticar. Era la expresión física del hambre de Dios, que sentía su alma. Le parecía sentir en una profundidad inmensa y un vacío tan grande que otro que Dios le parecía incapaz de llenarlo, ni los ángeles, ni los santos, ni cosa criada. Aunque se juntaran todas las criaturas angélicas y humanas le parecía que no eran bastante para llenar el vacío con que se hallaba su alma. Era hambre espiritual y corporal a un mismo tiempo.

Pasó así varias semanas y un día sintiéndose morir se encomendó a Dios y oyó en lo íntimo de su alma: *“No es mi voluntad ahora, que mueras; sino que vivas en Mí”*. Acto seguido empezó el Señor a soltar en su alma el mar inmenso de sus misericordias. Le parecía que estaba toda llena de Dios y el manjar con que se alimentaba era con su divino espíritu. Conoció que era su divino Esposo, porque llenó su entendimiento de soberanas luces para que conociera la verdad

³⁰ A XLI, 4.

³¹ Ib. 6-7.

en donde no cabe engaño. Esta transformación se reflejaba en su interior y pasó 15 días imposibilitada de tomar alimento, absorta en Dios. Si intentaba tomar un sorbo de caldo, se le producía un síncope que la ponía al parecer en trance de muerte. Su madre estaba preocupadísima y el buen confesor don José de Castro, no sabía qué hacerse.

Tenía tantos deseos de la salvación de los pecadores que un día oyó estas palabras: *“En el corazón humilde y obediente reposa mi cabeza. Tú serás fundadora de un convento”*. Uno de los días el Señor le dio la visión de un convento no muy grande de religiosas de número corto, entre ellas muy unidas, sirviéndose unas a otras sin criadas seglares. He visto las profesas, tres de velo blanco, estas andaban muy hacendosas como dándome a entender que servían ellas a la comunidad de las profesas. Todo lo que les sobraba del comedor, lo daban a los pobres que llegaban a la portería. Estas religiosas no tenían cosa propia y vivían pobremente. Conocí ser de la Orden del Carmen.

Pocos días más tarde de nuevo oyó: *“Quiero que me críes unas doncellas para mi servicio. Más hijas quiero que tengas que los dos hijos tuyos”* ³².

SUS DISCÍPULOS

Pronto aparecieron algunas jóvenes, buscándola en su casa con permiso de sus padres. Todas sentían un atractivo especial hacia ella, debido a sus virtudes. En poco tiempo se juntaron hasta 13. Todas llevaban su labor y aprendían con ella. Ella les aconsejaba y hacían una hora de oración y, a la hora señalada, se iba cada una a su casa. Ella era terciaria franciscana con hábito interior y quería llevarlo exteriormente dejando sus vestidos seglares. Pidió a su confesor que le escribiera a su esposo para pedirte permiso y él se lo dio, pero la junta de terciarios le negó su deseo de vestir el hábito descubierto. En esto estaba, cuando uno de los días la Virgen del Carmen le habló interiormente y le mandó que tomase su hábito y que atrajese también a sus hermanas para así alcanzar gran perfección.

Cuando la vio la gente con su hábito carmelita exterior, recibió muchas burlas y hasta los mismos muchachos la perseguían a ella y a sus discípulas que habían recibido solamente el escapulario del Carmen; y hasta hubo un predicador que la denunció desde el púlpito. Dijo que la iba a llevar a la Inquisición para que la condenaran como a la Rata. Ana María Pimiento refiere que esta mujer era una pecadora y que María Antonia la recibió en su compañía a ver si conseguía convertirla. Le daba de comer, le lavaba la ropa por su mano y la purgaba de las

³² A XLVI, 1 y XLVIII, 1.

pulgas que llevaba. La acostaba en su propia cama y la agasajaba para ganarla para Dios. Su confesor la llegó a confesar y para que se humillase, le puso este rótulo: *Yo, Dominga la Rata, la pecadora y mala mujer.*

El obispo de Tuy se puso en contra y le prohibió a su confesor seguir confesándola. Por esto sus discípulas no se atrevían ya a tratarla a cara descubierta. Solo tres permanecieron fieles, dos eran hermanas de apellido Pimienta, y la otra se llamaba María Antonia también.

Antonia no tenía quién quisiera confesarla. Un día recorrió todos los confesionarios de la iglesia de san Francisco y de todos fue expulsada sin quererla oír. El señor abad tampoco quiso confesarla y, al fin, con vacilaciones, la confesó el Vicario.

Decidió ir personalmente a hablar con el obispo de Tuy y fue con las tres discípulas fieles desde Bayona a Tuy a pie, más de tres leguas de camino. Por la mañana fueron a los dominicos a confesarse con el confesor del señor obispo. Ella hasta le entregó unos papeles sobre el estado de su alma que había escrito. Y a este confesor le pareció bien que visitase al señor obispo y se ofreció a acompañarla. Cuando el confesor expuso al obispo la pretensión de Antonia de fundar un convento, al obispo le pareció una locura por estar casada, con hijos y siendo pobre.

El obispo hizo una visita a Bayona y pidió al abad que llamara a Antonia a su presencia. Ella le entregó unos papeles sobre la fundación y el obispo, en su presencia y sin leerlos, los quemó. No obstante, le concedió un confesor franciscano para su alma.

Dice: Un día fue el abad a mi casa con toda su autoridad y me dijo que enviara aquellas doncellas a casa de sus padres que así lo ordenaba el señor obispo. Ellas hartas lo lloraron, pero fue preciso obedecer. También el obispo envió comisión al abad para que me quitara el hábito y me pusiera de seglar como antes. Yo obedecí al abad muy contenta. Lo que hice fue quitarme el escapulario por obedecer al obispo y, para verme despreciada, dejé el cuerpo del mismo sayal y la saya que era de la misma estameña; y me quité las tocas. Y, como me había cortado el cabello, parecía un fraile donado ³³.

El abad se mortificaba, porque ni parecía mujer ni hombre. Después de pasar tres días con muchas lágrimas por mi hábito, pidiendo a la Virgen me diera luz, me dijo en espíritu: *Por camino viene quien te lo puede dar con seguridad*

³³ A LXV, 2.

que ya el obispo no te lo podrá quitar. Al otro día la criada me dijo: Yo, señora, he visto un religioso carmelita en el lugar.

CON HÁBITO CARMELITA

Vino un religioso calzado nuestro. Me dijo que, si quería ponerme el hábito otra vez que le llevara el escapulario y correa, que me lo bendeciría y me lo echaría (colocaría). Que tenía facultad de su provincial para dar hábitos descubiertos a cualquiera persona que lo quisiera traer por devoción, que era el mismo religioso el que les daba a los terceros (terciarios) que asistían en su convento a todas las funciones y fiestas de su iglesia. Con esto nos alentó a las cuatro (ella con las tres discípulas fieles) y luego que se fue nos envió licencia firmada del padre provincial de Castilla la Vieja ³⁴.

La toma de su hábito fue el 25 de marzo de 1929 en el altar de la Virgen del Carmen de la ermita de Santa Liberata, donde estaba establecida la Cofradía del Carmen, allí tomó el hábito carmelitano. El hábito se lo impuso el capellán de la ermita y de la Cofradía Tomás de Rivera, quien impuso el escapulario del Carmen a sus discípulas.

Había hecho el voto de castidad condicional, porque su esposo no aceptaba vivir continente. Un día estando en oración sintió en espíritu que la Virgen le ceñía con sus propias manos un cingulo de pureza más blanco que los copos de la nieve con que se halló su alma y cuerpo más limpio y puro que el día en que nació .

Otro día en que desconfiaba de que su esposo le diera el consentimiento para dedicarse a la vida consagrada como carmelita descalza, oyó del Señor estas palabras: *Fíate de mí* ³⁵.

PREPARADA PARA EL VIAJE

El Señor me dijo: *Hija, sal de tu casa que yo iré en tu compañía. Yo decía: Señor, ¿y adonde quieres que vaya? El confesor que tengo me lo ha de estorbar.* Su divina Majestad me aseguraba que me dejaría libre de él, que previniera mis cosas y que no me detuviera en dificultades humanas, que hablase a los padres de las tres discípulas para que dejaran ir a sus hijas adonde el Señor las llamaba en mi compañía. Que dijese a mi madre que cuidase de mi niña.

³⁴ A LXV, 2-3.

³⁵ Carta fol 116, Penedo, vol1, p. 355.

Antonia entregó a su hijo Sebastián a su confesor, el Sr. Castro, que iba a Roma, recomendándole que lo educara como buen cristiano. El Sr. Castro, antes de ir a Roma, pasó por Sevilla para que el niño pudiera despedirse de su padre, que estaba allí. El niño estudió en Roma. Después lo trajo y lo encomendó a los carmelitas descalzos españoles del Hospicio de Santa Ana en Madrid para que vistiese su hábito. Pero el hecho de que su hermana Leonor entrara como dominica le hizo cambiar el rumbo de su vocación, que prefirió seguirla también en la Orden dominicana. Que no había de ser carmelita, se lo había profetizado en Roma un padre camaldulense santo.

Por su parte Dios le había prometido cuidar de sus hijos. El día que se despidió para ir a Sevilla con sus tres discípulas echó la bendición a su hijo Sebastián, a quien habían llevado allí para esa ocasión y también le echó la bendición a la niña, que estaba durmiendo. Tomando a su hija Leonor en brazos levantó los ojos al cielo y se la ofreció a su Majestad, haciendo de sí el mayor sacrificio y que la dejaba con todo lo demás por su amor para corresponder a su llamamiento y divinos impulsos.

Decidida a viajar a Sevilla al encuentro del esposo, refiere: *Di a los pobres aquellas cositas más manuales de mi casa que no había muchas por haber gastado en mis enfermedades pasadas lo más que tenía y por otro lado lo daba todo, porque no podía ver en mi casa trastos en que pudiera embarazarme; que si no fuera por el respeto del hermano (su esposo), no dejara en mi casa más de una sola escudilla para comer lo poco que comía.*

El Señor la alentó para que no tuviera miedo y que él tomaría por su cuenta la crianza y cuidado de la niña, porque si se muriese, ¿no la había de dejar por la fuerza? Que la dejase a su madre con todas las demás cosas y saliera sin dinero, confiando en su providencia. Y el Señor le aseguró: *Sal, hija, que bienaventurada serás. En tu compañía voy, no temas.*

Ella y las tres discípulas fieles salieron de Bayona a las nueve de la noche, camino de Sevilla para encontrarse con el esposo con el fin de pedirle permiso para vivir en castidad perpetua y poder así fundar el convento que Dios le había señalado en Santiago de Compostela de carmelitas descalzas.

VIAJE A SEVILLA

Antes de salir de viaje entregó a su confesor, el Sr. Castro, una crucecita engastada en plata, a cambio de la cual le pidió y obtuvo un crucifijo de bronce, que solía tener sobre la mesa y que fue su compañero de viaje.

Iban nuestras viajeras con sus hábitos, un sombrero de paja encima de las toscas, sus bordones en las manos y una mochila a las espaldas, que les había

preparado la madre de María Antonia. Ellas mismas, cuando probaban esta indumentaria se reían alegremente de su aspecto, pues la mochila a la espalda sólo la llevaban entonces los soldados.

En las mochilas llevaban alguna ropa para mudar y algunos libros e instrumentos penitencia, sin cosa de comida, pues querían caminar fiadas de la providencia de Dios.

Salieron de Bayona camino de Portugal. En Camiña (Portugal) Se detuvieron en el convento de las hermanas clarisas. Le enseñaron una pintura o efigie del Ecce homo y, al punto cayó desmayada en tierra. Al rato volvía en sí, pero no quiso levantar los ojos a la imagen para no caer de nuevo. Le dijo al confesor de esa comunidad: *Padre, no puedo decirle lo que siente mi alma cuando mira a mi Señor Jesucristo en algún paso de su Pasión. Es cosa que se me parte el alma y corazón, que parece que me entran una espada de muchos filos por el mismo corazón. Y esto es la causa de desmayarme como vuestra reverencia me vio.*

También al pasar por Villafranca del Bierzo camino de Santiago, le ocurrió algo parecido a lo de Camiña en presencia de una imagen del Señor que las concepcionistas tenían y otra vez le volvió a suceder cuando el arzobispo de Santiago la quiso obligar a hablar de lo que le había ocurrido la Semana Santa ³⁶.

La alentó para seguir adelante en su empresa, previniéndole proféticamente para algunas dificultades que había de encontrar. Esta aprobación confortó mucho el ánimo de Antonia, pues era la primera vez que se veía comprendida y alentada.

Las monjas clarisas quisieron agasajarlas, lo que hicieron con esplendidez; tanta que enviaron con ellas una mujer cargada de comida, que las acompañó hasta un lugarejo próximo. Ellas, no sabiendo que hacer con tanta provisión, de común acuerdo decidieron dar todo aquello de limosna a una buena mujer. También para caminar más desembarazadas se deshicieron de las mochilas y de todo lo demás que llevaban, reservándose sólo los instrumentos de penitencia.

Llegaron a un lugar que se llama Viana y el Señor le dijo: *Hija, el demonio viene en tu seguimiento, no le des crédito. Pasa adelante.* Allí había un convento de carmelitas descalzos y le aclararon que para fundar un convento de carmelitas descalzas no era necesario ir a Roma como ella pensaba a pedir licencia, por estar ya establecida y concedida de los Papas esta sagrada Orden. Que lo que necesitaba era hablar o echar memorial al rey para que concediera la

³⁶ Penedo, vol 1, p. 318.

licencia. Se fijó bien en su hábito, pues en una ocasión en sueños había visto en su casa a su esposo vestido de hábito pardo con su capa blanca y era como el de ellos.

De Viana fueron a Oporto solitas por aquellos caminos y a pie con mucha penalidad, porque era tiempo de invierno y, como llueve mucho, todas iban empapadas en agua, que pesaban más los hábitos que ellas mismas. Los hábitos se mojaban y se secaban encima de ellas y así pasaban el camino muy alegres cantando al divino esposo alabanzas a su modo y le decían que, si se mojaban, tendría por bien de enviarles algunas horas de sol para que se secaran los pobres hábitos, porque mojadas no podían andar un paso. Su divina Majestad miraba su flaqueza y de repente, estando el cielo todo entoldado de nubes y lloviendo a cántaros, rayaba el sol. Esto sucedió bastantes veces por el camino.

Al llegar a una ciudad lo primera era ir a orar a los templos. En Oporto las clarisas las atendieron. En otros lugares las atendían devotas mujeres en su casa. Incluso a veces se disputaban a qué casa iban a ir a comer. Con solo verlas les daba Dios devoción de hacerles bien y ellas se admiraban de tanta caridad que les mostraban. A veces les daban algo de dinero y tomaban alivio algunas leguas alquilando borricos, pero la mayoría de los días caminaban a pie.

AYUDA DIVINA

Un día erraron el camino y llegaron a la orilla de un río grande y ancho, pero no era hondo. Llovía a todo llover y había mucha niebla. Antonia tenía dolor fuerte de muelas. Se acercaba la noche y no sabían qué camino tomar. Se pusieron a orar y vieron dos caballeros que en sus caballos vadearon el río y llegaron a donde ellas estaban. Fueron tan buenos que las saludaron y preguntaron si querían que las pasaran en los caballos a las cuatro. Y así lo hicieron. Estos mismos caballeros, después de haber vuelto sus criados con los caballos, nos enviaron barbos y peces que habían comprado a un hombre que estaba pescando en el mismo río y nos enseñaron el camino por donde pudiésemos llegar a un lugar cercano para recogernos aquella noche. Al llegar al lugar, les salió al encuentro una mujer que las llevó a su casa e hizo una buena lumbre y secó sus hábitos. Le dieron los peces y ella los preparó, pero vino una vecina a rogarles que fueran a su casa a cenar y tuvieron que irse y dejaron los peces a la primera que las había invitado.

Después, caminando, llegaron a la ciudad de Coímbra. Fueron al colegio de los padres carmelitas y Antonia se confesó y quedó tan contenta que dice: *Su*

reverencia no parecía que era criatura el que me hablaba, sino un ángel del cielo ³⁷.

PROVIDENCIA DE DIOS

En un lugar enfermó una de las hermanas, de un pie que no se podía valer para mudarle; y un hombre nos hizo caridad de darnos un borrico, que era solo el que tenía, para llevar la doliente; y las demás íbamos a pie. Este día llovió mucho y todo el camino que teníamos que andar en él para llegar a otro lugar, era montañoso y mal camino como distante. Este pobre hombre que nos dio el borrico fue con nosotras para traerse el borrico, y como él veía que llovía sin cesar, no tenía ánimo para pasar adelante, y llegando a no sé qué paraje se volvió con su animal. Y la otra con su pie malo y toda ella bien trabajosa. Y en este día no nos había dado Dios qué poder comer más de unas cuantas aceitunas y un poco de pan, bien poco. Y con este corto sustento íbamos por aquellos montes caminando, solas con Dios. Yo llevaba los pies trabajosos, y todos los zapatos llenos de agua; que me dio gana de quitármelos e ir totalmente descalza, porque era lo mismo llevar puestos los zapatos que ir pisando charcos de agua. Pero las hermanas me rogaron no me descalzara; y por darles gusto, no lo hice; pero me costó una buena enfermedad el llevar todo el día los pies nadando en agua. Yo de mí no tenía lástima; pero mucho me compadecía de mis pobres hermanas, y más ésta, que no iba nada buena. Ya fuimos caminando, poco a poco, por aquellos montes, que me parece estaban antes de llegar a Abrantes.

A este lugar, como está en alto, no le podíamos dar vista por el camino que llevábamos. Y si encontrábamos algunos pasajeros, preguntábamos si estaba cerca este lugar. Y todos decían que sí, y no podíamos acabar de llegar a él, ni darle vista; y nos cercaba la noche. La enferma no podía ya dar un paso; y de tan mala que se hallaba, decía que la dejáramos allí, en aquellos montes, que todos estaban cubiertos de espesas matas. Yo dije que nos sentáramos un poco a descansar, para subir una cuesta que había, muy alta, para llegar a este lugar de Abrantes. Ella, la pobre, no sólo se sentó sino que tiró consigo entre unas matas; y allí se le mudó tanto el color que parecía se nos moría, porque también iba muy hinchada. Yo dije a una de las compañeras, que me ayudase a llevar a la enferma, que pusiera sus brazos cruzados con los míos, y allí la podíamos llevar. A esta hermana que se lo dije era mucho más fuerte que yo; y la enferma, para poderla llevar de esta suerte que digo, tenía dos cuerpos del mío; que pesaba mucho. Y dijo la otra: Yo no me atrevo, porque no puedo con ella. Mientras estábamos con estas ideas, iba más anocheciendo; y como la otra no se atrevió a ayudarme a llevar sobre mis hombros la enferma, yo no sabía qué hacerme por no quedarnos en aquel paraje de noche. Les dije: “Pidan a nuestro divino

³⁷ LXXIX, 1-3.

Esposo nos traiga por ahí algún hombre con algún aparejo para llevar esta hermana”.

De allí a breve rato quiso el Señor favorecernos en aquella necesidad, porque no podíamos llevar a nuestra hermana a cuestras, ni ella podía valerse por su pie. Ya trajo Dios un hombre por aquel camino con un solo borrico vacío y nos dijo, qué hacíamos allí, detenidas en tan mal paso, de noche. Le dijimos nuestra detención por qué era. Y nos dijo el buen hombre: “Yo, señoras, me alegrara de traer caballerías para llevarlas a todas ustedes hasta llegar a Abrantes; este solo borriquito traigo, en que puede ir la más enferma”. Con esto nos alegramos todas, que no deseábamos más de tener en qué llevar la pobre hermana. La pusimos en el borrico, y fuimos las demás a nuestro pie; que llegamos al lugar ya bien tarde, que toda la gente estaba recogida. Y a la entrada del lugar, nos dijo el hombre del borrico: Ahora, señoras, será preciso que vuestras mercedes vayan a tal posada porque como es ya tarde, no podrán ir a otra parte mejor donde las pudieran hospedar.

Nos dio el hombre las señas de la posada y se despidió de nosotras, que quedamos sumamente agradecidas a su mucha caridad. Y todo lo que nos habló por el camino era muy bueno, aunque pocas palabras le hemos oído. Ya llegamos a la posada que nos dijo el buen hombre, en la que había una buena mujer. Nos entró en un cuarto secreto donde no entraban hombres, nos dio de cenar y nos llevaba a la mesa la cena ella misma por su mano. Que, aunque tenía criadas, ella como nos vio en otro traje, nos respetó con harta caridad. Al tiempo que nos servía a la mesa, reparé yo a la mujer: que parecía se le iban a reventar las lágrimas y nos miraba con demasiada atención, como una cosa que es suspensa y atribulada sin poder hablar palabra. Yo, como veía la mujer que casi, casi, iba a llorar, con sus ojos puestos en mi cara, le dije: “Señora, vuestra merced parece está muy contristada; ¿es cosa que nosotras podamos remediar a vuestra merced la aflicción en que se halla? A esto empezó a llorar fuertemente y me dijo: Señora, es tanta mi tribulación que en esta noche espero la muerte por mano de mi marido que me quiere matar. Yo le dije: ¿Y es posible, señora, que su marido de vuestra merced, pueda quitarle la vida, siendo Dios solo el dueño de ella?”. A esto, dijo: “Sí señora, porque muchos días hace que el demonio le tiene cogido por celos que de mí tiene, siendo así que soy inocente de todo lo que piensa de mí. Y me tiene amenazada con que, sin remedio he de morir a sus manos”. Y así estoy esperando esta desgraciada hora por instantes, porque él tiene puñal consigo. Ahora salió de casa amenazándome que, a la vuelta, me ha de quitar la vida.

¿Qué podía decir a esta atribulada mujer que esperaba aquella misma noche que nos hospedó, acabar con su vida por un hombre revestido del diablo? Le dije: “Vuestra merced no se aflija; que, si está tan inocente como me dice, el

Señor de los cielos —con su misericordia— volverá su inocencia. Y, crea, que su marido vendrá sin tal pensamiento. Que por la caridad que vuestra merced ha tenido en recoger esta noche a estas esclavas de nuestra santísima Madre y Señora del Carmen y en asistirnos con tanto amor, dará esta Señora a su marido de vuestra merced, luz de su decencia y no le hablará ya palabra sobre la materia.

Ella se consoló con esto tanto que no sabía qué hacerse, ni se podía apartar de nosotras. Ya nos quedamos recogidas en nuestro cuarto. Yo lo más de la noche gasté en oración porque su divina Majestad diera luz al tal marido, para que no hiciese tal desatino con su pobre mujer. Allá, después de pasada mucha noche, vino su marido: y su mujer según he entendido le ha estado esperando, sin recogerse. No le habló palabra, sino que le diera de cenar. Llegó la mañana y fue la mujer a nuestro cuarto, tan contenta y alegre de haber pasado la noche sin riesgo, que daba infinitas gracias a Dios de ver a su marido no sólo de mejor semblante para ella, sino que, me dijo, no le había tocado en tal especie. Esta mujer tenía otra conocida suya que padecía lo mismo con su marido. Que a mi parecer los hombres portugueses pican mucho de celosos, y pasan las pobres mujeres mucho trabajo con algunos. Y como ésta que digo, vio a su marido puesto en razón y sin tocarle en la dicha materia, pensó que había Dios hecho en él aquel milagro por haber entrado nosotras en su casa; porque, decía ella, que todas las noches y días padecía una continua guerra con él, especialmente a las horas de comer; que todas cuantas se sentaba a la mesa, la amenazaba con la muerte.

Y sin él saber que nosotras estábamos en su casa por estar metidas en este cuarto que digo, se admiraba la mujer de verle tan pacífico y con otro distinto semblante del que solía continuamente traer cuando venía de afuera ³⁸.

En cierto lugar fueron al hospital para que curaran a la hermana enferma y un doctor se encargó de curarla. En ese hospital les dieron un cuarto decente y separado de las demás enfermas. Le dio el médico no sé qué bebidas y le recetó no sé qué vomitorios y en ocho días se puso buena. Les dieron los hermanos del hospital de comer gratis todos los días que allí estuvieron. Otro día Antonia misma se enfermó de modo que no podía dar un paso. Dice: *No sabía qué hacerme.*

Pensando sería algún resfriado caminé cosa de tres días, con bastantes calenturas. Las otras iban buenas por entonces, de salud; yo harto hacía por disimularles mi mal, pero como iba creciendo la calentura, no pude menos de manifestarles el quebranto que llevaba de todo el cuerpo, con una sed muy

³⁸ A LXXX.

grande, sin poder comer un bocado de aquello mismo que nos daba la divina providencia. En aquel reino comen mucho aceite de todas las cosas que guisan; que cuecen en puro aceite todas las legumbres. Nosotras, como era preciso comer de lo que nos daban, no dejó de hacerme alguna novedad el alimento de aquella tierra; y a esto se juntó el mucho llover sobre nosotras que, para mi cuerpo, antes era milagro de Dios el que pudiese andar tanto camino sin novedad en la salud hasta los últimos lugares de Portugal; que ya el natural mostraba su flaqueza. Como digo, caminé tres días con mi calentura, y las hermanas me suplicaron, en un lugar grande que llegamos, que, por amor de Dios, no pasase adelante sin buscar algún remedio para mi mal. Yo estaba tal que, en medio de parecerme sería cosa de resfriado, sentía mucho mal y les dije: “A la divina providencia voy; pero os digo de verdad, hermanas mías, que si Dios no lo remedia, no estoy para dar un paso”.

Les dije que fuesen a pedir un poco de agua que me moría de sed. Fue una de las hermanas a casa de una vecina del dicho lugar, pidió su agua, y le han dado un plato de natillas con un vaso de agua. Ella venía tan contenta con sus natillas, jugando me traía cosa que pudiese comer; porque ellas estaban contristadas de verme sin poder tomar nada, por lo mismo que no podía atravesar bocado del alimento común que nos solían dar aquellas devotas gentes. Tomé el agua y las natillas —por darles gusto— no sé si tomé un solo bocado, que cuchara no teníamos, y las demás, dije a la que las que trajo, se las comiera, que yo no estaba para natas ni natillas, que me iba poniendo peor. Quiso Dios darme remedio que preguntamos si había en aquel lugar hospital para ir como los demás pobres a que me curasen por amor de Dios. Nos han dicho que sí lo había. Fuimos allá y hablamos con el capellán, que decía misa a los enfermos. Este santo sacerdote tomó tanto por su cuenta mi salud, que dijo haría de suerte que el médico me asistiese con cuidado. Fuimos todas al hospital; y el santo capellán como nos vio con hábitos, dijo a la mujer que cuidaba de los enfermos, que nos pusiera en un cuarto separado de las demás enfermas, y que me asistiera con todo lo necesario; que él tomaba por su cuenta mantener las demás mientras yo mejoraba.

Vino el médico, me pulsó y dijo tenía fuerte calentura y que al punto, me hiciesen una sangría. Así se hizo. Y luego vino por la tarde, y le pareció de mala calidad la calentura, recetó otra sangría. Se hizo. Y yo no me hallaba nada mejor, pues este santo médico debió de entender que yo tenía tabardillo, aunque a mí me pareció sería cosa de resfriado por los malos caminos que habíamos andado, llenos de lluvias y nieves; y toda aquella humedad, acaso, se me habría entrado en el cuerpo. Después de tener dos sangrías me dio una purga y luego, como no veía en el pulso mejoría, hizo que me hicieran otras dos sangrías, una tras otra; y cada día me hallaba peor. Vino el médico y dijo era preciso que me sangrara otra vez, que toda la sangre -parecía- estaba podrida en el cuerpo. Ya

se hizo la quinta sangría. Y se le antojó al médico que me habían de hacer otra. Yo dije Señor, vuestra merced perdone, que no consentiré más sangrías; porque ya no tengo fuerzas para tantas y tan copiosas que tengo mucho camino que andar. Y si vuestra merced me quita toda la sangre del cuerpo, no podré salir de este santo hospital en un año.

El buen médico instaba en que me dejara hacer la sexta sangría. Yo le dije, que había consentido hasta las cinco; pero que para más no me hallaba con ánimos. Entonces me recetó una purga, y la tomé; pero me resultaron muy malos efectos de ella: que fui padeciendo todo el camino lo que no se puede decir. Fue maravilla de Dios el no acabar con mis fuerzas con tantas sangrías, unas tras de las otras y muy grandes, en un cuerpo tan flaco y delicado, como iba por aquellos caminos. Supo una señora condesa de aquel lugar, que estábamos en este hospital, y tomó por su cuenta de enviarme todo lo que me habían de dar a comer. Me envió gallinas y otras muchas cositas para enfermos, hasta el agua y la vasija por donde había de beber, y el agua de su casa. A esta señora debió de decirle el capellán del dicho hospital, de compadecido de nosotras, nuestra necesidad, y que caminábamos por aquellos lugares a la divina providencia; y como era señora de mucha caridad, me asistió con todo lo necesario mientras duró lo riguroso de mi enfermedad. Al otro día de haberme purgado, me levanté, como pude, ver si me podía tener en pie para ir a dar las debidas gracias a esta buena señora, que todos los días enviaba a saber cómo estaba; suplicarme le enviara a decir todo lo que necesitase, que me lo enviaría con sumo consuelo suyo. Ya fuimos a su casa, la que nos recibió con singular gozo. Yo casi no podía dar paso de flaca que me hallaba. Así que nos vio esta condesa, nos preguntó nuestro destino. Se lo dije; y ella nos dio a entender que, de buena gana dejaría toda su casa para fundar en ella una de religión.

Tenía esta señora sus damas y demás criadas tan recogidas y honestamente vestidas, que nos causó mucha devoción ³⁹.

PIDIENDO LIMOSNA

La condesa dio dinero para que alquilasen unos borriquillos y pudiesen proseguir su camino. Gastaron lo que les dio la condesa en pagar el alquiler de los borricos y se encontraron en un lugar sin tener nada que comer y nadie las socorría. Era tarde y aún no habían desayunado. La Madre dijo que era necesario pedir limosna, lo que desagradó a las compañeras, especialmente a una. La Madre dijo: *Por donde yo vaya, vayan ustedes.*

³⁹ A LXXXI

Yo tomé el camino por una calle y empecé a pedir limosna en voz alta a los que encontraba por la calle. Con esto ellas empezaron a hacer lo mismo; y ésta que mostraba más dificultad que las demás en pedir, se alentó de manera que se echó por la calle con mucho fervor a pedir limosna a las gentes que estaban en los balcones. Yo disimulé el gozo que me causó aquella hermana en vencer, tan de presto, aquí la dificultad, que después ya ella misma se ofrecía a pedir en las demás partes si fuese necesario. Nos dieron no sé qué dineros, aquellos a quienes pedimos, y tuvimos con qué remediar nuestra necesidad aquel día. Fuimos adelante, y llegamos a un lugar corto y de poca gente. En éste había un gobernador, casado. Encontramos en la calle un hombre que nos dijo: Aquí, señoras, no hallarán vuestras mercedes quién las socorra ni las recoja esta noche; sólo una señora, mujer del gobernador, que es muy caritativa, y creo les dará posada en su casa. Vayan vuestras mercedes allá.

EN CASA DEL GOBERNADOR

Nosotras como no veíamos gentes en aquel corto lugar a quien poder pedir nos recogiesen por aquella noche, fuimos a casa de este gobernador y nos habló la mujer con mucha caridad. Nos hizo entrar en su casa y que allí dormiríamos por aquella noche. Esta señora tenía una niña en su cuarto, muy enferma y desahuciada de los médicos, que se moría sin remedio. Esta señora nos entró en el cuarto donde estaba la niña, como moribunda, en su cuna. Esta afligida señora por su niña, nos rogó mucho pidiéramos a Dios que, si convenía a su gloria, no se la llevase. Nosotras le dijimos que lo haríamos. Y no sé qué impulsos me dio de decirle tuviese fe que no moriría de aquel accidente su niña, la que estaba ya sin esperanzas de vida. Las hermanas dijeron a la señora lo mismo, y todas la alentamos mucho. Y la niña en aquella misma noche se puso mejor y muy viva. La señora discurría era por nuestras oraciones aquella mejoría. Yo le dije, que como había tenido tanta caridad con nosotras y habernos hospedado en su casa, por amor de Dios, que este Señor le pagaba la buena obra que nos había hecho, con mejorar a la niña tan de presto. Esta señora parecía tenía buena alma y su marido lo mismo, que no sabían qué hacerse para que no fuéramos solas y a pie por aquel camino.

Yo como iba un poco trabajosa le dije al gobernador, si por ventura, habría en aquel lugar alguna buena alma que nos hiciera la caridad de darnos para poder pasar una larga distancia que había desde aquel lugar al otro, según nos han dicho. Dijo: “Señora, toda la gente de este lugar sé muy bien que está muy pobre; y así yo, con lo que pueda, las socorreré de mi casa para que puedan transitarse a tal lugar, aunque toda la gente de él es de pocas conveniencias; y así poca caridad hallarán en ella”.

Compuso este gobernador con su mujer que nos habían de dar unas alforjas llenas de cosas de comer, para que no nos halláramos, en el camino que faltaba para llegar al último pueblo de Portugal, en extremo de necesidad por no haber, en la distancia, lugares donde nos pudiéramos remediar. Que no había en estas últimas jornadas de este reino, por la parte que llevábamos nuestro camino, si no era tal casita. La mujer del gobernador buscó las alforjas que, discurro, se las tendría en su casa; y las pertrechó de panes y quesos, con otras cosas y no sé qué dulces. Me dijo el gobernador que tenía dos caballos: y estos nos los había de dar para que fuésemos en ellos de dos en dos, y para llevar las alforjas. Y que enviaría un criado suyo para que gobernara y cuidara de los caballos, hasta ponernos en el lugar grande que decían. Y desde allí se volvería el criado con sus caballos.

Como nos pintaban el camino que era largo, que habíamos de llegar a él a pie no sé en cuántos días, y como yo iba bien trabajosa y sin convalecer de la enfermedad antecedente, admití el alivio de ir en los caballos que nos ofrecía el gobernador, y porque las pobres hermanas fuesen con algún alivio también, que ya estarían cansadas de andar. Compuso el criado sus dos caballos de manera que pudiéramos ir en cada uno de ellos, dos sentadas y agarradas, una de otra por no caerlos. Que como no estábamos hechas a andar en caballerías grandes, no temíamos poco el dar muchas caídas de ellas abajo. Nos caímos muchas veces de los borricos, porque íbamos encima de las albardas, y por eso temíamos ir en los caballos. Pero como decía el gobernador con su caridad, que no nos caeríamos, que el criado los llevaría por las riendas, yendo él a pie, convenimos en ello.

PROBLEMAS EN EL RÍO

Llegamos a la orilla del río que por aquella parte lleva mucha corriente, y es muy hondo como ancho, que parecía brazo de mar. La barca era muy grande, donde pasaban gentes y caballerías a un mismo tiempo. A la hora que llegamos estaban unos hombres para embarcarse con sus borricos, y no pocos. El criado del gobernador dijo al barquero: Mire usted, que estas señoras han de pasar primero que esos hombres y borricos; que tienen precisión de caminar.

El barquero y los de los borricos dijeron que bien podían llevarnos en la barca a todos -a la otra parte del río- de una vez; que ya se sabía, que las caballerías no nos harían mal, porque van muy quietecicas sobre las aguas, y esto ya nosotras lo sabíamos por ver en barcos sobre la mar caballerías, que no se rebullen los animales cuando van sobre agua, que parece van dormidos. Por esto y por no hacer mala obra a los pasajeros de sus borricos, se embarcó la gente que iba y los borricos, con los dos caballos que llevábamos, y nosotras, que nos pusieron en la mejor parte de la barca y un poco apartadas de los

animales; que iba la barca muy cargada de hombres y borricos, y nosotras solas. Empezaron los barqueros a remar y fuimos sin peligro hasta llegar con la barca al medio del río, que era por donde llevaba mucha altura de agua.

Aquí empezó el demonio, que no pudo ser otra cosa, a inquietar los caballos; los que se pusieron muy enfurecidos contra los borricos. Toda la borricada se inquietó de manera con los caballos, y los caballos con ellos, que parecía iban a volcar el barco; y todos, sin remedio, parecía pereceríamos en aquel río. Los barqueros, con los vaivenes de la barca y el alboroto de los animales, no podían sujetar ni guiar la barca, y todos atribulados en medio -y más peligroso- del río empezaron a dar voces; y como que desmayaban los barqueros. Yo llevaba el santo Cristo en la mano, que era la compañía que saqué de mi casa para todo el camino, y dije en voz un poco alta: “Señor y Padre mío, ¡no permitas que perezcan tantas almas como van aquí, sin confesión! Ten misericordia de nosotros todos”.

Dije a los hombres que no desmayasen, que guiaran la barca e hicieran su oficio, que Dios nos sacaría en paz de aquel peligro. A esto se alborotó fuertemente uno de los dos caballos, y se echó al río. Y quedaron los demás animales quietos, y la barca sosegada, y pasamos lo demás del río en paz. El caballo que cayó en el río, como era por aquella parte muy hondo, no lo veíamos sobre las aguas; y el gobernador que estuvo desde la muralla del castillo mirando este paso empezó a dar voces que se había ahogado el mejor caballo que tenía, por culpa de los barqueros y demás hombres. Nos desembarcamos en la otra parte del río; y el caballo no parecía. Yo y las demás con mucha pena por el caballo, o por mejor decir, por su dueño, que por nuestra causa se perdía. Todas pedimos a Dios lo sacara del río, vivo. Y quiso su divina misericordia que vino, saliendo a nado, a la misma par donde nos desembarcamos, el animal, sin dejar las alforjas en el río, que todos los aparejos que llevaba ha sacado, sin perderse nada. Y las alforjas fue maravilla no haberlas dejado en el río, con tanta corriente, y sin llevarlas atadas o presas a cosa alguna; sino las puso el criado al salir de casa sueltas, encima de este caballo.

CAÍDA EN UN DESPEÑADERO

Nos sentamos un poco en la otra parte del río, mientras el criado del gobernador componía los caballos para ponernos en ellos en la forma que he dicho. Ya puso sus caballos a su modo; y nos subimos a un montijo para ponernos en ellos. Yo subí en éste que cayó en el río, por dejar el más manso a las otras dos hermanas. La una de ellas, que era la más chica, se puso conmigo en mi caballo, y las otras dos en el otro. Quiso mi suerte que puso el criado mi caballo, muy cerca de un despeñadero de piedras muy grandes y de puntas;

pues, mientras que él se apartó del caballo para componer las dos en el otro, levantó, el que me llevaba a mí, las patas tan altas, que me arrojó en aquel despeñadero; y la hermana, que estaba en el caballo puesta conmigo, cayó sobre mí desde lo alto del montijo y desde el caballo. Y ella, cuando venía por el aire hacia mí, dijo: ¡Ay, que se mató!

Esto lo decía por mí, que cayó sobre mí y no se hizo daño alguno. Pero yo, como caí en tanta piedra, y la hermana, que era la más pesada, sobre mí, quedé hecha una torta: todo mi cuerpo descoyuntado, no podía menear pie ni mano, ni hablar palabra, que casi quedé, con los dolores del cuerpo, sin sentido; como una cosa muerta estaba echada en aquel florido lecho de piedras y terrones. Las pobres hermanas me han levantado de allí, y como estaba incapaz de poder bullir con miembro de mi cuerpo que parecía todos los huesos de él se me habían quebrantado les dije que me echasen en aquel campo, que yo no estaba capaz de poder aún respirar. Que dijesen al criado del gobernador que se volviera con sus caballos, que yo ya no podía ir en ellos ni en otra caballería alguna, y menos a pie ⁴⁰.

Y así, si la misericordia de Dios no hacía algún milagro con mi descoyuntado cuerpo, que en aquel campo solita -no pasaría el día y la noche. No les podía hablar a las pobres hermanas, que parecía se me acababa la vida; que no podía recibir -casi- la respiración, con los dolores de todo el cuerpo. Y ellas, tan bañadas en lágrimas de verme, que no sabían las pobres qué remedio darme, ni haber en aquel despoblado un alma a quien pedir socorro, si no era a Dios; porque los hombres de los borricos ya habían marchado su camino, y el criado del gobernador solo, allí con nosotras, tan desconsolado y turbado de verme tan mala, que no se atrevía a volverse a casa de su amo con los caballos, para darle tan mala nueva. Él hizo por ver si me podía tener en pie para llevarme a mí sola en el caballo; pero no pudo ser, y con harto dolor de su corazón, se volvió; pero no lo hizo hasta bien tarde, esperando si, por ventura, traía Dios por allí algunas caballerías más moderadas que los caballos suyos.

Al verme las 3 hermanas con todos los huesos descoyuntados, se pusieron a orar con muchas lágrimas, pidiendo a Dios por mí. De repente sentí que todos los huesos que al parecer estaban descoyuntados se fueron uniendo y parecía que me unguían todo el cuerpo con un unguento divino y muy suavísimo. Conque de repente me hallé buena de todas mis docencias. Pareció milagro de Dios que sanaran de repente. Las hermanas no se hartaban de darle gracias por el beneficio tan grande que el Señor me había hecho. Sus oraciones y suspiros alcanzaron de Dios aquella misericordia en tan gran necesidad. Como era tarde sin saber qué camino llevaríamos, todas pedimos ayuda. Quiso el Señor que

⁴⁰ A LXXXI

llegaran unos hombres con sus borriquitos y nos llevaron en ellos por caridad sin pedirnos dinero por ellos hasta llegar a un corto lugar donde dormimos aquella noche para poder caminar al otro día hasta llegar al último lugar de Portugal ⁴¹. Un día, caminando por una sierra o montaña poco antes de Zafra (Badajoz) no sé cómo se empezó a contristar mi corazón ni yo entendía a causa de aquella extraña tristeza. Y así iba caminando. Me acuerdo de la Semana Santa y de lo que había pasado por mi alma la Cuaresma antecedente. Y empiezo a suspirar con tan grandes deseos de volver a padecer aquello mismo que yo no me podía contener y dije a mi divino esposo, llorando a todo llorar: “Esposo de mi alma y de toda mi vida ¿no tendré la dicha, Señor mío, de volver a sentir por tu amor lo que sentí el año pasado? Porque como me llevas por estos caminos, no querrás hacerme tal favor otra vez”. A esto me pareció que me dijo el Señor: “No tengas pena, amada mía, que en Sevilla los sentirás. Date prisa en caminar” ⁴².

En Zafra se encontraron con el abad de la Colegiata de la villa, que se interesó mucho. Las llevó a su casa, y les hizo un minucioso examen de su viaje y los fines que llevaban. Se admiró mucho de sus ánimos y aspiraciones, y las remitió a la casa donde se habían de hospedar, con encargo de que al día siguiente volviesen para la suya. Así lo hizo M.^a Antonia, y quedó extrañada del aparato con que las recibió, haciéndolas pasar a una gran sala donde había numerosos sacerdotes, sentados en sus sillas, convocados, sin duda de antemano por el abad. “Yo no sé si eran canónigos que todos representaban mucho aspecto”, dice la Madre: “Enseguida comenzaron hacerle muchas preguntas acerca de su viaje, y le dijeron que había errado el primer paso en este asunto, al no dar cuenta de ello a su Prelado, que sin duda la favorecería”. Aquí se vio apurada M.^a Antonia, pues no tuvo más remedio que confesar que ya lo había dado, pero que el Sr. obispo lo había rechazado, pareciéndole una locura. Aunque trató de informar con toda prudencia y delicadeza no pudo evitar que se enojasen notablemente con el Sr. obispo, y no sólo hacían a él objeto de sus censuras, sino a los que estaban a su alrededor, sobre todo a un paisano suyo, que era Provisor.

Todos convinieron en no dejarlas pasar adelante, antes de encontrar compañía para cruzar la serranía de Sierra Morena, que estaba infestada de ladrones.

PASANDO SIERRA MORENA

⁴¹ A LXXXI.

⁴² A LXXXII, 3.

En aquellos lugares no había dónde recogerse por las noches. Si había ventas, era peligroso quedarse sin guardas en ellas, porque solían estar llenas de ladrones disfrazados. *Y nos convencimos de lo que nos decían... Un capellán nos dijo: Señoras, les traigo una buena nueva que es que acaba de llegar el ordinario de Sevilla, el que trae el tabaco a esta villa y pueden vuestras mercedes ir en su compañía, porque es hombre de satisfacción y conocido de todos los señores del lugar, a quien le haremos cargo de que las lleven a vuestras mercedes con el cuidado y resguardo debido.*

Nos alegramos de la noticia y de ver qué aprisa el Señor nos deparaba compañía. Solo una cosa nos faltaba, que era dinero para pagar las caballerías del ordinario que nos había de llevar en ellas hasta ponernos en Sevilla. Yo dije a ese santo sacerdote que no tenía dineros y me dijo: Señora, ya sabemos que caminan a la divina providencia, conque consuélense que no les faltará. Que a buen paraje les ha traído su divino esposo y no faltarán dineros. Él fue a buscar dineros y les entregó 25 pesos para pagar las caballerías. Después nos trajo otros tantos para comprar lo necesaria en las posadas para comer. Además íbamos a ir derechas sin detenernos en los pocos lugares que encontrásemos para buscar qué comer. Nos dieron dineros bastantes para nuestro sustento, mientras llegábamos a la ciudad de Sevilla ⁴³.

EN SEVILLA

Llegamos a Sevilla y, antes de entrar, fuimos a pie un rato de camino y fuimos derechas al barrio donde vivía el hermano (su esposo) que nos estaba esperando. Y quiso Dios que nos encontráramos con él. Le saludamos y él hizo lo mismo. Me preguntó cómo habíamos tardado tanto en llegar. Le dije que habíamos estado algunas malas y que fue preciso detenerse y que lo más del camino lo habíamos caminado a pie y a la divina providencia ⁴⁴.

Él me dijo que bien sabía a lo que yo iba por noticias antecedentes que si yo esperaba licencia suya para apartarse de mí que eran en vano mis pensamientos y que mi viaje había sido ocioso. Que en cuanto a materia de apartarse de mí para siempre que, si no fuese por la muerte, sería imposible, que él no se hallaba con tal ánimo y solo con la muerte me podía dar libertad para vivir como yo quisiera.

⁴³ A LXXXII.

⁴⁴ A LXXXIII.

Antonia le respondió: *No te dé pena que mi deseo es hacer la voluntad de Dios y que, si a ti no te da valor para ello, debo cumplir con la obligación de nuestro estado, pues que fue servido de ponernos en ello. Él contestó: Eso es lo que yo quiero. Ahora ya veo que traes esas pobres doncellas contigo con ánimo de trabajar cuanto puedas para ver si pueden lograr su vocación. Te doy licencia para que hagas lo que Dios te inspire por ellas, aunque sea necesario que vayas a Roma. Te doy facultad para ello con la condición de que, después de hacer todo lo posible para que ellas logren el verse en el estado religioso que desean, te has de volver conmigo y nos mantendremos juntos hasta la muerte*⁴⁵.

Ese día no muy tarde llegué al cuarto del hermano (esposo). El salió pronto y se llevó la llave del cuarto. Me dejó cerrada dentro.

CONSENTIMIENTO DEL ESPOSO

Yo apagué la luz, y empecé, de rodillas, a pedir a mi divino Esposo te moviera el corazón para que me diera libertad para sacrificarme, con toda mi alma y cuerpo, por esposa de su divina Majestad en religión. Que mirase por mí; pues ya había hecho tantas veces voto de castidad, confiada en su misericordia de que no permitiría ya, que volviera a vivir con hombre. En medio de mis súplicas en esta oración, que toda yo estaba bañada en lágrimas sólo de pensar que había de volver a la vida del matrimonio, no tenía fuerzas mi corazón para sufrirlo. Como digo, me quejaba mucho a su divina Majestad y decía: Señor y Esposo mío, que sea posible que este hombre me dé libertad para trabajar en bien de estas almas que traigo en mi compañía. ¿Ellas se han de consagrar a Ti y yo tengo, por último, que volver con este hombre?

Al decir esto interiormente a mi divino Esposo, me pareció que toda yo me vi rodeada de funestas sombras que parecía venían sobre mí unas muy horribles montañas, y que me amenazaban grandes trabajos para pasarlos. Yo me asusté de manera que todo mi cuerpo empezó a temblar y todo se cubrió de un sudor helado.

Estando en esto, me acordé de mi padre san José, y le dije: Padrino mío, ¿qué has hecho? ¡Ha tanto tiempo que te encargué pidieras a mi divino Esposo moviera el corazón de este hombre para que me dejara libre para mi Esposo divino! Al punto se me apareció mi santísimo padre san José, y me dijo con palabras sensibles: ¿Acaso no puede Dios hacer el milagro, aunque se haya pasado tiempo sin mover el corazón de tu marido en lo que deseas?

⁴⁵ *Ibidem.*

A este modo fue lo que entendí de mi padre san José. Que era el decirme que, para Dios hacer la maravilla de mover el corazón del hermano para que me diera libertad como he dicho, que no necesitaba el Señor hacer milagros antes de tiempo.

Al punto -que muy poco tiempo se pasó- me quitó el Señor de mi duda, que llamó el hermano, y abrió la puerta del cuarto donde me había dejado y, como me vio sin luz, dijo: ¿Has apagado la luz y no te has recogido a descansar?

Al decir estas palabras él, puesto en la puerta, yo, en el mismo lugar donde me puse en mi oración, dio el hermano un suspiro, que parecía como uno que está herido y se quejara del dolor, y dijo: Creo yo que tú has estado, hija, en otro mejor recogimiento; bien sé yo tu descanso cómo ha sido desde que salí de este cuarto y te dejé sola. No dijo más y fue por luz. Entró en el cuarto con ella. Encendió el velón. Yo, antes de que me viera, me levanté de donde estaba de rodillas y me senté en una silla como si tal oración no hubiera tenido. Él se sentó en otra silla, como una cosa que venía accidentado, con un color en el rostro cual nunca le había tenido. Como yo vi que estaba un poco trasmudado de su ser natural, le dije: ¿Qué tienes? o ¿qué te ha dado? Tú no eres el semblante que llevaste cuando saliste del cuarto. Él trataba de manera que, casi, no me podía responder y como una cosa sofocada, me dijo: ¿Qué tengo de tener? Lo que te suplico y te puedo decir es que me ayudes a hacer una confesión de toda mi vida que tan mal la he empleado.

Yo que oí esto, me suspendí; entre mí dije: ¡qué tal viene tu alma, hermano mío! Con todo le dije: Yo no soy confesor, para ayudarte a esa confesión. En esta ciudad habrá confesores para confesarte. Él no me decía, ni su hablar era otro, sino en cómo se había de confesar de toda su vida. Yo le dije: Dime: ¿qué ha sido eso que te ha dado, que vuelves de afuera con tan buenos deseos? Me dijo: Lo que te puedo decir es que yo me quiero confesar a mi gusto; y quiero entregarme a Dios mejor de lo que lo he hecho hasta aquí. No quiero nada de esta vida, ni deseo otra cosa más de servir más a mi Dios. Y convengo en que nos apartemos para el fin de servir al Señor. Si tú quieres entrarte de religiosa, yo haré lo mismo y nos daremos el consentimiento uno a otro delante de quien convenga. Yo haré voto de entrarme en religión también. Nos embelesamos tanto en santa conversación que amanecemos en los mismo lugares que nos sentamos sin movernos de ellos, hasta que vimos el día por una ventana del cuarto sin molestia de sueño. Él me dijo que los haríamos estos votos el día de la Encarnación del Hijo de Dios, que cumplía un año que había yo renovado el voto de castidad en mi casa, el que tenía hecho condicionalmente y con muchas lágrimas le había pedido al Señor que permitiera que de allí a un año lo hiciera con libertad de mi marido.

Y me lo cumplió mi divino esposo. Él me dijo: Si tú eres carmelita descalza, yo ese mismo hábito lo he de pretender, porque has de saber que quiero mucho a mi Madre santísima del Carmen y así no pretenderé otro hábito. Que espero en la divina Reina que, aunque soy un mal servidor suyo, me lo ha de conceder y me ha de dar fuerzas para llevar la vida de carmelitas descalzos, aunque creo que es estrecha, que para todo dará el Señor valor.

Le pregunté dónde había ido o estado cuando salió del cuarto esa noche. Respondió que tenía devoción de salir de noche a rezar no sé qué oraciones y que una imagen de Jesucristo crucificado que había visto no sé en qué parte, andando sus estaciones del Vía crucis, le miró al rostro, le dio un grande golpe al corazón y que todo lo traspasó sin saber cómo. Y que le dio valor para dejarme y hacer renuncia de mí a su divina Majestad y de sí mismo ⁴⁶. Ella tenía en ese momento 30 años.

SEGUNDA PARTE

ALGUNOS CARISMAS

ÉXTASIS, LEVITACIÓN Y VISIONES

A lo largo de las páginas antecedentes hemos visto ya cómo con frecuencia Antonia caía en éxtasis. Algunas veces con levitación. Ella refiere: *Padecía arrobamientos, aunque mi confesor no conocía tal cosa ni yo sabía decirle nada. En la ermita de santa Liberata me sucedía a veces con la fuerza del espíritu quedar sin sentido caída en el suelo.*

Un día la demandadora del convento, Alonsa García, tuvo la curiosidad de ver a Antonia cuando estaba en éxtasis y levantada del suelo. Le faltó tiempo para ir toda espantada a contárselo a la tornera María Tomasa ⁴⁷.

En algunos éxtasis tenía visiones sobre su futuro o sobre acontecimientos que sucederían o que habían pasado. Un día vio un hermoso niño en figura humana. Afirma: *No hallo a qué comparar su hermosura. Era del tamaño de un niño de nueve años poco más o menos. Tenía el rostro muy blanco y rojo. La cabeza pequeña y los cabellos rojos y cortos. Tenía tan compuestos los cabellos que no sé como lo diga. Tenía vestida una túnica de color de fuego no muy encarnada y por debajo de esta, traía otra muy blanca y esta era más baja que la*

⁴⁶ A LXXXIV, 6-8.

⁴⁷ Penedo, vol2, p. 51.

otra, como cosa de tres dedos. Y esto poquito fue lo que le vi de ella. Traía en la mano derecha una cosa tan hermosa que con los visajes que hacía no podía entender lo que era hasta que me dijo que era una corona ⁴⁸.

Una noche que no podía sosegar con los vehementes deseos de ser religiosa, estando en oración, me representó mi divino esposo todo el interior de este convento (del Corpus de Alcalá). Y vi que yo entraba en él y el hermano (su esposo) en el de nuestros padres en un mismo día. Me dijo el Señor: Anímate, hija, que esto ha de ser así. Y para conseguirlo toma por confesor al doctor Agudo, dale cuenta de toda tu alma. Y no te detengas en lo que te ordena ⁴⁹.

Después de darle al doctor Agudo noticia de toda mi vida, me vino un arrobamiento tan subido que perdí el uso de los sentidos. Él comenzó a hacerme pruebas, mandándome en su interior que me pusiera de rodillas delante de él y que le besase los pies. Todo lo que él me mandaba en su interior me lo daba a entender el Señor y el mismo Señor, arrebatada como estaba, me hizo poner de rodillas y besarle los pies diferentes veces. Después me hizo que le descalzara un zapato, que lo besara y se lo volviese a calzar.

El doctor Agudo le mandó escribir su vida espiritual y acabó de hacerlo antes de la Navidad de 1732. En esta relación le escribía todo lo que le había de suceder en su pretensión de monja en los conventos de la Orden y hasta decía en el escrito el día de su profesión y el convento donde Dios la quería de carmelita descalza ⁵⁰.

Nos dice:El otro día vi que estaban puestas las mesas en donde solíamos tener las cenas fuera del comedor. Estaban con sus servilletas, que no estilan manteles en aquel mi convento en tales cenas. Y, estando puestas dichas servilletas por su orden, se desaparecieron cuatro con mucha presteza, entresacándolas quien hacía esto de entre las demás, que por ello mismo y por los lugares en que se solían sentar las religiosas, conocí las que eran. Después vi que quitaron la del asiento prioral, que eran cinco con esta las que faltaron. Después vi encima de una fuente a la Madre priora, expirando con estas palabras en la boca: Santísimo mío, Santísimo mío. Y expiró.

Anota: Una vez me estaba limpiando las manos, después de salir del fregado y llegó la prelada. Me dijeron interiormente: “Ella morirá de gangrena”. Lo mismo me sucedió con las otras cuatro que conocí de qué males habían de morir con todas las demás circunstancias que concurrieron en sus

⁴⁸ Penedo, vol1, p. 258.

⁴⁹ A CXVIII.

⁵⁰ A CXX 1.

accidentes, que todas se cumplieron sin faltar la menor de ellas. Y también en las sepulturas en que se habían de enterrar y quién se había de morir primero.

Después que murieron las tres primeras, todas estaban aterradas, pensando que cada una podía ser la siguiente y todas disponían sus almas por si acaso. A los pocos días cayó enferma de muerte la priora con una inflamación en una pierna, que se le gangrenó toda. Total que en el transcurso de tres semanas, Dios se llevó a cinco de la comunidad, cumpliéndose a la letra cuanto el Señor le había mostrado, no solo en visión sino de otros modos.

PROFECÍAS

Una noche entre sueños y vela vi que se desenvainaban muchas espadas para pelear contra mí sus dueños con ellas. Conocí que se armaba contra mí una gran batalla o pelea de enemigos. Pasaron tantas cosas en esta ciudad que no hubiera papel para referirlas. Todo lo que pasó, me lo ha representado el Señor, que es fiel a los suyos y no les da el golpe sin el aviso previo ⁵¹.

Hará treinta años, cuando tenía aquellos grandes trabajos y males, iba por un camino junto al mar, pensando y aun diciendo: *Señor, ¿cómo es posible que yo vea esto de la fundación? Según estoy me moriré presto.* Me respondió su Majestad: *Sí, vivirás y llegarás hasta los 60 años. Y ya estoy en ellos y cuándo no lo sé (murió a los 60 años en 1760).*

Como vemos, Dios le hablaba con toda sencillez y le prevenía sobre lo que iba a suceder. Esto le sucedió muchísimas veces a lo largo de su vida, como si el mismo Dios o Jesús, su divino esposo, estuviera siempre a su lado y le aconsejara de cara al futuro como un esposo a su querida esposa

CAMBIO DE CORAZONES

Un día se me presentó Jesús como un Niño muy hermoso con un papel en sus divinas manos, escrito con letras de oro, y me dijo: *Lee, amada mía, estas letras.* Yo, como sabía ya leer, las leí y decían: *Yo todo tuyo.* Volvió el santísimo Niño el papel del otro lado y me dijo: *Lee estas otras.* Y decían: *Yo toda tuya* ⁵².

⁵¹ A CI, 5-7.

⁵² ALIV, 3.

Un día de la Ascensión, me pareció que me llevó mi dulce esposo el corazón y que toda la Santísima Trinidad lo tomó en sus divinas manos. Yo, como me parecía que me hallaba sin corazón, se lo pedía a su divina Majestad, que no me diese el mío sino el suyo. Después de pasar algún rato, me devolvió mi divino esposo el corazón. Cuando sentí que me lo llevaba, he visto que tenía mi corazón tres raíces. En estos, cuando me lo devolvió, venían tres dones, tres flores muy hermosas, todas de un mismo color y grandeza.

Se me dio a entender que las tres divinas personas adornaban mi corazón con sus divinos dones ⁵³.

Jesús la amaba tanto que cambió su Corazón por el suyo. Dice ella en carta del 15 de septiembre de 1729. *Trocóme el Señor su Corazón por et mío en aquella visión de los días pasados ⁵⁴.*

VIVIENDO LA PASIÓN

Un Viernes Santo dije a una de aquellas doncellas que iban a mi casa que me acompañase y que no se espantase si acaso me viese afligida o con algún extraño accidente, que estuviese sin cuidado y que, si alguna persona se llegase a mí que no lo consintiese, diciéndole que no era cosa de cuidado y que procurase disimular con todos y me encomendase a Dios, sin miedo de estar conmigo... Sentí en mi alma su divina Pasión. Quiero decir que sentía exteriormente cosa de azotes, bofetadas y demás golpes de mi Señor Jesucristo. Todo lo padecía en espíritu... Caí al suelo como muerta. Mi compañera debió asustarse mucho porque me dijo después que en el color de mi rostro entendió que me había muerto. Algunas personas se alborotaron, pensando que tenía un accidente mortal. Quiso Dios traer a mi confesor y debió decir a aquellas personas piadosas que se estuviesen quietas, que mi accidente no era cosa de cuidado. Así estuve un rato caída en el suelo. Me sacaron de la iglesia entre las tres compañeras y llevaron mi cuerpo en sus brazos. Yo iba como muerta sin poder dar un paso, que parecía que tenía sobre mis hombros un peso extraño. Me llevaron a una casa cercana. Las pobres doncellas decían que pesaba tanto mi cuerpo que se les hizo imposible poder llevarme a mi casa. Me echaron en no sé qué camilla pobre que había en esta casita, así vestida como estaba. Ellas se sentaron junto a mí sin dejarme un punto sola, porque la gente que concurrió a verme no llegase a tocarme.

⁵³ *Ibíd.*, 4.

⁵⁴ Penedo, vol 1, p. 287.

Estuve en esta casa hasta la noche sin moverme, padeciendo angustias y dolores de muerte, con tan extraño rigor que parecía que tenía cuantos martirios padeció (Jesús) en su santísima humanidad preparados para dármelos juntos en aquel día de su Pasión.

Mi madre hizo venir al médico. Vino y me halló sin pulsos, diciendo que moría sin remedio. Mi confesor, sabiendo lo que era, se puso un poco serio con mi madre, diciéndole: *Señora, váyase vuestra merced a su casa que la enfermedad de su hija no es del arte de médicos de la tierra. Él que la tiene así la podrá curar y librarla de las angustias que padece, cuando fuese su voluntad. Que Dios da buena cuenta de los suyos... Sentí interiormente la última agonía que tuvo el Señor Jesucristo al expirar en la cruz. En estos últimos alientos levanté mi corazón y ojos al cielo que parecía me había desamparado el Señor de una manera que yo no sé decir y me dejaba en brazos de la muerte. En esta última agonía no me parece faltó un punto para acabar de expirar que ya no tenía esperanzas de vida, y dije: Señor y Padre mío, en tus divinas manos encomiendo mi alma y espíritu* ⁵⁵.

A partir de esa fecha no podía levantar los ojos a una imagen de Jesús doloroso, porque se desmayaba, ni podía leer un libro sobre la Pasión, y solía caer desmayada en dondequiera que estuviese, tocándole el tema de la Pasión.

CORONA DE ESPINAS

Un día estaba sentada en la pieza con mis hermanas y bien mala. Siento interiormente una gran novedad que parecía que me estaba el Señor, fortaleciendo para darme una gran cosa. Yo, así como estaba, me fui recogiendo a lo interior y veo a mi Señor Jesucristo que se quitó una corona de espinas de su sacratísima cabeza y me la mostró y dijo: *“Mira, para mirarme en ti como en un retrato mío, te falta esta. ¿Quieres que te la ponga en tu cabeza, hija?”*. Yo dije: *“Sí, Señor”*. Entonces cogió el Señor la corona y la achicó del tamaño de mi cabeza y me la puso despacito como que me la ponía con piedad. Pero con toda la blandura que mi alma veía que el Señor me la ponía en mi cabeza, fue de tal suerte sensible el dolor que sentía en la cabeza y más en el cerebro y las sienas que no hay razones para ponderarlo. Y con el mismo dolor tan excesivo me quedé desmayada y con un color de difunta en los brazos de la hermana Josefa, que estaba cerca de mí ⁵⁶.

⁵⁵ A LVIII, 5-10.

⁵⁶ A CX, 8.

PODER CONTRA EL DEMONIO.

Refiere: *El demonio me tienta de ira, pues todo me enfada. No me deja estar sosegada. Exprime mi corazón como un limón. Toma forma de algunas criaturas, metiéndome en la cabeza que tome tratos humanos para ganar la vida. Me pone algunas imaginaciones torpes, que es la cosa que más aborrezco* ⁵⁷.

Un día vi al demonio echado en tierra. Tenía la figura de un monstruo, pero yo bien le vi la cara, despidiendo por toda su figura volcanes de fuego y vi a mi confesor encima de él de pie y muy derecho vestido y calzado como su merced anda. Cuando el demonio vio los pies de su enemigo encima de él, púsose muy arisco, haciendo ademanes de quererle arañar con las manos, que las tenía muy feroces. Quedé confortada por ver a mi confesor con victoria y atropello al demonio ⁵⁸.

También llegó a tomar la figura de Antonia. El 21 de julio de 1729, según declaración de ella a su confesor el Sr. Castro: *El demonio tomó ayer mi figura, paseándose por su puerta (la del Sr. Castro) y yo no he salido de casa* ⁵⁹.

Cuando era tentada, Antonia le decía: *¿A qué vienes Satanás? ¿Piensas que me has de vencer de mis buenos propósitos? Te digo estás engañado; y así no tienes que perder tiempo en perseguirme. Que he de ser de mi Dios, aunque te pese.*

Una noche me parece que solo veía infierno. Todo mi cuarto se llenó de demonios y todo él se volvió infierno; no veía cuarto ni casa, ni me sonaba ruido humano. Tenían estos enemigos armas en las manos y estaban en fila como un escuadrón de soldados todos armados contra mí. Al principio que empezó esta visión, que era del infernal dragón y todos sus compañeros, no me hablaban, sino que me estaban mirando todos en silencio, como dándome a entender que ya vería a lo que venían.

Yo no sé cierto si en esta ocasión me llevaron al infierno, o si mi casa se volvió aquellas desventuradas cavernas, donde no veía otra cosa que demonios y condenados, blasfemando contra Dios y sus santos y demás criaturas. Luego empezó uno de los demonios, que parecía Lucifer y el presidente de todos, a decirme palabras más o menos: “Sabe, mala mujer, que venimos a buscarte para nuestra compañía; que todo lo que haces es conforme a nuestra voluntad; y así te queremos dar el premio de tus obras”. A esto me hacían creer que todo lo bueno que había hecho hasta allí, aunque poco, no era sino muy malo; y a esto

⁵⁷ Penedo, vol1, p. 285.

⁵⁸ Carta de primeros de agosto; Penedo volIX, p. 201.

⁵⁹ Penedo, vol1, p. 188.

se juntaba que me parecía toda la vida había estado en desgracia de Dios; y que mis grandes pecados me habían llevado a aquel infierno en donde me veía. Decíame el demonio con palabras de su mala boca: “Ya ves, que toda tu vida fue llena de pecados mortales; y así sabe que tiene Dios dada la sentencia de tu condenación. ¿No ves tu cuerpo que ya está hecho de la figura de condenada para siempre?”. Yo, como me hacían fuerza sus razones de que merecía estar en su compañía, que como he dicho, no sentía luz en mi alma para creer otra cosa, sino que mis graves culpas me habían puesto en aquel extremo de la última miseria, le dije: Si Dios tiene sentencia de mi condenación, con justa causa es; y así descargad el golpe de vuestros tormentos contra esta mala criatura, que no merece otra cosa por sus pecados ⁶⁰.

Pidió salir de aquel infierno y tan agradecida estaba al Señor por haberla librado de quedarse en el infierno para siempre que no sabía qué hacerse. Todo era nada en retorno a ese beneficio que el Señor le había hecho de librarla de los lobos infernales y de las almas condenadas, que con sus blasfemias atormentaban su alma.

Y añade: *El demonio a veces me daba golpes contra las esquinas de las paredes de la casa. En una ocasión, dejó caer una cubierta pesada de un arcón grande sobre mi cabeza que casi quedé sin sentidos del dolor que sentí con el golpe. De otras mil maneras atormentaba mi cuerpo con rabia, ya que no me podía tocar el alma, porque la guardaba Dios* ⁶¹.

El demonio se enfurecía contra mis buenos deseos de seguir a Dios. Muchas noches tomó la figura de ratones que dentro de mi cuarto, donde me ponía en oración, no veía en todo él más que ratones muy grandes. Yo estaba de rodillas hasta que me solía sentar de cansado el natural y, sobre la mantilla que tenía a los hombros, daban unos saltos los ratones de mí al suelo y luego se volvían a subir hasta la cabeza, que toda estaba cubierta de ratones y a mi parecer me mordían las orejas. Yo no hacía otra cosa por entonces que estar sacudiendo estos malos ratones de mí. Esto era que los veía yo con los ojos corporales, porque algunas noches solía tener luz en mi cuarto por la niña, que todavía dormía en su cuna ⁶². *Interiormente me parecía que me estaban diciendo: “No temas, que es el demonio, porque se abrasa en sus llamas infernales de verte orar, permanece en tu oración y no hagas caso de esas moscas”* ⁶³.

⁶⁰ A XXXIV, pp. 156-157.

⁶¹ A XXXIV, 7.

⁶² A XXXIV, 1.

⁶³ *Ibidem*.

Dios permitió los asaltos del demonio para hacerle comprender la gravedad del pecado y rezara mucho por los pecadores.

CONVERSIÓN DE PECADORES

Fui llevada a una casa donde estaba la iglesia. En la tal casa estaba una enferma en su cama, casi agonizando; ya mujer de edad y toda su arte y facciones del rostro vi, y todo el modo de la cama. A su cabecera estaba nuestra Señora y santísima Madre de Dios. La enferma se sentó sobre la cama y tomó en sus brazos una hija que tenía única; y como ella conoció se moría y que le quedaba aquella hija desamparada y sin padre, la ofreció a la Virgen santísima que estaba a su cabecera, haciéndole súplicas la madre que cuidase de su hija, pues que ya acababa su carrera. A esta súplica de la enferma tomó nuestra santísima Madre la hija en sus santísimas manos.

Yo le pregunté a la hija: ¿No eres tú de tal tierra y lugar?; y tu madre, ¿padeció esta enfermedad para morir, y vivía en tal casa y tenía estas señas y las otras?; y ¿te entregó a la Virgen santísima como que quedabas huérfana, al tiempo de estarse muriendo?; y ¿tú le asistías? A todo me iba respondiendo que sí. Y dije: Y tú por tu suerte, ¿no es verdad que has tenido dos hijos, no siendo casada, de dos personas consagradas a Dios, los que estando actualmente contigo en pecado, iban a decir misa? A esto dio un suspiro y dijo: Sí, señora; todo eso es verdad.

Y echó a llorar sus pecados que no se podía contener. Y quedó espantada de ver que Dios me había manifestado su conciencia y los otros de la culpa, que eran dos personas consagradas a Dios; y se atrevían a celebrar el sacrificio de la misa en pecado, y pecados mortales, que así los volvió su culpa en figura de horribles perros. Y su divina Majestad, por ver su atrevimiento y recibirle en sus almas en tan mal estado como estaban, parecía que entraba en sus pechos de los tales sujetos como por fuerza y contra su divina voluntad. Y de ver aquellas almas tan feas delante de su real presencia, dispuestas a recibirle, puso su divino rostro de tal manera lastimoso como que me estaba diciendo: ¡mira estas fieras cómo me tratan tan indignamente! ⁶⁴.

Un día estaba durmiendo Antonia y la despertó el Señor, diciéndole: *Tú duermes y no te compadeces de mí. Mira que fulano está con ánimo de ofenderme esta noche. Levántate y vete allá y dile de mi parte, si soy digno de tal traición como me quiere hacer.*

⁶⁴ CXXIII, 2-5.

Ella se lanzó por aquellas calles solitarias a aquellas horas de la noche. Lo peor era que había de pasar una puerta guardada por un centinela, dispuesto sin duda a darle un trabucazo, cuando viera aquel fantasma y así ella se lo prometía, o por lo menos la denunciaría al gobernador como lo hacían con las personas que circulaban a deshora. Dios la libró de este peligro haciendo que el soldado no la viese, aunque fue forzoso pasar por delante de él, ya que no había otro camino. Llamó a la puerta de la casa adonde iba y respondió desde dentro el interesado: “¿Qué se le ofrece a vuestra merced de cuidado que viene a esta hora a mi casa?”. “Con cuidado y muy preciso vengo a decirle dos palabras”. Le abrió y al poco le dijo María Antonia: “Dios penetra los corazones y ve lo que está pasando por el suyo. Déjese de esos pensamientos que está el Señor ofendido mucho de ellos. Y así yo solo vengo a esta hora para que no los ponga por obra. Ahora ya que pecó con el pensamiento, no haga pecar a otro con esa mala inclinación que no es suya sino del demonio ⁶⁵. El sintió mucho la ofensa a Dios y me pidió que lo encomendase para que Dios lo perdonara.

BILOCACIONES

Se cuentan de ella algunos casos de bilocación. Una vez estuvo en Madrid durante un éxtasis para defender la casa de su bienhechor, el señor Helguera, de unos ladrones vestidos de caballeros. Otro caso:

En los nueve días que estuve tan fuera de mí, toda enajenada en mi divino Esposo, en uno de ellos fui llevada en espíritu a una iglesia de Madrid donde me mostró el Señor un alma que estaba a los pies de un confesor; éste estaba predicando al penitente, que estaba rebelde en no querer confesar un pecado o pecados de cuarenta años hechos, y estaba a los pies del confesor con muestras de querer confesar su pecado; y por otro lado no quería, porque el demonio le tiraba de la lengua con ponerle empacho para que no lo confesara, diciéndole qué diría el confesor de él si sabía la especie del pecado. Con esto se confesaba de cosas ligeras y pasaba. Se levantó de los pies del confesor con el veneno en el alma. Yo me afligí mucho de ver esta alma en pecado mortal y salir de junto a la fuente sin lavarse, y pedí al Señor por ella. Y me dijo mi divino Esposo: Hija, por tu medio quiero sacar a esa alma del mal estado en que vive. Dile que se confiese en tal parte, que allí está un confesor que no le conoce.

Este confesor estaba en otra iglesia, que era sacerdote, digo que no era religioso. Yo cogí al pecador por la mano, y lo llevé a la tal iglesia donde el Señor me había dicho. Todo esto pasó en espíritu. Yo le iba -por el camino- predicando sobre que se confesara, porque si no, le condenaría el Señor a muerte eterna. Y me decía su Majestad las palabras que le iba diciendo para

⁶⁵ Penedo, vol 1, pp. 260-261.

que se convirtiese y se lavase en la fuente de la penitencia. Llegamos los dos a la dicha iglesia donde estaba el sacerdote que le había de confesar; se puso a sus pies medio movido para confesar el pecado tan horrible que tenía. Él decía al confesor que tenía pecados, pero que tenía vergüenza de confesarlos. El confesor barruntó que aquella alma que estaba a sus pies tenía grandes pecados; y como viese en él tan grande repugnancia a confesarlos, después que le estuvo catequizando un poco y no pudo sacar frutos de su doctrina, se levantó el confesor del confesonario muy contristado, y se entró en una capilla de la misma iglesia a pedir a Dios que moviera el corazón de aquel penitente para que se confesara de sus culpas.

A su petición hizo el Señor que me representara (yo) delante de los ojos del confesor, y le dije: Vuelva al confesonario, que quien no tuvo vergüenza de pecar, no la ha de tenerlo para confesar. Esto se lo decía yo al penitente; y al confesor le consolé con el mismo dicho, que no había de hallar dificultad en el penitente para confesar lo que había cometido. Se sentó el confesor en su confesonario, y el penitente empezó a confesar sus pecados: y quedó su alma libre de las prisiones del demonio, que más de cuarenta años entendí yo que ha estado en pecado mortal. Sea el Señor alabado que tanto nos espera.

Después que pasó esto, recibí una carta del tal confesor, que yo no le conocía ni había hablado con él en ninguna parte, ni él me había visto; pero como me vio -que el Señor me manifestó al tal confesor de la misma suerte que yo era naturalmente-, él como me vio, y que le ayudaba a sacar a aquel penitente de su mal estado, anduvo buscando noticias de mí por la corte; y dando las señas de cómo me había visto, sin decir que había sido de la suerte que me vio, sino que el santo sacerdote averiguó si había estado en la corte una persona de estas señas y las otras, y acertó con un sujeto que me había visto y tratado, y me pintó como -ni más ni menos- que él me vio.

Y enterado de ello, me escribió diciéndome que yo estaba en aquella ciudad con el cuerpo, pero que andaba con mi espíritu por ciertas partes, ayudando a las almas para que se pusieran en gracia de Dios. Yo quedé atónita de ver la dicha carta del confesor; que pensaba yo que, aunque yo le veía a él y sin conocerle, que el santo sacerdote no me había de poder ver, si no era que Dios me representara delante de sus ojos, porque estando viva y aparecer a otro, era cosa fuerte para mí: que me metiera debajo de mil mundos, porque nadie llegara a conocer que tenía cosas especiales.

No me di con él por entendida de que había recibido tal carta, aunque después que volví a Madrid no sosegó el santo sacerdote hasta verme en no sé qué parte, y se aseguró más en lo que había visto. Que Dios tiene cosas como

suyas y no sé cómo las hace. Todo sea para mayor gloria suya, que como es dueño de las almas, hace en ellas y con ellas lo que quiere ⁶⁶.

AGILIDAD

En ocasiones Dios le comunicó el don de *agilidad*, quedando su cuerpo tan ligero que parecía una pluma y se movía con suma facilidad y ligera ¿a para ir de un lugar a otro sin perder los sentidos ni llegar a percibirlo las otras religiosas, pero de modo enteramente sobrenatural.

Un día, dice Antonia, se fue a confesar y a comulgar. Dice: *Subiendo poco a poco las escaleras me pareció que me llevaron por el aire y en un instante me vi dentro de la iglesia. Me puse de rodillas para adorar al Santísimo y pareció que no sentía mi cuerpo o las rodillas hincadas en el suelo ni yo, por muchas diligencias que hacía para pegarlas o juntarlas contra la tierra, no podía, que parecía mi cuerpo que quería volar o que contra su misma pesadez lo hacían volar, porque no hallaba más peso en mi persona que una pluma... Me vi favorecida del Señor que por muchos días casi no podía afirmar los pies en el suelo y para disimular con mis hermanas harto trabajo y fuerza me costaba* ⁶⁷.

DON DE MILAGROS

La Madre Manuela Antonia de las carmelitas descalzas de Santa Ana de Madrid declaró que oyó decir a un confesor de María Antonia que Dios le había dado poder sobre los elementos. Ella misma lo comprobó rogándole que le compusiese unos velos en agua hirviendo, lo cual hizo ella con harta admiración, viéndola con las manos metidas en el agua hirviendo, como si fuera agua templada; y como se lo hiciese notar, contestó que como luego las sacaba fuera, no le hacía daño ⁶⁸.

Otro día estuvo casi todo el día puesta al sol y mirándolo de frente sin sentir la menor molestia en los ojos ⁶⁹.

Un día Antonia obtuvo permiso del señor Helguera para que Ana, hija del señor Helguera, saliera de paseo acompañada de tres criadas y el lacayo. Se fueron hacia el llamado Soto de Luzón que estaba río debajo de Madrid, con ánimo de merendar y pasar allí la tarde. Se pusieron las mujeres a merendar,

⁶⁶ A CXI, 1-3.

⁶⁷ A XCIX, 3.

⁶⁸ Penedo vol1, p. 125.

⁶⁹ Ib. p. 126.

estando a su cuidado el lacayo; y el cochero entre tanto se entró en una venta cercana y perdió el coche el centro de gravedad. Entonces se le ocurrió meter las mulas y el coche en el río, enredándose y estancándose los pobres animales de tal modo en la maleza que les era imposible moverse. Se dieron cuenta las mujeres y acudieron a la venta por ayuda, ofreciendo a los que allá estaban un aderezo que doña Ana llevaba consigo, cuyo valor sería de unos ocho doblones. Pero temiendo sin duda los devotos aquellos el peligro de humedecerse más con el agua, se negaron a ayudarlas a pesar de las lágrimas y ruegos de las pobres señoras. El lacayo intentó sacar el coche solo y vio con sorpresa que, cuando él iba, ya venía el coche por el camino. Pero el pobre cochero quizás por el agua que había cogido, no se podía tener ni manejar las mulas. Todas asustadas iban rezando a San Antonio, sin atreverse a entrar en el coche. En esto se les aparecen dos caballeros a caballo que les rogaron entrasen en el coche que ellos guiarían. Fueron acompañándolas hasta la Puerta de Toledo y allí desaparecieron sin saber cómo y sin averiguar quiénes eran. Llegaron a casa a las diez de la noche. La primera con que se encontraron fue con Antonia, que muy risueña les mandó entrar diciéndoles que se habían divertido y les ordenó callar para que no se enterase el papá. No pudiendo callarse, hablaron de los caballeros y Antonia les dijo que no necesitaban saber (quiénes eran) de modo que se convencieran que ella sabía todo y que habían sido sus méritos los que habían andado de por medio en aquel trance ⁷⁰.

En Sevilla una pobre mujer las atendió en su casa, pero en el puchero no había puesto más comida que para ella y su esposo. Al llegar su esposo, este la reprendió por no haber puesto más comida que para ellos dos. ¿Cómo iban a comer también las cuatro invitadas?

La mujer fue a ver el puchero y lo halló cocido, puso la mesa, sacó las sopas para su marido y para ellas y luego echó la carne del puchero. Dice María Antonia: *La mujer quedó espantada de ver que no le cabía en la fuente el puchero tan chico que lo era en lo material y dijo: “Algún milagro hizo Dios por medio de ustedes, señoras, que yo me espanto de ver lo que eché en el puchero y de lo que encuentro en él”. Yo le dije: Señora, tenga vuestra Merced por cierto que lo multiplicó Dios para que vuestra merced ejercitara su caridad con nosotras. Y así le quiso su divina Majestad pagar la buena obra que nos hizo en traernos a su casa a comer. En la casa donde hay caridad multiplica Dios los bienes; y la caridad de vuestra merced fue la que hizo el milagro. Dé gracias al Señor, porque le ha dado caridad con los pobres.*

No sólo hemos comido todas muy bien del dicho puchero que estaba bellamente cocido y sazonado, sino que se repartió todo lo que sobró a unos

⁷⁰ Declaración de Ana de Higuera; Penedo vol2, pp. 32-33.

cuantos pobres que llegaron a la puerta de estos casados. Al buen marido de la mujer le causó mucha devoción el ver que hubo qué comer para todos, sin necesidad de añadir a su puchero ordinario para darnos de comer; él alababa mucho a Dios bendecía a su mujer porque nos había llevado a su casa; éste era el que había entrado antes con un ceño contra su mujer porque nos había convidado sin tener que darnos. El buen hombre se compungió tanto que, de unos pocos cuartejos que tenía en la faltriquera, nos dio unos cuantos, que debían de ser del pobre de su jornal de aquel día. Nos salimos agradecidas de su casa y ellos muy contristados, porque nos íbamos tan a prisa. Estos pobres vecinos de Triana fueron solos los que se han acordado de nosotras; toda la demás gente, así de aquella villa como de Sevilla, estaban como dormidos para nosotras.

Un día en la posada donde estábamos me dio a mi no sé qué congoja y no me hallaba nada buena, y no estaba mi estómago para querer comer cosa; y dijo la hermana María de la Cruz, como tan caritativa y fervorosa que era: Madre, yo tengo un poco de chocolate, y se lo voy hacer para que usted tome, que puede ser se componga un poco tomando unos sorbos calientes. La pastilla de chocolate debió ella de comprarla en alguna tienda pasando por la calle. Como dijo que lo tenía, y yo veía que me estaba cayendo con la congoja, le dije: Hazlo enhorabuena. Y el cuento era que tenía el chocolate, y no tenía chocolatera. Lo compuso de suerte que buscó un puchero, pero después faltaba lo mejor, que era el agua para hacerlo. Al tiempo en el cuarto donde estábamos, no había gota de agua. Ella se afligía mucho y dijo: ¿Qué haré que no tengo una sola jícara de agua para hacerle el chocolate?

Había dentro del patio de la casa una fuentecilla que hacía muchos tiempos que no daba gota de agua, y estaba seca de tal suerte que parecía imposible sacar una sola gota. Fueron las hermanas (a) mover la llave, por si Dios quería dar agua para aquella necesidad. Ellas tiraban de la llave y abrieron la boca del caño, pero estaba seca como si tal fuente no hubiera dado agua en muchos años. Con esto se contristaron más por no tener agua para hacerme aquel alimento. Yo con disimulo de ellas y fiada en Dios que sabía mi necesidad y el gusto que las hermanas tendrían en darme aquel alivio, eché la bendición a la fuente, en nombre de Jesucristo, con las manos debajo del escapulario y dije a la hermana María de la Cruz que arrimase la jícara al cañito de la fuente. Ellas se reían mucho de ver que estaba seca y ¿cómo había de dar agua? pero en medio de esto tuvieron fe que Dios la había de dar para aquella necesidad. Puso la hermana la jícara al caño, y empezó la fuente a dar agua hasta llenar la jícara. No dio más una sola gota; que al punto que se llenó la jícara, quedó seca, como antes estaba. Las hermanas tan contentas con su agua para el chocolate que no cabían en sí. Quiso Dios socorrer mi necesidad, que no hace milagros su divina Majestad sin ella, y así la fuente dio sólo lo que

le pedimos para la necesidad presente. Sea Dios alabado por sus misericordias. Amén ⁷¹.

APRENDE A LEER Y ESCRIBIR

Un día oyó una voz que le dijo: *Hija, repasa tu vida que te la han de mandar escribir.* Esto era interiormente. Anota: Le dije a una hermana de aquellas que me pusiera unas letras en un papel, que ella sabía un poco escribir. Puso un solo renglón en un papel. Serían unas cuatro o cinco letras al modo del a b c. Yo le dije: *No me pongas más que tengo bastante para lo que quiero saber.* Ella se fue a su casa. Era una doncella de aquellas que se habían juntado. La noche siguiente me volvió el Señor a decir: *Repasa tu vida que te la han de hacer escribir.* A la mañana el confesor antes de la confesión, saca un papel y se pone a leer lo mismo que yo entendía para mí, cuando lo he escrito. Y sin más reflexión dice el confesor: *Quien ha tenido habilidad para escribir estas letras, las que entiendo yo, la tendrá para escribir otra cosa. Y así usted ha de hacer lo que le ordene, que es que me dé cuenta por escrito sobre su alma. Y veremos lo que Dios hace, porque sus cosas no son para mi corto entendimiento, que no alcanza para conocer lo que el Señor quiere de su alma.*

INEDIA

Como el abad veía que Dios la mantenía con vida sin comer, entró con todo rigor a hacer pruebas, como si Dios estuviera sujeto a ellas. Un día, después de haber estado no sé cuántos días sin tomar nada de alimento, le hizo tomar una cosa ligera. Y al punto, en su presencia, quedó como muerta.

Otro día, después de más de 15 días sin comer, le pidió a Dios que le diera libertad para comer, que no quería singularidades. Y Jesús le dijo: *¿Te hace falta comer? Dime, hija mía, ¿has estado nunca tan bien como ahora te hallas sin valerte de ese medio? Si quieres comer, come, hija.*

Empecé a comer bien poco, pero no me hacía daño como antes. En esto conocí que el Señor ya gustaba que comiera. Y anota: *Han dado todos en que comiera, que mejor querían que muriese por comer algo, que era cosa natural, que muriese por no haber comido* ⁷².

ALMAS DEL PURGATORIO

⁷¹ A LXXXVII.

⁷² A XLIV.

Dice Antonia: De algunas almas he tenido luz de que estaban en el santo purgatorio y por esto me ha dado el Señor mucha devoción con las santas almas que están en él. Y todo cuanto hago, se lo aplico, aunque todo es poco, como Dios sabe, para las pobres que necesitan tanto y continuamente están dando voces a los que vivimos en esta vida para que nos acordemos de ellas.

Un día murió una señora y refiere Josefa Olivares: *Me dijo la Madre Antonia que había estado en gran peligro de su salvación, porque andaban los demonios por la pieza donde estaba como un enjambre muy espeso de mosquitos y que le había ayudado a pasar las penas del purgatorio* ⁷³.

En una ocasión vi la iglesia de mi santo convento toda enlutada, desde la capilla mayor hasta los pies de dicha iglesia, y con un túmulo muy alto en medio de dicha capilla en el que estaba una difunta tendida. A mí me causó harta novedad ver el dicho aparato. Entendí que se había de enterrar en dicho convento una señora conocida nuestra a la que luego le dio la enfermedad de la muerte y se cumplió todo lo que había visto en dicha función, que era mujer de un consejero que tenía la encomienda de san Juan y dejó mucho a mis Madres de sus bienes, así en dos juros como en alhajas y joyas para nuestra santa madre Teresa de Jesús la que pusimos muy adornada. Con solo un responso que dejó dicha señora de carga todos los días al salir del comedor. Que le habrá pagado nuestro Señor muy bien dicha manda. Que sea alabado por todo.

Vi también a un señor canónigo, hermano de una religiosa o dos, que eran hermanas, que estaba para morir en su casa, pues vi la calle donde estaba en su casa enfermo. Y después que expiró, al punto, vino y llamó a una de sus hermanas por su nombre, como que se despedía de ella; creo era su más querida. Y la una ya está con Dios. Y sucedió todo como lo había visto en dicha visión.

Otra vez, estando yo en mi cama tomando un poco de descanso, se me dio a entender que se me quería aparecer una cierta religiosa que había muerto hacía algún tiempo. Yo en medio que no tenía mucho miedo a dichas apariciones, porque Dios hacía la costa confortando mi flaco natural, en esta ocasión me hallé muy pusilánime, que no me hallaba con valor para ver muertos, y dije: Si quieres algo, no me hables en figura corporal, que no estoy para verte sin desmayo, háblame en espíritu que te oiré. La santa alma así lo hizo y se estuvo un rato conmigo; me pidió unas misas, que se las mandase decir. Dios, como quería llevarla ya a su descanso, no me faltó modo de hacer lo que me dijo; y se fue muy contenta de conmigo. No se me volvió a representar; pensé que le faltaba poco y se habrá ido a gozar de Dios, que en vida tenía mucha

⁷³ Penedo. vol2, p. 30.

fama de muy gran religiosa. También me sabía el Señor dar luz de algunas muertes repentinas para que encomendase a su Majestades tales almas. Una noche me despertaron con un ruido grande que hacían, como que mataban a un hombre, y me dijeron: “Pide por éste”. Y al otro día se halló que habían muerto a uno a traición. No me acuerdo por ahora de más cosas en este particular de visiones e inteligencias de muertos. Que Dios los tenga en su descanso a todos. Amén ⁷⁴.

CONVERSIÓN SOBRENATURAL

Una noche, después de Pascua de Resurrección, me recogí en mi cama a la hora que se acostumbra, que me parece eran ya las once. Luego que apagué la luz, veo que se llenó la celda, que donde yo estaba era la última del noviciado, toda de claridad. Cerca de mi cama vi una caja, como la que hay en casa para las difuntas; y en ésta estaba una religiosa muerta, de velo negro ni más ni menos de como se ponen acá. Yo no conocí quién era, pero vi claro que era religiosa. Como hacía algún tiempo que el Señor no me había representado muertos, digo con verdad que la visión me dio pavor, y no me atrevía a salir de la celda para irme a la de mi maestra que estaba más cerca que otra; para espantar el miedo no tuve más remedio que recogerme en oración con mi divino Esposo, lo que me alentó mucho interiormente, sin decirme nada ni qué sujeto era el que se me apareció en el ataúd. Como no entendí quién era de nosotras, lo tomé por mí ¿si seré yo la que me muero decía para mí, pues estoy tan enferma? Hágase la voluntad de Dios que si no quiere que padezca más por su amor en esta vida, preciso tengo de rendir mis deseos a los suyos.

Hizo tal operación en mí la dicha visión, que toda ya estaba de nuevo compungida, y lloraba mis pecados como una Magdalena de pensar que me moría sin haber hecho por Dios nada en este mundo. Lloraba el tiempo perdido y aquellos primeros años de mi niñez, por no haberlos gastado todos en el servicio de mi divino Esposo; y así otros efectos muy buenos me dejó la dicha visión y con el cuidado de prevenirme para mi muerte. Y todas mis prevenciones me las tiene el Señor guardadas para cuando me muera de veras porque no era yo la de la caja por entonces, aunque hizo en mí los efectos como si lo fuera, y me puso Dios más enferma con esto de lo que estaba, que llegaron los médicos a decir me moría de suma debilidad y sin calentura.

A la mañana me levanté y salí de la celda y fui a tomar la bendición de la prelada. Y como yo debía de llevar el color del rostro más pálido que otros días, le hizo a su reverencia poco más de reparo, y no sé si me dijo: ¿Qué es lo que

⁷⁴ A Segunda Relación, XVII.

siente, hermana mía? Que ese color está peor. Yo dije: Madre, sepa nuestra reverencia que no tengo poco motivo para habérseme quitado del todo el color, porque esta noche en nuestra celda se me apareció una religiosa muerta junto a mi cama, metida en la caja donde acá las llevan a enterrar. Yo estoy (en) que no ha sido imaginación mía lo que he visto. ¿Si seré yo, Madre, la que me muero? Pero mal prevenida estoy, que eso sólo me da pesadumbre; que el morirme no temo, porque hemos nacido para ello. Y sólo siento el no haber servido a mi divino Esposo de cosa buena en esta vida. Y a modo de exclamación dije: ¡Ay, Madre!, lo que quisiéramos haber hecho en aquella hora de la muerte, cuando ya no se puede recuperar lo perdido. Vuestra reverencia encomiéndeme a Dios y acordémonos de aquella hora, que ha de ser sin remedio.

Yo dije esto a la prelada con tanta sinceridad, que no reparé en que descubría mi secreto, que debía reservarlo para cuando tuviera padre espiritual; y porque era mi prelada me pareció a mí que no era contra nada el decir a su reverencia aquello solo que se me representó en aquella noche, y Dios, que lo dispuso así, quitándome a mí el empacho que podía tener en decir tales cosas a mujeres. Me dijo su reverencia: ¡Ay, hija, salga de esa celda, porque naturalmente tendrá miedo!

Yo deseaba, antes de suceder esto, salir de la tal celda, porque estaba un poco distante del reloj; y por no oírlo de noche, me sucedía estar en vela algunas horas. Y muchas noches, cuando era tañedora, como temía dormirme, con el dicho cuidado me daba malos ratos, que para mi poca salud, me descomponía mucho; y algunas veces me solía levantar de la cama sin haber casi dormido nada, pensando se había pasado la hora de dar el golpe; era la una y otras veces poco más con que con esto no podía reposar mucho. Y como a mi me parecía era falta de mortificación pedir a la prelada o maestra alguna cosa para mi alivio, callaba esta penalidad con que vivía en aquella celda de noche, que no sólo sucedía esto cuando era tañedora, sino las demás noches por estar puntual a mi coro cuando el Señor no me tenía enferma.

Y quiso su Majestad socorrer mi necesidad con esta ocasión que llevo dicha, de decirle a la prelada lo que había visto en aquella celda. Luego, en aquel mismo día, me hizo salir su reverencia de ella y me señaló otra más cerca del reloj, pero era dentro del mismo noviciado. No dejó de hacerle ponderación a su reverencia lo que yo le dije sencillamente, aunque le encargué secreto; pero su reverencia, con santo fin, lo dijo a la maestra que acabé con su reverencia mi noviciado: y como en mujeres, aunque sean muy santas suele haber poca reserva en materia de guardar secreto, casi todas las demás religiosas vinieron en conocimiento de lo que a mí me había sucedido; y esto era lo que yo más sentí del descuido que he tenido en decírselo a mi prelada.

Y fue su reverencia la que murió a cosa de mes y medio, poco más o menos. Quiso Dios no la conociera, porque si la conozco, ciertamente le dijera a su reverencia que era la que se moría, y como era un poco temerosa de aquel lance de la muerte, no convino el conocerla, por no darle o meterle en más miedo a la muerte. Y así la llevó Dios, según lo que hemos observado todas, sin su reverencia conocer que se moría. Pero tenía su reverencia un alma de un ángel, a mi entender, y la quiso su divina Majestad premiar su santa vida y dejarme a mí acá para que me aproveche del tiempo y ocasión que me da; pero muy mal lo hago.

La segunda noche y la misma de haberme mudado a la otra celda, a la misma hora de lo que había visto la antenoche, oí que todas las religiosas traían entre sí un género de murmullo, sin poder distinguir qué era lo que decían y hablaban unas con otras. Y la que presidía entre todas y se oía su voz, era la madre Josefa de San Joaquín, mi última maestra. Entendí con esto era la que había de salir por priora y la que se moría, la que lo estaba siendo. Esto no se lo dije a su reverencia. Y todo sucedió como me fue representado; murió la una y salió la otra por prelada.

También tuve aviso de otra religiosa que se moriría presto. Ésta era de velo blanco, la hermana Juana de la Concepción. Ésta la vi otra noche delante de mí, dando la última boqueada. Y así sucedió, que pasados unos días, fue tan acelerada su muerte, que con cosas que tenía que hacer en mi provisión, no tuve lugar de llegar más presto a su celda y llegué al punto que acababa de morir. Yo tengo pedido a Dios no me represente cosa de muertos, que no dejo de tomarles miedo; y su divina Majestad lo debe hacer para que ruegue por ellos y por otros fines que yo no alcanzo. Sea alabada su bondad, porque se digna de revelar lo que Él sólo sabe a tan baja criatura como yo ⁷⁵.

Otro caso. Un día en que era tornera la Madre Antonia, entró Jacinto Parada a servir las y este le proporcionó ocasión de tratarla. Una tarde en que como de costumbre se había él entretenido con ella en santas pláticas, alargándose algo más que otros días, se despidió de ella rumiando acaso tanto como los buenos consejos el aprieto y necesidad en que se hallaba. Tomó el camino de La Coruña y se fue dando un paseo hacia San Cayetano, cuando recibió un llamado de la Madre. Se extrañó mucho y fue al torno. Cuando llegó, se encontró con la pregunta de si tenía qué cenar aquella noche. Respondió que sí por vergüenza, pero ella replicó que no, como así era y le dio un buen plato de pescado que sirvió no solo para él, sino también para otro compañero que andaba con las mismas estrecheces ⁷⁶.

⁷⁵ A Primera Relación, V, p. 752-757

⁷⁶ Penedo, vol2, pp. 577-578.

Así como Dios le hacía conocer el futuro sobre su vida, sobre la fundación del convento y sobre otros sucesos de la comunidad, también le daba un conocimiento sobrenatural de cosas concretas de la vida diaria.

DESPOSORIO Y MATRIMONIO ESPIRITUAL

María Antonia recibió las gracias místicas del desposorio y del matrimonio espiritual con una diferencia de seis meses más o menos. Son los dos últimos estados de la transformación del alma en Dios según la experiencia de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Ella recibió el desposorio el 15 de octubre de 1728 con 28 años y el matrimonio espiritual lo celebró después de la Pascua de 1729 con los mismos 28 años.

Una preparación inmediata para recibir el matrimonio espiritual fue la experiencia de los dolores de la Pasión que sufrió durante la Semana Santa de 1729. Por esta misma época sufrió un hambre espantosa, más dura y prolongada que la primera cuando recibió la gracia del desposorio. Esta segunda hambre le duró tres meses. El 14 de octubre de 1729 después de comer a la mesa con más hambre que nunca, se quedó en éxtasis y el Señor le dijo: *Yo, hija, soy el único remedio de tu hambre. Sáciate conmigo, esposa mía, que soy hartura de los que tienen hambre por mí* ⁷⁷. Al otro día, recibió la gracia del matrimonio. Dice: *Me fui a confesar y comulgar que parecía iba mi alma como fuera de sí del gozo que tenía de ver a mi divino esposo en mi compañía: que sin recibirle antes del día sacramentado parecía ya le tenía mi alma. Comulgué, pero fue tan grande el favor que el Señor me hizo que pareció traer consigo toda la corte celestial aquel divino sacramento. Después de haberle recibido, toda mi alma fue transportada en su Dios. Parecía que no había otra cosa en este rapto que el mismo Dios, que toda el alma se anegó y escondió en aquel divino pecho a su divino amante, hecha una misma cosa con él. Fue esta la mayor merced que recibió mi alma (a mi entender), porque no me quedó más que desear, sino el verle fuera de esta mortalidad, que es donde se acaba de consumir esta boda y divino desposorio. Que en aquel día me pareció celebró este Señor en cuanto se puede sufrir en esta vida, unas celestiales bodas, acompañándole toda la corte del cielo. Fue esta (a mi parecer) la última posesión que el Señor tomó de esta alma para vivir siempre en ella sin apartarse, si no es que mis pecados le dieran motivo para irse este divino dueño de esta morada suya* ⁷⁸.

⁷⁷ A LXVII, 1.

⁷⁸ *Ibidem*.

Una tarde cayó en éxtasis y así permaneció 9 días sin saber casi lo que hacía. Escribió: *El Señor me decía interiormente muchas palabras de amor y de fino esposo que son más para sentir que para escribir, pero no puedo dejar de decir algunas por lo que tienen de favor y mercedes particulares de mi divino esposo. Un día me pareció que el Señor por su misma mano, me flechó el corazón siete veces con una saeta de amor tan excesivo que no lo podía mi alma sufrir sin grande peligro de acabar con la vida. Y así en este día, siete veces me desmayé. Como yo veía la saeta clavada en el corazón, que lo traspasaba de parte a parte, entonces era mucha la suavidad que me hacía desfallecer. Le pedí al Señor que me quitase aquella saeta para poder vivir. Me dijo: “Hija, ¿quieres venirte conmigo para acabar de consumir nuestro desposorio? Mira que si tú quieres, yo estoy pronto para traerte en mis brazos”. A esto dije: “Señor, vamos cuando quisieres. ¿Qué tengo que hacer en esta vida mortal si no te sirvo de nada?”. Y él añadió: “No temas, paloma mía, que ya te tengo confirmada en mi gracia. Mis dones tienes doblados de la primera vez que te los di”. Esto era que a mi parecer ya me había dado el Señor sus dones en el desposorio espiritual. Y quiso en esta ocasión multiplicar su divina gracia en estos divinos dones o renovármelos para que más me fortaleciese con ellos en su misma gracia... Tú eres, esposa mía, el arca de mi testamento en donde tengo encerrada mi ley ⁷⁹.*

Y anota: *Parecía estaba toda tan limpia y pura como el día que me bautizaron y mi carne parecía de un niño de poca edad. Quiso regalarme, tomándome por su esposa para que fuera mi vida ya de esposa y no de esclava, que sirven a sus señores por fuerza y no por amor.*

TERCERA PARTE LA FUNDACIÓN

AL SOTO DE ROMA

Llegó el día de la Encarnación y Juan Antonio (su esposo) buscó tres testigos entre sus paisanos y tres notarios y se hizo la separación con toda solemnidad delante del párroco de la parroquia de San Miguel. Ella anotó: *Nos hemos ofrecido a Dios con gran alegría de nuestras almas y admiración de los presentes que alababan mucho al Señor de vernos dar el consentimiento el uno al otro. El amor conyugal de los dos por una gracia particular del Señor se había sublimado de tal suerte que en unión de voluntades se ofrecían a sí mismos recíprocamente en oblación a Dios ⁸⁰.*

⁷⁹ A XCVIII, 16-18.

⁸⁰ Mística, p. 116.

Antonia y sus compañeras iban a ir a pie adonde estaba el rey para pedir licencia para fundar el convento previsto. El arzobispo de Sevilla les dio 500 reales de vellón con lo que tuvieron para alquilar las caballerías para el viaje. En este viaje no tuvieron más incidentes que una caída de la Madre del caballo que se dio un fuerte golpe, pero trató de disimularlo para no intranquilizar a las discípulas. Al llegar cerca del Soto de Roma, adonde iban, buscaron una posada en casa de una pobre mujer para continuar el viaje al día siguiente. La duquesa de Arcos las vio y les envió un desayuno. Entrando en el Soto, solo encontraban soldados que iban y venían. Fueron caminando por medio del Soto hasta que encontraron el palacio y a su puerta tanta gente diversa que no sabían cómo hacer para entrar en él. No aparecía mujer alguna, sino que todos eran hombres. Ella refiere:

Yo tomé tal animo que les dije: “Caminemos hasta llegar a las guardias que están con las armas al hombro a la puerta del palacio, que, si ellos son soldados también nosotras lo somos de Jesucristo”. Pasaron por medio y nadie les habló palabra. Se detuvieron en la puerta. Al poco salió un capellán de honor y le suplicaron que les dejase pasar para hablar con el confesor del rey. Este sacerdote les facilitó todo y las llevó al aposento del confesor del rey, que era el jesuita Guillermo Clerke. Este padre les escuchó sobre su deseo de fundar un convento de carmelitas descalzas en Galicia. Estando con él, entró el obispo de Segovia que también prometió ayudarlas. En ese momento entró el Nuncio con varios grandes de España y ellas se retiraron. Esperaron en otra sala con el capellán de honor, quien les dio una carta para su patrona con el fin de que las hospedase en un cuarto separado de su casa y con todos los gastos a cuenta del sacerdote.

El capellán con algunos otros sacerdotes remitieron el memorial, pidiendo la licencia de fundación al rey, quien lo despachó al Consejo de Castilla. Pensaron ya en regresar a Madrid, pero no tenían dinero para el viaje. En oración Jesús le dio a entender: *No tengas pena, que no te faltarán dineros ni compañía.* Al poco tiempo llegó un caballero con un bolsillo de plata, más de 60 doblones, que había recaudado entre sus amistades. Era el cerero del rey. Y Dios preparó las cosas de modo que dos oficiales de Corps iban a Madrid y el confesor del rey les encargó que llevasen a las hermanas en su compañía e hizo buscar dos calesas para ellas.

Los capellanes que las habían mantenido 15 días en pensión, se preocuparon de su alojamiento en Madrid y consiguieron que un seglar amigo suyo escribiera una carta para que fueran derechas a esa dirección donde estaba una mujer sola a quien encargó que las recibiera y atendiera. Esta mujer era buena, pero tenía un marido que todos los días la reñía. Era tan perverso que no se hallaba sino era gruñendo y regañando con ella. Como había mucho trabajo en

casa, criadas y criados todos eran pocos para dar gusto a su amo. Esta mujer suya nos dio algo a entender de la mala condición de su marido que todos los criados los tenía como a ella, metidos en un puño y que era preciso estar toda la casa pronta a sus órdenes. Nos dijo la señora que, si necesitábamos algo de fuera, que tenía a una vecina pobre que le hacía los recados. Esta pobre mujer tenía una hija de doce o trece años, que llevaba mucho tiempo con tercianas y le suplicó a Antonia que pusiera sobre la cabeza de su hija su santo escapulario, diciendo que sería el único remedio para que la pobre hija quedara libre de tanto mal que padecía. Dice Antonia: *Con súplicas me obligó a hacer lo que me pedía. Dije a la chica que se pusiera de rodillas y que había de rezar una Salve a nuestra santísima Madre del Carmen en voz alta, de manera que yo se la oyese. La chica se puso de rodillas con mucho deseo de estar buena y empezó a rezar su Salve.*

En tanto que la rezaba, le puse el escapulario como me lo pidió su madre sobre la cabeza. De tal manera quedó buena la chica, que en los 15 días que estuvimos allí, trabajaba más que su madre en las cosas manuales de su edad y no tuvo más tercianas ⁸¹.

HACIA MADRID

Salimos hacia Madrid en compañía de los guardias de Corps que iban encargados de que nos llevasen con cuidado. Ellos se pusieron en su calesa y nos llevaron siempre delante hasta Madrid. A nosotras, como íbamos de dos en dos delante de su calesa nos causaba devoción ver el resguardo con que nos llevaban con sus escopetas y pistolas cargadas por si acaso encontrábamos algún malhechor ⁸².

Al llegar a Madrid conocieron a don Miguel de Helguera y a su esposa Teresa, quienes quisieron mantenerlos gratis en su casa durante todo el tiempo que estuvieran en Madrid.

Estaba preocupada Antonia en este tiempo sobre si el convento que iba a fundar iba ponerlo bajo la dirección de la Orden carmelita o bajo el Ordinario (obispo) del lugar. Se lo comunicó al padre Juan de Jesús María y el Señor le dio a entender que moriría pronto. Y nos dice: *El día que murió, me dio el Señor a entender su gloria. No le vi en figura corpórea, sino que espiritualmente entendí que se había ido derecho al cielo* ⁸³.

⁸¹ A LXXXVIII, 4.

⁸² *Mística*, pp. 119-120.

⁸³ XCII, 6.

Los padres jesuitas Joaquín Blanco y el padre Campoverde escribieron al arzobispo de Santiago a ver si quería admitir una fundación. Respondió que la fundación admitía, pero con la condición de que tuvieran medio de manutención, ya que estar pendientes de la divina providencia y sin rentas no era cosa fácil. María Antonia decidió ir a Santiago de Compostela a ver el asunto directamente con el arzobispo. Agradeció al señor Miguel y a su esposa por haberlas mantenido gratis durante cuatro meses en Madrid. Cayó enferma la madre de doña Josefa, la esposa de don Miguel, y le rogaron que rezase por ella. Un día, estando en oración en una iglesia, el Señor le dio a entender que moriría la madre de doña Josefa, y murió a los dos días.

A SANTIAGO DE COMPOSTELA

En Madrid Antonia consiguió otras dos vocaciones. Ya eran cinco y con ella seis Emprendieron el viaje a Santiago confiando en Dios. Como sabían que iba a fundar un convento, muchas religiosas durante el camino les daban ornamentos y cosas de Iglesia y otras cosas útiles para la vida de comunidad. Nos dice: *De Madrid a Santiago hay 110 leguas y las caminamos en 15 días. En las posadas nos recogíamos en un cuarto con la misma disposición que en las demás pasadas. En un lugar llegamos a la hora de comer al mesón y nos subimos a una pieza alta que había para comer y mientras estábamos allí los caleseros en la calle armaron una pendencia con otros caleseros que llevaban no sé qué religiosos. El nuestro fue tan desatento que se opuso al alcalde del lugar y la justicia prendió a nuestros dos caleseros. Tuvieron que ir a suplicar al alcalde que mirase por nosotras que íbamos de camino, aunque merecían estar en la cárcel y el alcalde los hizo salir de la cárcel* ⁸⁴.

En el camino a Santiago pasaron por Rioseco y Valladolid. En Villafranca tenían que cambiar de medio de locomoción pues no había camino para coches ni calesas y era necesario tomar caballerías. Llegaron a Villafranca de noche, pero pronto se enteró el pueblo de la llegada y unas monjas concepcionistas enviaron a unos religiosos franciscanos con faroles a invitarles que fuesen a recogerse en su convento. Estuvieron allí dos días y las agasajaron muy bien

Un día el Señor le dio a conocer la cruz que llevaba en su compañía. Se refería a la chica que iba para monja lega, María Ribera, que sería para ella una cruz muy pesada. En Astorga vino a visitarlas el obispo que las favorecía y hasta escribió una carta al arzobispo de Santiago a su favor. Al llegar a Lugo, también vino su obispo, estando ellas en el convento de las agustinas recoletas, pero este

⁸⁴ A XCV.

obispo hizo escarnio y mofa de ellas y les dijo cosas desagradables y temprano en la mañana salieron hacia Santiago.

Dice Antonia: *Por toda la tierra de Galicia pasamos harto trabajo así en las posadas como en el alimento, que toda aquella tierra estaba tan seca entonces para nosotras que apenas se hallaba pan. Llegaron a Santiago el 15 de septiembre de 1730. No sabían adónde ir, siendo ya de noche y estando en medio de la calle. Por gracia de Dios, vino un buen hombre y les dijo: “Señoras, ¿qué hacen en medio de esta calle? Ustedes váyanse a tal posada que es la posadera una buena mujer. Les dará un cuarto retirado de la demás gente para que se puedan recoger siquiera por esta noche hasta llegar el día, que se buscará otra providencia”*⁸⁵.

EL ARZOBISPO

El arzobispo no estaba en Santiago y el señor provisor nos envió un notario que les notificó bajo pena de excomunión cinco mandamientos: No debían pedir limosna a nadie en la ciudad para su mantenimiento. No debían salir juntas a la calle para ir a la iglesia, no debían ir con hábitos exteriores, no debían hacer vida como religiosas y que Antonia hiciera el oficio de madre seglar de aquellas hermanas sin nada que oliera a vida religiosa. Que esto lo ordenaba el arzobispo, que de todo tenía noticia.

Se mantuvieron con el dinero que les sobró de lo que les había dado don Miguel en Madrid. Como no tenían ropa de seglares y no había dinero para comprar ropa, y se servían todas de una única basquiña que había. Y con un par de zapatos y aquella basquiña, salían una por una a misa a las iglesias. Uno de los días, estando en oración, le dijo el Padre celestial: *Hija, yo te quiero hacer un vivo retrato de mi querido Hijo para que seas muy semejante a él y agradable a mis ojos*⁸⁶.

En una ocasión le eran necesarios cien doblones para adquirir provisiones y se fue a negociar con Jesús al sagrario. Cuando ella se acercó a la portería, llegaba también una persona que le entregaba la cantidad necesaria en nombre de un bienhechor que deseaba ocultar su nombre⁸⁷.

La señora Josefa, esposa de don Miguel, escribió cartas sobre lo que ella observó durante los días que Antonia estuvo en éxtasis y las llevó al Correo. María Ribera que lo supo, fue a pie a sacarlas del correo y después de mucho

⁸⁵ A XCVI, 1-2.

⁸⁶ A XCVIII, 9.

⁸⁷ Penedo, vol2, p. 581.

tiempo se encontraban en manos del arzobispo de Santiago. Y a todos los que quiso les fue comunicando que Antonia se iba con los padres dominicos y jesuitas y otra gente y les decía cosas que solo el demonio puede inventar.

Un día fue a ver al arzobispo de Santiago. Él le explicó que dejase tal locura de la fundación, que mientras Dios y los ángeles no le revelasen que sería gusto del Señor tal obra como ella pretendía no había de dar paso. Después de escucharlo con humildad, le pidió su bendición y se fue con su compañera.

María Ribera escribió una serie de acusaciones por su mano, que fue este su desvelo de algunas noches. Los cuales papeles los llevó al arzobispo para que mirase por esta oveja que estaba perdida. No solo los llevó al arzobispo, antes los había enseñado a ciertos sujetos religiosos y le aconsejaron diese parte de todo lo que había escrito de los malos hechos al arzobispo.

Nos dice Antonia: Uno de los días me enfermé y el arzobispo mandó a su médico a verme y que me hiciera algún medicamento para estar buena y poder ir a casa de su ilustrísima. El médico recomendó que tomara unos baños de agua caliente por ver si me aliviaba algo. Yo tomé los baños y quedé como estaba. Me hicieron dos sangrías y tomé no sé qué bebidas, las que al punto salían y con todo no tuve la menor mejoría. El arzobispo vio que no me ponía buena y envió a su secretario por mí. Me hizo levantar de la cama y no se quiso ir el señor Juan Cornejo, el secretario, y que, si no quería ir, vendría un alcalde y me dijo que su amo (el arzobispo) me estaba esperando y que discurría (pensaba) no tenía mal que me lo estorbase. Yo pedí a Dios me diese algún aliento para levantarme que, aunque muriese en el camino por su amo lo daba por bien empleado. Me levanté y le dije al secretario que tuviera paciencia, que había de caminar poco a poco... Como está la iglesia catedral pegada al palacio episcopal, lo primero que hice fue entrar en ella y hacer oración al Santísimo. Y entendí que me decía el Señor: "Delante y contigo voy, ten ánimo y acuérdate cómo iba yo y me llevaban de tribunal en tribunal aquellos falsos ministros de aquellos jueces".

Entré en el cuarto del arzobispo y el secretario también. Cerraron la puerta y, después de hincarme de rodillas para recibir la bendición que pienso no me la echó, me hizo levantar y sentarme en una silla. Me dijo que jurase por Dios decir la verdad en lo que me preguntase. Yo dije: "Sin juramento ánimo tengo de decir la verdad, pero para que vuestra señoría no quede dudoso en la justicia presente y necesidad, aunque en los días de mi vida no he dicho cosa bajo juramento, ahora me veo precisada por vuestra señoría, que es mi juez, a responder debajo de juramento la verdad". Y así pregunte vuestra señoría lo que fuere servido.

El arzobispo preguntaba y yo respondía, pero el secretario escribía lo que el arzobispo le decía, aunque no lo hubiera dicho así y por eso aclaré algunas veces: “No es así, ni yo lo digo como vuestra señoría lo anota”... Decía que yo había engañado a todas las gentes de Madrid con mis enredos, haciéndoles creer que era santa. Que vine por esos caminos alborotando a todos, que mi doctrina era falsa. Que no era hija de la Iglesia, que yo había fingido que tenía éxtasis durante 9 días y que no eran, sino éxtasis del demonio, para que mis hermanas me tuvieran por santa y lo dijeren por todas partes. Que hice escribir a la hermana Josefa del Espíritu Santo aquellas cartas a Madrid para que vieran cómo era favorecida de Dios... Yo no sabía qué hacerme, ya que todas mis respuestas las tenía por agravios. Diecisiete días más o menos fui seguidos a casa del señor arzobispo, tres horas por la mañana y tres por la tarde, dos veces cada día⁸⁸.

Una noche en que la Madre Antonia estaba con unos dolores insoportables le puso sobre la cama sor Josefa del Espíritu Santo un crucifijo, que después conservó con mucha veneración, pidiendo al Señor que la aliviase. Ella se abrazó con el crucifijo resignada a su divina voluntad y logró conciliar el sueño unas dos horas y despertó con mucho alivio, pues llevaba tres meses sin dormir.

Y repetía: Yo no quiero morir, porque, si me muero, se me acaba el padecer y por muchos años que viva padeciendo no es nada para los que he de vivir gozando⁸⁹.

El arzobispo tenía un brazo como baldado y, por ver si se ponía mejor, salió a tomar baños de agua sulfúrea, que nace caliente de la tierra, en los Baños de Cuntis. En ese tiempo más gastó tiempo en hacer información de qué gente era yo que de curarse el brazo.

Cuando volvió, vino con más fuerza que antes y las obligó a quitarse el hábito del Carmen y que enviara a las tres discípulas fieles que quedaban a sus casas sin hábitos. Ella dice: *Yo fui la primera que me lo quité y las demás me siguieron, pero como no tenía ropa que darles, se lo dije al arzobispo. Me dijo que con los hábitos les compusiese un vestuario de seglares. Nos compusimos con la estameña otras (vestiduras) de modo que parecíamos peregrinas, que traen un traje raro, más que criaturas de acá. Vino el secretario y un notario para inventariar todos los trastos que teníamos y los hicieron llevar a una casa de la ciudad, incluso libritos que teníamos, ramilletes que teníamos para adorno de un altarcico, el Niño Jesús, una corona de plata de una imagen de nuestra Señora, que nos habían dado en Madrid, las servilletas que teníamos a la mesa y otras*

⁸⁸ A CIV, 2-6.

⁸⁹ Carta del 7 de junio de 1732.

cosillas que no recuerdo. No dejaron nada y no teníamos más que la túnica y las dos basquiñas.

Don Miguel nos envió un poco de dinero, pero todo era poco para disponerles el viaje y para comprar una basquiña y casaca para la hermana Josefa y otra para mí para poder venir a Madrid. Y quedamos en Santiago en la misma casa tres, Josefa , María Ribera y yo. Le dije a mi confesor que qué podía hacer, si no tenía para darles de comer. Se lo dije al arzobispo y me contestó que María Ribera había de estar conmigo y que la debía mantener, que sacase los doblones que yo había juntado por ese mundo con mis enredos, con pretexto de la fundación.

Volví a casa y empeñé una caja de plata que tenía la hermana Josefa para poder comprar un pan hasta que llegase la libranza de don Miguel. Una noche yo estaba muy enferma. Josefa me dijo que, si quería un santo Cristo que teníamos de talla, para que le pidiera que se apiadase de mí que ella no podía contenerse de llorar de verme padecer así. Tomé el crucifijo en mis brazos y le dije: *Señor mío parece que ya no hay fuerzas en el natural para más padecer. Padre mío, lo que siento es no tener fuerzas para padecer por tu amor. Mi vida se acaba si no me das nuevos alientos, Señor mío, siento que con mi muerte se me acaba el padecer". Me quedé con el Señor en mis brazos toda la noche y con él me dormí un poco que hacía tres meses que mis ojos no podían reconciliar el sueño o solo un cuarto de hora, porque los dolores me despertaban. Esa noche dormí más de dos horas. Mi confesor me dio licencia para ir a los baños, que me había recetado el médico.*

Tome una caballería y con mi criada me fui sola al lugar de los baños. Una parienta mía, con la criada que llevé, me asistieron en los baños, que no sé si tomé unos quince. Al entrar en el baño eché la bendición al agua, fiada en Dios. Salí un poco mejor y así cada día lo estaba. Me puse buena. Después que regresé, hice mis diligencias para sacar la fe de bautismo, que lleve conmigo a Santiago. En los baños recibí una carta del señor Miguel y otra del padre Joaquín Blanco en que me decían que, si quería ser religiosa, volviera a Madrid. Ellos ayudarían.

Otro día se le apareció santa Teresa de Jesús y dice: *Me dio las gracias por el celo que tenía de que se asentase su reforma y me lo agradeció la santa como si yo hiciera algo en ello. Después de esto me convidó para que entrase en una de sus casas religiosas. A mi santa Madre la vi como era, religiosa descalza con el mismo hábito y tocado, solo que la capa era de una blancura extraña. Todo lo demás era como el hábito. Después que me convidó a mí, fue convidando a todas, menos a María Ribera, que el hábito de esta me lo enseñó la*

*santa Madre nuestra como en una soga colgado y me dijo: “De este no hago caso”*⁹⁰.

Por ese tiempo la dueña de la casa que tenían alquilada en Santiago manifestó su deseo de que se la dejaran libre y se trasladaron a otra, donde tampoco tenían muchas comodidades. Tenían más comodidad en cuanto a estar solas. Nadie las iba a ver, comían juntas lo que Dios les daba y había días en que la comida consistía en pan con nueces, de las que la Madre había comprado un costal para días de apuro y que tenía guardadas en un arca, que habían encontrado en la casa, carcomida y llena de agujeros. En este traslado no llevó a María Ribera y, como no paraba la mayor parte del día en casa, hicieron la mudanza sin que se enterase, pero ella fue a reclamar a la Madre Antonia la soldada del tiempo que había estado con ella como si hubiese sido una criada. Compadecida de ella, recordó que en Madrid le había entregado Ribera algún dinero de la soldada de la casa en que servía y, del dinero que le había enviado don Miguel, sacó 15 pesos y María Ribera quedó contenta.

DE NUEVO A MADRID

Como lo de la fundación no funcionaba y el arzobispo estaba muy en contra, decidieron irse a Madrid. La Madre se concertó con el que iba a llevarlas en caballerías y que en la suya llevara a la niña Leonor, su hijita, porque ellas temían que llevándola en las suyas, se cayese por ser tan pequeña. Se despidieron del arzobispo, quien les dirigió unas frases ásperas y ellas le pidieron perdón por lo que le habían molestado, y también la bendición. Después de besarle la mano, salieron tranquilas del palacio episcopal. Habían estado en Santiago un año justo y salió llorando, al considerar que había sido rechazado un nuevo jardín para la Madre del Carmen.

Llegaron a Madrid y se hospedaron en casa de don Miguel Helguera. Tenía él una hija siete años mayor que Leonor, pero le gustaba mucho jugar con la pequeña, lo que cansaba mucho a Leonor. Y Antonia, para que no se echase a perder su hija, se la encargó a Josefa, que era su compañera, y la tuvo unos meses en su cuarto en casa de su tío.

Josefa, la esposa de don Miguel, estaba enferma y Antonia la cuidaba. Cuando tenía tiempo, hacía algunas diligencias para conseguir su deseo de ser religiosa y entrar en un convento de carmelitas.

⁹⁰ A CIX, 5-6.

EL CONVENTO DE LA BARONESA

Pidió entrada en el convento de monjas de la Baronesa. Como el documento de apartamiento del matrimonio se lo había quedado el arzobispo de Santiago tuvo que pedirle a Juan Antonio, su esposo, que le enviase una copia, pero el problema era dejar a sus dos hijos pequeños. Y el Señor le dio a entender que no tuviese cuidado alguno sobre lo que ya había entregado una vez, que le había dado los niños para que los cuidara. Como Padre verdadero de ellos ya corrían por cuenta de su divina Majestad y que echase todos sus cuidados en su divina providencia.

Las monjas de la Baronesa mostraron deseos de recibirla, pero iban dando largas al asunto. Pasados unos meses, dijeron que sería conveniente que viniese Juan Antonio a Madrid para examinar más de cerca su vocación y que él debía entrar primero en la Orden y ella después. Pero un día escuchó al Señor que le dijo: *Aquí no entrarás ni esta es la iglesia que te enseñé. Búscala y la hallarás.* Total que se despidió de las monjas después de nueve meses de tratos.

El padre Paulino de San José declaró que, cuando el Señor le reveló a Antonia la fábrica del convento e iglesia, le mostró también hasta las religiosas de la comunidad. Cuando el señor Helguera fue a visitar el convento de Santa Ana de Madrid para ver si la recibían a Antonia como religiosa, ella le preguntó si había visto la cara de la Madre Priora. Y añadió: *¿Tiene tales y tales señales en la cara y las narices un poco largas?* Le dijo que no. Entonces ella, con seguridad le respondió: Pues no se canse usted en hacerle más visitas que no es esa la Madre Priora que me ha de recibir ⁹¹.

Después tuvo problemas con la señora Josefa, la esposa de don Miguel. Estaba enferma y pensó que su esposo y ella estaban en amores y así se lo dijo a varios familiares. Ese mismo día, para evitar problemas, salió Antonia de la casa de don Miguel y se fue derecha a la casa de su compañera Josefa, que tenía a su hija Leonor. Después, la enferma Josefa recapacitó y la hizo volver para que la atendiera. Un día le dijo la enferma algunas palabras de disgusto como: *Dios me libre de estas santas que todo es predicar paciencia, no las quiero tener, que me dan tormento para desesperarme cuánto más para tener paciencia.* Esto lo dijo por los dolores que sentía. Antonia le contestó: *Señora y amiga mía, sepa que solo tres días tiene de vida y, si no se conforma mejor con ese trabajito que Dios nuestro Señor le da para salvarla, será lástima que se pierda tanto mérito en tan breve tiempo de padecer como son solo tres días.* Y a los tres días murió arrepentida. Ella seguía buscando un convento que la recibiera.

⁹¹ Penedo, vol5, pp. 36-37.

ENTRADA AL CONVENTO DEL CORPUS

Un día fue a Alcalá de Henares a hablar con el padre Joaquín Blanco, que había sido su confesor, y le recomendó que intentase entrar en las carmelitas descalzas de esa ciudad en el convento de la Imagen. Visitó la iglesia del convento de la Imagen y salió con el ánimo de marchar a Madrid esa misma tarde. Le dijeron que había otro convento de carmelitas descalzas en Alcalá y quiso verlo. Encontraron la puerta cerrada de la iglesia. Se presentó el sacristán y le suplicó que le abriese la puerta de la iglesia para verla. Entró y a la primera vista que dio al altar mayor, se quedó admirada y dijo: *Esta es la que ando buscando*. Era el convento del Corpus Christi de Alcalá de carmelitas. Y Dios le dio la fe de que esa era ciertamente la iglesia y el convento donde Dios la quería religiosa. Y ella, con el gozo que tenía le dijo a su criada: *Aquí es donde he de venir, ya está visto todo lo que deseaba ver en este mundo. Vámonos a Madrid*.

Cuando estaba para marchar, le dio ganas de ver una imagen de nuestro Señor para confirmación de lo que había visto en la visión. Estaba en un lateral. Dice: *Entré dentro de las verjas. Como vi toda la iglesia y su disposición de la misma manera, no me faltaba nada sino ver las monjas, a quienes no quise entonces darles mal rato. Le pregunté al sacristán sobre las monjas. Le hice unas cuantas preguntas y me respondió a todo con mucha cortesía como si yo fuera algo*. Todo estaba confirmado y volvieron a Madrid. De hecho en su oración, Jesús le representaba de nuevo ese convento del Corpus y parecía que le decía: *“Hija, allí te quiero”*.

Las monjas del convento del Corpus Christi de Alcalá la admitieron. Tenía 32 años. El señor Miguel de Helguera pagó por la dote 18.000 reales y además 500 ducados por ajuares y otros gastos. Esto era en enero de 1733. Su esposo Juan Antonio Valverde también fue admitido por los religiosos del Colegio de San Cirilo de los carmelitas descalzos. Antes de salir los dos de Madrid para entrar en sus respectivos conventos el mismo día, fueron ambos a despedirse de su hija Leonor al colegio de San Antonio, donde se estaba educando. Antonia le dijo: *Hija, quédate con Dios que me voy a ser monja. El Señor te eche su bendición y te haga santa*. Ella le dijo: *Bien me pudiera usted, madre, llevar a ser monja también en su convento*. Le manifesté que era aún muy niña y que, siendo mujer, sería monja ⁹².

EL NOVICIADO

⁹² A CXXI, 5.

Empezó el noviciado con mucho consuelo. Encontró dos hermanas de velo blanco (legas, no de coro) y otra novicia corista. Dice: *Yo me hice la más ignorante de todas, así en la oración como en las demás inteligencias que tenía del modo de vida religiosa. No quería hacer cosa que pareciera singular a las demás. Fui aprendiendo todas las ceremonias del coro. En el latín no tuve mucho trabajo y mi maestra tenía poco cuidado de que estudiara la lección que había de decir en el coro. Cuando entré, ya sabía leerlo medianamente y el modo de cómo me fue enseñado ha sido el de como aprendí a leer el romance y al modo de escribir. Un día encontré un breviario que nunca había leído cosa o palabra de latín y este lo abrí y empecé a decir la primera palabra en el “Te Deum laudamus”, y así fui siguiendo hasta acabar el “Te Deum” que parecía me lo estaba enseñando el mejor Maestro del mundo. Esto era sin detenerme en deletrear. Después fui a ver a un hombre estudiante que sabía latín que me dijese si decían lo mismo que yo leía aquellas letras. Y fui leyendo delante de él y me dijo que sí. Con esto quedé muy contenta* ⁹³.

A los seis meses, se enfermó de tercianas que le duraron tres meses, dobles y sencillas, sin tener en este tiempo ocho días libres de ellas. Temía que pudieran despedirla por enferma y le pidió a la Virgen ayuda para permanecer en su casa. Estando pidiendo esto, se le apareció la Virgen una tarde que estaba sola. Todo su vestido era blanco y pardo al modo que la pintan a la Virgen del Carmen y muy resplandeciente el rostro y manos y toda su Majestad más bella que todas las hermosuras creadas. Y me dijo con semblante muy afable y de madre mía: *Hija y esposa de mi amado Hijo, no temas ni dudes que profesarás a su tiempo* ⁹⁴.

A los diez meses de su entrada, era la última probación y resultó que varias religiosas estaban en contra de su aprobación y lo mismo sucedió en el convento de Pastrana donde estaba su exesposo. El demonio quería a los dos fuera de sus conventos. Felizmente, el día de la votación hubo en ambos conventos aprobación y todo fue gozo y alegría para los dos y para sus comunidades.

Era El 15 de enero de 1734, en la última votación obtuvo Antonia todos los votos sin faltar ninguno para hacer su profesión religiosa en el convento del Corpus Christi de las carmelitas descalzas de Madrid. Solo debía esperar al día de San José para que esta obra de los dos (esposos) quedara perfeccionada para mayor gloria y honra de Dios y confusión de tantos incrédulos que aún lo estaban hasta que los vieron profesos ⁹⁵.

⁹³ A Segunda parte, cap. II, 2.

⁹⁴ Ib. cap. II, 4.

⁹⁵ Declaración del señor Helguera; Penedo, vol 2, p. 93.

LA PROFESIÓN

Nos dice ella: *Llegóse el día de nuestro padre san José, que por profesar en su día se detuvo la función no sé si tres días después de cumplir el año de haber entrado. Profesamos los dos a una misma hora, que fue en la oración de por la mañana. Al tiempo que hice la profesión por la mañana, me dio tal ansia de llorar que no podía pronunciar palabra de la profesión y las Madres entraron en cuidado de si acaso sería alguna tentación. Luego quiso Dios acallarme para que hiciera la profesión. El motivo de mi llanto era de considerarme indigna de tal beneficio como el Señor me hacía en admitirme a la profesión religiosa* ⁹⁶.

El acta de la profesión de 1734 dice así: *Yo, la hermana María Antonia de Jesús, hago mi profesión y prometo obediencia, castidad y pobreza a Dios Nuestro Señor y a la bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo y a nuestro muy R. P. Fray Antonio de la Concepción, general, y a sus sucesores según la Regla primitiva de la dicha Orden, que es sin mitigación, hasta la muerte* ⁹⁷.

Sobre su esposo anota: *Le ha hecho su divina Majestad grandes mercedes. Le tiene tan humilde y amigo de estar recogido que no sale de la iglesia ni de su cuarto. No se le da nada por cosas de esta vida* ⁹⁸.

Su esposo Juan Antonio entró carmelita descalzo como lego para ayudar a los frailes en los trabajos del convento, pero comenzó a estudiar gramática, porque parece que el Señor lo llamaba a algo más que fraile lego ⁹⁹. Como religioso tomó el nombre de Juan de Jesús María

A las tres gallegas que habían sido sus tres discípulas fieles en los trabajos de los caminos desde Galicia hasta Sevilla, el señor Miguel determinó darles dote. Dos de ellas entraron en las carmelitas descalzas de Toro; la otra en las carmelitas de Segovia, pero a los seis meses fue reprobada por tener una imperfección en los dedos de las manos. No obstante, consiguió entrar en el convento de dominicas de Loeches (Madrid).

SUS HIJOS DOMINICOS

⁹⁶ A II Parte, cap. IV, 1-2.

⁹⁷ Penedo, vol2, p. 94.

⁹⁸ Carta folio 124v.

⁹⁹ Carta fol 63; Penedo, p. 374.

La señora Ángela, que con su esposo había asumido los gastos de la educación de la niña Leonor en el Colegio de San Antonio de los portugueses, fue con la niña a visitar una hermana dominica del convento de Loeches. La niña quedó encantada y lo mismo las religiosas y no quería salir de allí y le decía a la señora Ángela: *Madrina, yo quiero ser monja en este convento*. No quiso salir por nada del mundo. Y allí se quedó con sus ocho años. Hizo su profesión con 16 años con el nombre de Leonor de Santa Columba. Hasta los mismos vecinos de Loeches llegaron a hacer públicas demostraciones de regocijo en juegos y loas y comedias en obsequio de la recién profesa. Toda su vida fue una santa religiosa.

Por otra parte, su hermano Sebastián, que había venido de Roma con el padre José Ventura de Castro, fue a verla y quedó tan conmovido de ver a su hermana con las dominicas que también decidió ser dominico como ella y entró a los 13 años en el convento de dominicos de Salamanca. Profesó en 1739 con 16 años. En 1746 marchó a Filipinas de misionero. A los pocos días tuvo Antonia una visión: lo vio en el barco muy contento en medio de sus compañeros de viaje. Con esto quedó tranquila. En 1760 fray Sebastián Valverde, como se llamaba su hijo, se embarcó en Manila de regreso a España con el cargo de socio y sustituto del procurador general en Madrid. Cuando llegó a España, ya había muerto su madre. En 1769 fue nombrado procurador general.

Así se cumplió la visión que tuvo Antonia cuando un día se le apareció Jesucristo con santo Domingo de Guzmán. Ella le dijo: *Señor ¿dónde quieres que vaya con tanta gente* (doncellas que le seguían) *y dos hijos, una mujer pobre como yo sin tener quien me ayude?* El Señor le replicó: *No temas, hija, que mi siervo Domingo te ayudará*. De este modo le indicaba que santo Domingo cuidaría de ellos como de sus hijos, pues ambos entraron y vivieron toda su vida como religiosos dominicos.

PRIORA DEL CONVENTO

Los deseos de fundación seguían vivos en Antonia tal como el Señor le había profetizado. Don Miguel ofreció 40.000 ducados y don Gregorio Cariga 10.000. con la única condición de que los encomendase a Dios como bienhechores. Pero el padre general, para dar la licencia de la Orden para la fundación, exigió que Antonia no apareciera en la Escritura ni como Priora del nuevo convento, ni con ningún privilegio. Podía ir a la fundación como una religiosa más sin distinciones previas. Esto significaba hacer otra escritura en que se aclarara este punto. Y, después de muchos tanteos y superando los enojos de ambos bienhechores, la hicieron. Esto fue en 1740.

Antonia estaba intranquila al ver que no se hacía nada y que pasaban los meses en valde. Un día, orando afligida, el Señor le dijo claramente: *¿No sabes que soy el que lo puedo todo y que no faltarán mis palabras? ¿Cuántas veces te he dicho que la fundación que has concebido de mi amor se ha de hacer? Pero quiero primero que seas aquí priora.* Para ella esto era totalmente impensable, porque ni tenía la edad ni los años de hábito suficientes.

Afirma: Llegóse el tiempo de la elección. Vino el prelado a la elección y según estaban puestos los votos y movidas las monjas hacia mí yo estaba temblando de miedo de que me cayera la carga... Los votos estaban divididos y tuvimos que entrar tres veces en la tal elección, cosa que, según decían las Madres, jamás había sucedido en dicha comunidad, porque siempre salían las preladas a la primera vez. De hecho, salió priora una religiosa de las antiguas. Yo quedé sosegada y muy contenta, pensando que me había engañado (de entender las palabras del Señor). A mí me dieron el oficio de compañera de la tornera. Un día bajamos las dos a la portería y percibimos un olor como de muertos y, reparando de dónde salía el tal olor, nos causó harto temor, porque la celda de la prelada caía hacia una ventana del claustro de la portería. Y díjome mi compañera: Hermana, este olor viene de la celda de nuestra Madre. Y en ese momento, llegó su reverencia a nosotras y nos penetró con más viveza el dicho olor. Un día, estando en oración, no podía desechar la especie de que me parecía que el Señor no me había de dejar engañar del enemigo. Jesús me dijo: “No tengas pena que verás cuán presto lo deshago todo”... Quedé más confundida.

Cuando se hizo una nueva elección después de morir la Priora, ella salió por unanimidad. Y anota: *Tomé las llaves del oficio y se las puse a la Virgen Purísima en las manos, suplicándole que tomase por su cuenta el gobierno de aquella su santa casa. Y creo que la Purísima Virgen lo tomó tanto por su cuenta que me ayudó mucho en los lances y cosas que trae el oficio consigo.*

Cada día me iba el Señor asegurando más de que se había de hacer la fundación y asimismo que yo había de venir a ella.

PROBLEMAS PARA LA FUNDACIÓN

Acabé mi oficio y se hizo la nueva prelada la que nuestro Señor me había mostrado. Y a mí me hizo tornera, dándome por compañera a una de las tres siervas de Dios que me han dado algo que merecer. El padre general mandó una carta en la que me intimó que no escribiese a ninguna persona de cualquier estado y condición que fuese, ni por mí, ni por otra persona. Venía dicho precepto con toda formalidad por virtud del Espíritu Santo, santa obediencia

debajo de precepto formal.. Yo me quedé muy conforme con la voluntad de Dios. Bajé a mi torno sin poder escribir una letra a nadie del mundo para poder proseguir con las cosas de la fundación. Y verme sin un padre que me pudiera desahogar con él de mis cosas. Escribí a nuestro general, diciéndole que me declarase su reverencia la duda que tenía acerca de tratar de palabra con algún sujeto del colegio además de los padres confesores. Y de camino le pedía licencia a su reverencia para tratar con el rector que era nuestro padre fray Pablo de la Concepción, que acababa de venir del priorato de Toledo al rectorado de allí. La respuesta fue que me confesara y tratara con tres sujetos del colegio, digo, que escogiera entre los tres el que me pareciese.

El caso era que el Consejo general no quería dar licencia para la fundación, porque le parecía que había poco dinero como eran los 40.000 ducados que tenían ofrecido don Miguel y don Gregorio. Y para asegurar al Consejo, fue preciso decir que esperaba la religión un caudal (dinero) de Indias que había dejado un tal don Mateo Suances de Fachada, hijo de este reino, el que había muerto en las Indias, que dejó a un sobrino o primo suyo para cumplir, viniendo a España, con dicha manda o testamento que era que dejaba dicho don Mateo cien mil pesos para que se hiciera una fundación de carmelitas descalzas en Santiago y que estaba ya la religión asegurada del dicho dinero por el señor arzobispo de Santiago, que fue al que vino la noticia de Indias. Y que ya se estaban haciendo las diligencias para obtener licencias del reino de Galicia. Y viendo el Consejo real que se le aseguraba haber de ser aquel caudal de Indias para dicha fundación, dio su licencia todo el Consejo en pleno ¹⁰⁰.

LICENCIA PARA LA FUNDACIÓN

Cuando ya se sabía en el convento el estado de las cosas de la fundación, empezaron a contristarse mis queridas Madres y eligieron como prelada a la Madre Ana de San José, que fue la misma que yo había entendido antes de su primer trienio, que cuando lo volviese a ser, que saldría yo para dicha fundación. Después de dispuesto todo, me nombró el santo defensor para venir a esta fundación y dio comisión a nuestro padre fray Matías de la Concepción, que era provincial al tiempo, para que nombrase su reverencia a las demás Madres compañeras, fundadoras de esta santa obra.

Mi provincial dio orden a la priora y demás monjas de mi convento para que dispusieran todo para la salida. Unos quince días antes de la partida me sangraron dos veces, porque había días que me apretaban unos dolores fuertes de reumatismo como me suelen dar muchas veces y casi nunca me siento libre de

¹⁰⁰ A segunda parte cap. XXI.

ellos. Un día bajo al comedor y apenas me siento a la mesa, estando toda la comunidad presente, me vino un ímpetu tan grande de sentimiento que no pude disimularlo y tuve que salir fuera del comedor. No solo lloraba amargamente, sino que daba gritos como una loca sin saber de mí.

VIAJE A SANTIAGO

El día 5 de septiembre de 1748 salí de mi convento (del Corpus de Alcalá) acompañada de mi provincial y de mi padre fray Paulino y el secretario provincial y don Gregorio Cariga y su mujer con otra señora amiga mía de Alcalá. Estaba el zaguán lleno de gente y bastaban las voces de los criados de él para convocar a toda la gente.

Caminamos toda la noche y al amanecer llegamos a Madrid para ir al convento de Santa Ana, cuya comunidad, puesta en toda forma en la portería, me recibieron con mucho gozo. Y como se supo la noticia, algunas señoras grandes de España parece que se avisaban unas a otras y no hacían más que enviar recados a todas horas para que se les diera lugar para venir a verme, incluso la reina con sus damas, quien envió al otro día cien doblones para el camino.

En los distintos conventos donde descansaron a lo largo del camino les hacían regalos para la fundación como casullas, cálices, copones, vinajeras, incensarios con naveta, ciriales, campanillas y otras muchas cosas de plata y ornamentos de tela fina. Estuvo en el convento de Santa Ana nueve días. Como llevaban cosas de valor, don Gregorio Cariga dispuso que llevasen dos soldados de guardia.

Llegaron a Ávila para recoger a la hermana María Ignacia de la Asunción, que iba también como fundadora a Santiago, pero estaba enferma y esperaron ocho días a ver si se recuperaba, pero no pudo y se quedó definitivamente. De allí siguieron hasta Pajares, donde se alojaron en casa del cura que les era muy afecto. Llegaron a Medina, donde estuvieron solo una noche y de ahí a Valladolid. Allí la esperaban dos monjas que habían sido designadas para ir a la fundación de Santiago. De Valladolid fueron a Rioseco. Cerca de Rioseco salió a recibir las el padre provincial con otros religiosos y, llegando a Rioseco, entraron en el convento donde las esperaban algunas otras religiosas para la fundación. La priora de Rioseco, Felipa de la Madre de Dios, había renunciado a su oficio para ir a la fundación y también estaba allí sor Teresa María de Jesús del convento de Alba para ir también como fundadora. También fue una corista de Rioseco, Angela María de San José.

Salieron de Rioseco las seis que estaban nombradas con Madre Antonia. Les acompañaban algunos religiosos. Ellas iban en coches hasta Astorga y los religiosos en mulas. La primera jornada fue hasta Valderas, donde se alojaron en las casas de las dos naturales del lugar, Angela María y Teresa María. Prosiguieron el viaje y tuvieron buenas posadas y hospedaje, porque los padres avisaban con antelación a bienhechores de la Orden.

El primer percance sucedió, estando aún en Valderas, pues uno de los caleseros, hombre ya mayor, cayó bajo las ruedas del carro, que lo llevó arrastrando unos 30 pasos. Iba debajo del coche tendido como muerto. Cuando fueron a recogerlo, se levantó contento y alegre diciendo que no sentía mal alguno. Otro día la mula del padre provincial dio un traspie y lo arrojó por el aire, estropeándole una pierna. Como no podía andar ni a pie ni a caballo, tuvieron que acomodarlo en un coche.

Llegaron a Astorga donde tenían que dejar los coches y tomar las literas. Allí las fue a visitar el obispo para darles la bendición. La hermana Rafaela tuvo que ir en una mula, pues no había sitio para todas en los coches y empezaron la parte del viaje más penosa por ser el terreno muy escabroso. Salieron de Astorga hacia Ponferrada, donde las llevaron a un convento de religiosas concepcionistas y de allí a Villafranca, donde se hospedaron en casa de don Joaquín Tejeiro, bienhechor de la Orden, a quien la Madre había visto en visión hacía tiempo exactamente con el traje que llevaba puesto. También las agasajaron mucho las agustinas recoletas del lugar.

En Láncara se alojaron en casa de Don Pedro Isidro, harto afecto a la Orden, y tuvieron que detenerse un día y dos noches, porque le había dado un dolor de ijada a María Angela con algunos remedios caseros se le pasó. En Lugo se hospedaron en el convento de las agustinas recoletas. Aquí les empezó a llover, pero no interrumpieron el viaje. Llegaron a Sobrado. Los monjes bernardos las fueron a visitar, les llevaron algo de comer y les enseñaron la iglesia de su monasterio.

El 13 de octubre de ese año 1748 hicieron la última etapa hasta una casa solariega cercana a Santiago. Les tenían preparados aposentos para dormir con abundancia de ropa, pero no había nada de comer y las viajeras tampoco llevaban provisiones. Fue necesario enviar a un hermano lego a Santiago, que se proveyó de pan y algún pescado de poca monta que apenas tenían que comer. Llegaron a Santiago y vieron que la casa preparada era muy incapaz y desacomodada, lo contrario de lo que les habían dicho en Madrid, pues todas esperaban una buena casa, mientras se construía el nuevo convento.

EN SANTIAGO

Entraron en Santiago, los religiosos carmelitas en sus mulas y ellas en literas. Salieron a recibirlas dos señoras viudas con sus literas y el marqués de Bendaña, pero según se iban acercando a la ciudad se les sumaba más gente. En la ciudad fueron recibidas por el Cabildo y todas las comunidades religiosas y las llevaron en derecha a tomar la bendición del Santísimo y del Santo Apóstol a la Santa Iglesia. La gente no cabía por las calles y en la iglesia sucedía lo mismo. Antonia venía sin velo porque se lo habían hecho girones, tirando unos y otros, que les querían ver los rostros. Como estaba el arzobispo en la ciudad (que era distinto del anterior y favorable a la fundación), les facilitó las cosas y prometió ir al otro día a celebrar la misa y ponerles el Santísimo Sacramento. Y después de visitar a las clarisas, ellas entraron por fin en su casa, alquilada por 200 ducados al año.

Aquella noche, casi a oscuras, comenzaron a reconocer la casa. No era para causar mucha alegría. Lo primero que encontraron fue una escalera de palo más a propósito para hombres que para mujeres por estar los escalones muy altos y apartados unos de otros. Trepano por ella, vinieron a dar a una pieza muy pequeña que les hizo pensar en el portal de Belén y después vieron que la casa estaba llena de apartadillos de tablas con sus puertas, sin más ventanas ni luz que la que entraba por las dos o tres piezas que tiene la casa. La falta de luz la echaron de ver al día siguiente, pues vieron que para leer o hacer cualquier labor tenían que ponerse a la puerta de las improvisadas celdas. En la cocina encontraron siete pececillos cocidos y un poco de pan. Antes de dormir a pesar de estar cansadas, deshicieron el equipaje a fin de disponer convenientemente la iglesia para el día siguiente, sin más luz que la del candil. Dice la Madre Antonia: *Cuando vi que se decía la primera misa y puesto el Santísimo Sacramento, aunque en casa alquilada, dije con razón en lo interior de mi alma el cántico: "Ahora, Señor, tu sierva puede irse en paz"*. Era el 16 de octubre de 1748.

El provincial nombró los cargos hasta que se hicieran elecciones. La Madre Antonia quedó de Superiora. Nombró dos confesores para atenderlas espiritualmente y dejó unas normas para que todas tuvieran en algunas cosas las mismas costumbres y evitar fricciones entre religiosas de distintos conventos.

En la casa había muchas goteras. Las únicas que vivían a sus anchas eran las ratas, que tenían infestada la casa y no les dejaban cosa sana. Ella anota: Hasta las servilletas del comedor nos han hecho pedazos y encima del coro, mientras las horas de oración, traen tal ruido que parecen gatos que están peleando unos con otros y nos dan muchos malos ratos tales animales y nos inquietan bastante en los ratos de oración con las carreras que dan: que debe el

enemigo revestirse de ellos al tiempo de orar para perturbarnos y, como son tan grandes, los gatos no se deben atrever a ellas para cogerlas.

Después de vivir cuatro años en esa casa alquilada tenían que ir las porteras a recibir agua en cántaros por el torno, que era de harto trabajo tener cada día que subirla las religiosas a la cocina. La casa no tiene más agua dentro que un mal pozo que está tan hondo que no pueden las religiosas sacar un caldero de agua, sino con mucho trabajo, en tiempo de verano apenas tiene una gota.

Al principio las visitaban las principales señoras y señores de la ciudad y de las comunidades religiosas y les regalaban algunas cosas como lienzos, manteles, servilletas, escudillas, platos, jarras y otras veces dulces, pescados... Tuvieron suerte de que el arzobispo vigente les echó la bendición y estaba a su favor. Pero Dios se llevó al arzobispo a su reino antes de que el primo que debía cumplir el testamento del buen don Mateo, entregara el dinero prometido para la construcción del convento. Además todavía no sabían en qué lugar de la ciudad se debía construir el convento y debían comprar el terreno.

Algo importante es que entraron cuatro doncellas para tomar el santo habito y con ellas podían rezar mejor el oficio divino y hacer las tareas de la casa. Pero llegó un momento en que Antonia pareció desfallecer en su decisión de fundar el convento, ya que todo era contradicciones y no se conseguía ningún avance. Además el primo de don Mateo, el que vino de las Indias con el fin de entregar 100.000 pesos para la fundación, quiso poner el convento bajo la autoridad del obispo y no de la Orden carmelitana; y así fue manifestando su poca voluntad de ayudarles en la construcción. Y con eso y otras cosas, pensó Antonia seriamente en irse a su antiguo convento de Alcalá. Pero el Señor velaba por ella y le dijo: *María, yo me hice el dormido en el centro de tu alma, adonde estoy reclinado descansando siempre a ver cómo peleas con tus enemigos. Y ahora, hija, cuando habías de estar más fuerte ¿desmayas? Sabe que yo he sido el que te he traído. Y quiero que perseveres con valor. No temas, que el enemigo nuestro no se puede vengar y eche toda su rabia y furor contra el instrumento que tomé para esta mi obra que eres tú, esposa mía. Y quiero entregar el cuidado de este hijo a su propia madre (es decir, a ella).*

Después tuvo en días sucesivos varias visiones para aclaración de lo que debía hacer. Un día se vio sentada en el asiento prioral como dándole a entender que sería elegida como Priora. La elección de Antonia como priora en Santiago fue el 5 de agosto de 1750. Como dijeron las súbditas, con su nombramiento oficial puso las cosas en orden y se preocupaba tanto de lo material como de lo espiritual. Una de las cosas que más le preocupaba era encontrar el lugar para la construcción, que no lo encontraban por ninguna parte.

LUGAR PARA LA CONSTRUCCIÓN

Por fin, con la ayuda de Dios y mucha oración se consiguió un terreno en un buen lugar que parecía imposible de conseguir. Lo tenía el conde de Priegue, pero no era suyo, sino de los monjes de Sobrado, que según sus leyes no podían venderlo, pero sí permutarlo con otro que fuesen de evidente utilidad. Las monjas consiguieron la permuta conveniente y tomaron posesión de la huerta donde se construiría el convento el 9 de mayo de 1753.

Nos dice Antonia: *El Señor me trajo a la memoria la visión que había años me había hecho de las circunstancias del sitio donde se había de hacer el convento. Estaba el sitio en un paraje donde no era tierra llana y un poco más abajo de la cumbre de una montaña.*

Había dos sitios probables, uno era propiedad del Cabildo y el otro el que tenía el conde Priegue y era propiedad de los bernardos de Sobrado. Ella le dijo al padre fray Juan de san Joaquín, que buscaba el sitio para la construcción: *“Padre mío, quiero que vuestra reverencia me dé razón de cómo es el sitio, primeramente del agro del cabildo, que parece lo halla vuestra reverencia más fácil de conseguir, pasadas y ya hechas las diligencias que sabemos. Después diré a vuestra reverencia lo que me parece. El padre me fue pintando el modo de cómo era el agro y en qué parte de la ciudad estaba o por qué puerta de ella se iba allá”. Después le dije: “Ya me hago cargo de todo, aunque yo no lo he visto. Pero, Padre, ha de tener vuestra reverencia paciencia y me ha de decir y pintar ahora el de la huerta del conde, porque, aunque todo el mundo se conjurara y todo el infierno estuviera contra la obra, se había de venir a hacer en el paraje que Dios tenía decretado”. Y después de dar el informe sobre la huerta, le dije: “Creo que en ese sitio quiere Dios se funde su casa. Y así no hay más que tener fe y arrimar el hombro a hacer todas las diligencias que vuestra reverencia tanto teme, que, aunque costara bastante, tengo para mí que se ha de conseguir para mucha gloria de Dios. Que es el que me lo mostró de la misma forma que vuestra reverencia me lo pinta. Así que ánimo y confiar en Él que lo tiene todo en su mano.*

Se empezaron a hacer las diligencias con los religiosos bernardos de Sobrado y el arzobispo escribió al abad junto con una carta que ella escribió en nombre de la comunidad. Se superaron los escollos y se consiguió el terreno y comenzaron las obras, a pesar de no tener mucho dinero para la construcción, pero confiando en la providencia. Se dieron comienzo a las obras el 16 de julio de 1753. y el 16 de agosto se puso la primera piedra.

PRIMERA PIEDRA

El 16 de agosto de 1753 se puso la primera piedra. Dice Antonia: *Para nosotras fue un día de tanto consuelo que no podíamos contener las lágrimas de gozo, llorando unas y otras nos fuimos al coro a dar a nuestro gran Dios las debidas gracias. Y aunque desde la casa donde vivíamos, no podíamos ver las obras, Su Majestad permitía que oyéramos cantar a los cantores que concurrieron a la ceremonia.*

En 10 de agosto de 1753, después del priorato de la Madre Antonia, se habían hecho nuevas elecciones y salió Priora la Madre Teresa María de Jesús. Concluido el trienio de la Madre Teresa, el padre general nombró a la Madre Antonia como Vicaria. Las monjas se disgustaron, porque creían que por votos debería salir de nuevo la Madre Antonia. La nueva elección se hizo el 2 de diciembre de 1757 y todos los votos cayeron sobre ella.

Los trabajos seguían su curso, aunque había veces en que no había un céntimo, pero Dios siempre proveía por medio de nuevos bienhechores por medio de rifas u otras actividades benéficas. Un día de la Virgen del Carmen, se necesitaban 12.000 reales para comprar cal y otros materiales. El padre José de Jesús María que era el encargado de la obra, salió a la iglesia y allí le reclamaron 8.000 reales, que cuatro doncellas habían prestado para la obra. Ese mismo día hubo quien le dio 8.000 reales. A los pocos días se encontró con don Francisco Javier García Serón, administrador de rentas provinciales, y le dio los 12.000 reales que necesitaba en ese momento crítico.

El 10 de marzo de 1757 escribía ella: *La obra va caminando de prestado poco a poco y no se halla ya quien preste de buena gana, porque ya se ha andado todo y cada cual que tiene su caudal o lo quiere guardar o ganar con él. Y así se va caminando con pasos de plomo, pero la obra sigue, aunque despacio. Y anota: "Todos los que van a ver la obra dicen que crece de milagro, porque, aunque anda bastante lenta, en otras trabajan más y no están tan adelantadas".*

Otro día dice: *Una buena señora vino a verme y me dio 1.500 reales y otro antiguo bienhechor dos mil, con lo que se pudo pagar los materiales necesarios. En otra ocasión nos dice: Estoy debiendo cien mil reales y otros cien mil hemos tomado a censo y para concluir lo que se esta haciendo serán necesarios otros cien mil. Pero la obra no paraba, porque siempre llegaban auxilios en el momento oportuno.*

EL TRASLADO

Llegó el 22 de octubre de 1758, fecha determinada para la traslación de la comunidad al nuevo convento, aunque no estaba todo terminado. El día de la traslación de la comunidad desde su casa alquilada a la nueva construcción del convento, aunque no estaba terminado del todo, fue el 22 de octubre. Era Priora en ese momento María Antonia tal como lo había profetizado, Ese día, a las dos y media de la tarde, estaba diluviando como lo había estado todo el día. La traslación estaba anunciada para las tres. Y como el Señor lo tenía ofrecido a su sierva, así lo hizo. Con pasmo de todos los invitados y aun de toda la ciudad, salió tan claro sol que pudimos venir. A las tres de la tarde se preparaba Antonia para pasar con su comunidad a la iglesia de San Miguel, próxima a la casa que habitaban, desde la cual había de salir el Santísimo para trasladarlo a la nueva iglesia. Iban las religiosas con velas con sus capas blancas y con sus velos, cubriendo el rostro. La ciudad estaba representada por sus regidores y un número grande de fieles las acompañaban. También el regimiento de las milicias al mando de su coronel acordonaba la calle y daba guardia a la procesión y también estaba la clerecía y la capilla de música de la catedral ¹⁰¹.

Tardó mucho la procesión en llegar a la nueva iglesia, debido al gran concurso de gente. Nos dice: *Llegamos a la nueva iglesia que estaba toda ella hecha un cielo con el adorno de un tabernáculo, cosa hermosa que el padre abad de los Benitos nos dio. Se entonó un solemne “Te Deum” y villancicos, que enternecían a todos. Llegada la procesión, se cantaron las vísperas con el Señor manifiesto (en Exposición del Santísimo) y acabadas las vísperas y reservado el Santísimo Sacramento, salió el preste con los muchos sacerdotes que le acompañaban, seguidos de las monjas, en la misma forma que habían venido y se dirigieron hacia la clausura. Entradas en ella, vueltas hacia el pueblo, dio nuestro padre provincial las gracias en nombre de la comunidad a todos y con esto entramos en el convento.*

La suspensión de la lluvia y las galas del sol, cuando iba a salir la procesión, no fueron más que la mitad del milagro de Dios. El milagro se completó apenas las religiosas entraron en la clausura. Lo mismo fue entrar que desatarse el agua de modo que con dificultad pudieron volver las gentes a su casa¹⁰².

Aunque todavía faltaba bastante para el acabado final de la iglesia y del convento y el provincial prohibió pedir prestado para las obras, a no ser para los reparos indispensables, poco a poco se fue terminando todo. El sacerdote don Félix quiso que siguiese la obra como hasta entonces, a pesar de no haber dinero y puso en acción los más ingeniosos recursos como hacer rifas. Un día rifó un

¹⁰¹ Penedo, vol2, pp. 556-557.

¹⁰² Penedo, vol2, pp. 558-560.

caballo que tocó a una devota que lo devolvió para venderlo. También se iba con otros a pedir limosna para las obras a las casas. El caso es que poco a poco, despacio, sin prisa y sin pausa se iba acabando todo. La Madre Antonia hubiera querido ver terminado todo, pero dijo claramente: *Yo ya lo he visto como tiene que estar, cuando me tengo de morir.*

SU MUERTE

Murió el 10 de marzo de 1760. Desde el locutorio llevaron el cadáver de la Madre a la celda y, cantado un responso, salieron los confesores y dejaron allí depositado el venerable cuerpo hasta las tres de la tarde que lo llevaron al coro en su ataúd. La dejaron vestida tal como había muerto, no hubo necesidad de amortajarla, o al menos permitió Dios que no se les ocurriese a las monjas hacerlo. Después de muerta quedó con el color un poco decaído, pero se le fue hermoseando de tal modo que parecía que estaba en un dulce sueño, con la circunstancia de que cuanto más tiempo estuvo antes de darle sepultura, se ponía más hermoso su rostro. De modo que dudaron si había expirado. El padre Pablo de Jesús María sacó una navaja, antes de enterrarla, y viendo sangre líquida en abundancia fue preciso empaparla y restañarla, de lo que quedaron todos admirados. El médico certificó su muerte a pesar de que el semblante y la flexibilidad de sus miembros parecía sospechar otra cosa. Le dio un pinchazo en la vena del pie y salió sangre como si viviese.

Antes de sepultarla, volvió el médico a hacer la misma prueba que el día anterior y fue con el mismo resultado, recogiendo la sangre que salía en un pañuelo. El salir la sangre y el rostro tan natural después de 48 horas difunta, se puede tener por milagroso, porque no puede ser natural después de haber muerto de una enfermedad que totalmente se opone a la fluidez de la sangre y no hay motivo para que se presuma que sus humores fuesen causa de la flexibilidad de sus miembros ni menos del color natural del rostro. Las religiosas decían que estaba más hermosa que cuando estaba viva.

Sor María Antonia de la Concepción no se apartaba de ella y le levantaba sus brazos, le abría los parpados y la besaba con frecuencia en las manos y pies. Algunos testigos dijeron que vieron a sus pies ramilletes de hermosas flores, siendo así que ni en ese tiempo había flores, ni las religiosas, ni otra persona alguna había puesto flores naturales ni artificiales, sino la guirnalda que se estila.

El 12 de marzo de 1760 fue el entierro. Se puso el santo cuerpo en una caja. La caja se llenó de tierra y tapada con una tabla se colocó en la sepultura hecha en el suelo y todo se tapó con tierra y piedra. El bueno de Jacinto Parada, servidor del convento, se había olvidado de atizar la lámpara de la iglesia durante

los dos días que estuvo sin enterrar y, no obstante, la lampara seguía ardiendo con toda claridad.

MILAGROS

Dios hizo algunos milagros con las personas que se colocaron algunas reliquias de la M. Antonia sobre sus cuerpos enfermos. A veces eran pedacitos de sus vestidos o hábito o de su efigie, incluso con alguna carta que ella había escrito. Por la fe de los interesados y su oración, Dios hacía milagros por intercesión de su sierva.

El padre Francisco de Santa Teresa oyó decir que era voz común entre las religiosas de Santiago que, después de muerta la Madre Antonia, se la veía asistir muchas veces a la obra en lo que aún faltaba por hacer, alentando a los oficiales. La obra adelantaba notablemente con su presencia. Así la vio muchas veces María Ferreira, como ella misma lo refirió al padre Pablo en su relación jurada. En realidad la obra duró hasta octubre de 1764.

Además, según refiere la Madre Ángela María: *Después que pasamos a esta su casa no nos hemos empeñado nada para la manutención y pasaron de 2.000 ducados las limosnas. La venerable Madre desde el cielo ha sido el instrumento por donde logramos lo que poseemos.*

EXHUMACIONES

A los dos años de su sepultura, se hizo la primera exhumación. Se hizo el 12 de marzo de 1762. Se vio que estaba en perfectas condiciones sin que le faltase nada en todas sus facciones perfectas, los ojos entreabiertos y claros, por los lados de la toca le salían los cabellos. Incorporándola un poco, una religiosa le dio con la mano en el estómago y se hundió como si estuviera viva. El 20 de noviembre de 1865 se procedió a otra exhumación, previa autorización del arzobispo de Santiago. Esta vez solo se vieron los huesos del cráneo y otros huesos con pedazos de hábito. El 30 de junio de 1928 encontraron los mismos restos de huesos, los que las religiosas tocaron con abundancia de pañitos, rosarios, medallas y otros objetos piadosos para usarlos como reliquias.

En 1996 se inició el Proceso diocesano de beatificación y canonización. En 2018 el Papa Francisco la nombró Venerable, aprobando sus virtudes heroicas.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído la vida de la Madre María Antonia solo nos queda dar gracias a Dios por su santidad y por tantas bendiciones que derramó a su alrededor a lo largo de su vida y sigue derramando en la actualidad a través de sus discípulas y seguidoras, las carmelitas descalzas de Santiago de Compostela.

Ella fue fiel a Dios y siguió siempre su voluntad, aunque muchas veces por obedecer a sus directores espirituales y hacer así la voluntad de Dios, tuvo que sufrir lo indecible, no solo por enfermedades continuas, sino también por las malas decisiones e incomprensiones de algunos de ellos. Alguno le mandó escribir la historia de su alma y después se la mandó quemar. Así tuvo que escribirla cinco veces.

Otros creían que estaba poco menos que loca para emprender viajes largos como de Santiago a Sevilla en aquellos tiempos y yendo sin medios económicos, y solo fiándose de la Providencia de Dios, que nunca le faltó. En Santiago, un arzobispo se opuso rotundamente a que fundara su deseado convento, a pesar de tener los permisos de la Orden e incluso del Consejo real. Creían que un convento pobre quitaría rentas a otros conventos del lugar. Cuando ese arzobispo murió, todo se arregló con el siguiente, que las favoreció.

Otra de las cosas maravillosas fue la misma construcción del convento a pesar de comenzar con medios escasos, pero poco a poco fue Dios disponiendo a algunos bienhechores y al final pudo verse la realidad de un convento nuevo que hasta la fecha sigue irradiando el amor de Dios. María Antonia nos enseña que el camino de la santidad es el camino del sacrificio y de cumplir en todo momento la voluntad de Dios, manifestada por medio de los legítimos Superiores. Dios le concedió muchos carismas para manifestar en ella su santidad, como esposa de Jesús.

Que Dios nos ayude a cumplir siempre su santa voluntad y seamos santos. Ese es mi mejor deseo para todos y cada uno. Que Dios los bendiga por medio de María y no olvidemos que todos tenemos un ángel custodio, que nos acompaña a lo largo de la vida y que nos ilumina y ayuda de parte de Dios. Él es nuestro amigo y fiel compañero de la vida.

- Gil de Muro Eduardo, *Aquella secreta luz*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 2002.
- González Raposo María del Salvador, *Rasgos humanos de la mística carmelita gallega del siglo XVIII*, Monte Carmelo, vol 104, Burgos, 1996.
- José Filgueira Valverde, *La Vble. Madre María Antonia de Jesús*, Ed. Conde de Fenosa, 1991.
- Laura Blanco de la Barrera, *María Antonia Pereira de Andrade, mística do Seculo*, XVIII, 2009.
- María Antonia de Jesús, *Amanecer de Dios en el alma. Pensamientos de la M. María Antonia*, Madres carmelitas descalzas de Santiago de Compostela, 2017.
- Martín del Blanco Mauricio, *Madre María Antonia de Jesús, una mística carmelita descalza del siglo XVIII*, vol 113, Burgos 2005.
- M. María Antonia de Jesús, *Edificio espiritual*, Ed. a cargo de Isidoro de San José, Juan Flors, Barcelona, 1961.
- Romero Pose Eugenio, *La luminosidad de la gracia*, Monte Carmelo vol 109, Burgos, 2001.
- Una carmelita descalza de Santiago, *Una mística gallega en el siglo XVIII, la Vble. M. María Antonia de Jesús*, Carmelitas descalzas de Santiago de Compostela, 2018.
- Varios, *Aproximaciones a la M. María Antonia de Jesús*, Monte Carmelo, Burgos, 2013.